



LA

MUJER

Católica

— COMO —

H I J A , E S P O S A Y M A D R E



MONTEVIDEO
Imprenta à vapor de A. Migone
Constituyente, 105
1890

LA MUJER CATOLICA

LA MUJER CATOLICA

EN LAS DIVERSAS CONDICIONES

DE

HIJA, ESPOSA Y MADRE

por la señora

LIVIA BIANCHETTI



EDICIÓN

Corregida y aumentada

por

EL DOCTOR MARIANO SOLER, PRESBITERO

Vicario General



MONTEVIDEO

—

Establecimiento Tipográfico á vapor de A. Migone

Constituyente, 105

—

1890

ADVERTENCIA DEL EDITOR

La presente edición es la segunda de la versión castellana de la obra escrita en italiano por la Sra. Livia Bianchetti, corregida y aumentada por el Dr. don Mariano Soler, adaptándola á las circunstancias y necesidades de nuestros tiempos. Determinóle á organizar este trabajo el deseo de alentar el apostolado de la mujer católica, tan grande y benéfico, y contribuir con el producto de la presente edición á la erección del Santuario á Nuestra Señora del Huerto en Tierra Santa, con cuyo objeto publicamos á manera de apéndice el artículo del mismo sobre el proyectado Santuario.

Por lo demás nuestras lectoras encontrarán en la presente obra abundante y rica doctrina para nutrir su entendimiento, y máximas sábias que las guien por el sendero escabroso de la vida en las diversas condiciones y estados en que puede encontrarse la mujer.

En ella se hace un grande servicio á la mujer católica, reduciendo á un breve compendio todo cuanto se ha dicho de importante sobre la elevada y transcendental misión de la mujer en la familia y en la sociedad.

Hoy más que nunca es oportuna esta obra; hoy que tanto se escribe en un sentido erróneo y extraviado sobre la misión de la mujer, pretendiendo apartarla de la religión, única atmósfera en que ella puede vivir con honor y dignidad, como quiera que al cristianismo debe su regeneración moral y social.

Nuestros lectores verán, en efecto, que nunca fué la mujer buena hija, ni buena madre, ni buena esposa, ni grande, ni libre, sino mientras fué buena cristiana, fiel á la doctrina de Jesucristo, á quien unicamente

y á su Iglesia Santa cabe la gloria inmortal de haber levantado á la mujer de la ignominia y abyección en que la sumiera el paganismo, y haberle conquistado en la sociedad un puesto de honor y un rango de benéfica influencia modelado en el tipo é ideal de Maria, la mujer por excelencia.

Ya verá la mujer cuan grandes son los beneficios que ha recibido del cristianismo y cuanta es la responsabilidad de su glorioso y eficaz apostolado para el bien.

CAPÍTULO PRIMERO

El Apostolado de la mujer

El hombre es lo que la mujer lo hace.

V. RÁULICA.

I

Antes de entrar en los detalles del apostolado de la mujer, vamos á indicar de una manera general, según la inspiración de un célebre autor, la poderosa y decisiva influencia de la mujer en los destinos de la sociedad; esa reina del hogar doméstico y esa deidad del salón, es también la deidad y la reina del mundo.

Hoy mas que nunca es necesario despertar en su alma la convicción y la conciencia de su incomparable apostolado para que se determine á emplearlo de todas

veras y con todos los esfuerzos en pró de la regeneración social y de su propia gloria, ya que tanta responsabilidad pesa sobre la mujer en el estado moral y hasta social de los pueblos, mucho más grande de lo que ella cree, porque es también mayor de lo que cree su influencia.

No exageramos al hablar así de la poderosa influencia de la mujer en los destinos de la sociedad. La humanidad no se compone solamente de legisladores, de magistrados, de funcionarios públicos, de electores, de representantes y de militares; al lado de todos ellos está necesariamente la mujer, que no desempeña ninguno de los puestos públicos á que está destinado especialmente el hombre; pero no la colocó Dios en vano en el hogar y en la sociedad. ¿Por qué, pues, no desempeña también la mujer esas funciones públicas? ¿Debe ella quejarse de semejante ostracismo y habrá que dar razón á los que para ella reclaman los mismos derechos del hombre? De ninguna manera. Los que exigen esas reivindicaciones son adulones vulgares; más aún, los mayores enemigos de la influen-

cia social y del honor de la mujer. El cetro de su imperio está colocado por encima de esos puestos públicos, que desnaturalizarían su misión y su grandeza moral. Esos declamadores no comprenden que la mujer no ha sido hecha ni para gobernar los pueblos, ni para darles leyes; porque su misión, ha dicho un hombre de genio, de Maître, es más grande que todo eso, puesto que sobre sus rodillas es donde se forma lo que hay de más excelente en el mundo.

Vamos, pues, á indicar de dónde emana para la mujer su poder irresistible de impulsión y movimiento en la sociedad y en el mundo; influencia tanto más segura y eficaz por lo mismo que ordinariamente es menos estrepitosa y más permanente, desde la cuna al sepulcro.

De dos fuentes proviene para la mujer la influencia que ejerce en la sociedad: la naturaleza y el cristianismo.

Notaremos desde luego que por ley natural y general existen en el orden social dos fuerzas, dos poderes que ejercen su influencia decisiva en el mundo: el prime-

ro se designa con la palabra *dominación* y el segundo con el nombre de *seducción* en el sentido moral de la palabra, en cuanto significa la sabiduría del corazón con sus atracciones sentimentales, mientras la primera representa la sabiduría de la inteligencia unida á la fuerza material. La dominación y la seducción influyen de tal manera en el hombre, que ordinariamente le quitan toda voluntad y medio de resistencia: queda dominado ó seducido, pero en ambos casos igualmente vencido.

Ahora bien; en la división y distribución natural de estas influencias sociales, el hombre ha recibido la *dominación*, esto es, mayor vigor de la inteligencia y de la voluntad en su espíritu y mayor vigor de los músculos en su cuerpo. La dote de la mujer está marcada por la distinción del sexo, á pesar de ser de la misma naturaleza del hombre, y le ha tocado esa gracia maravillosa que la distingue, con una incomparable ternura y ciencia del corazón, que representa el poder de la *seducción* en la sabiduría sentimental del espíritu humano. Estos dones tan perfectos y poderosos

hicieron ver en ella, hasta en el rebajamiento á que la redujo el paganismo, *un algo divino*, al decir de Tácito.

No vamos por ahora á considerar á la mujer como madre y como esposa, figuras tan augustas y de tan reconocida como poderosa influencia en la formación del hombre, sino solamente en su acción general, en cuanto en la vida social el hombre y la mujer influyen naturalmente según sus propias prerogativas. Pues bien; si el hombre hace *las leyes* que rigen los destinos sociales, la mujer es la que forma *las costumbres*. El hombre manda; pero la mujer es la que dicta las lecciones y consejos, que representan el imperio moral. Mas ¿cuál de estas dos influencias triunfa en los destinos del hogar y de la sociedad?

Los hombres más eminentes lo han confesado, y entre ellos Cicerón, cuando preguntaba «¿de qué sirven las leyes sin las costumbres?» Pues si es la mujer la que forma las costumbres, ¿de qué servirán las leyes que dictan los hombres?

Ah! si la mujer conociese y apreciase el don que ha recibido de Dios!—Con fre-

cuencia se queja de la parte que le ha tocado y cree haber sido tratada menos favorablemente que el hombre. Es verdad que la naturaleza no ha dado á su sexo miembros robustos, ni la potencia colosal del genio que ha resplandecido en un Sócrates, en un Platón, en un Santo Tomás, en un Miguel Angel, en un Newton. Pero ¿que de compensaciones no ha recibido en esas gracias incomparables de que la ha dotado Dios?... Y mientras que el hombre en su esfera no pasa ordinariamente la mediocridad, ella puede estar siempre á la altura de su misión y de sus obras.

Pero ¿qué digo? La mujer supera con frecuencia ese nivel y extiende su poder á más vastos horizontes. ¿Acaso la fuerza material ó la del genio es siempre la que dirige los negocios del mundo? Sucede con frecuencia que cuando se verifica un acontecimiento inesperado, unos lo atribuyen á la ambición de los gobernantes, otros á las pasiones del pueblo; pues bien: si se investigase la causa primera, se encontraría con frecuencia que era una mujer. Baste recordar los nombres eternamente cé-

lebres de una Helena, una Pulqueria, una Clotilde, una Eudoxia, una Mónica y los tristemente ignominiosos de una Pompadour, de una Ana Bolena y una Isabel Tudor, porque el genio de la seducción es igualmente poderoso para el bien y para el mal.

Mas sea como fuere, respecto á la mujer bajo el sólo aspecto natural, puede declararse que nada existe más poderoso que su flaqueza.

II

Veamos lo que sucede bajo la influencia del Evangelio.

Desde luego, decir que la mujer ha sido rehabilitada por el cristianismo no es más que una vulgaridad; es un hecho incontestable. Pero es necesario recordar que se realizó algo más que una rehabilitación; es decir, que la mujer no fué restablecida solamente en el puesto que le asignó la naturaleza, y del cual la había precipitado el paganismo; ha sido elevada á una altura superior; el cristianismo quiso ven-

garla de los desdenes y desprecios antiguos, dotándola de una grandeza á la cual el orden natural no le da derecho alguno. La antigua esclava es hoy reina y heroína.

Pero ¿cómo se ha operado esta prodigiosa elevación? Se ha realizado en primer lugar por el culto de la mujer en María, y después por el matrimonio, elevado á la dignidad de *sacramento* por N. S. Jesucristo.

¿Ha reflexionado seriamente la mujer acerca de las ventajas que resultan para ella del matrimonio cristiano? Es ella principalmente la que ha recogido los inmensos beneficios de esta institución divina. Ya no tiene que temer, como bajo el imperio de la ley pagana, la amenaza del divorcio y de la poligamia, verdadera afrenta de la mujer, germen de su esclavitud y degradación pasadas. Posee la seguridad de no ser separada de lo que tiene de más querido; tiene su corazón un escudo contra el más terrible sufrimiento, su frente defendida de la deshonra y están colocados sus derechos bajo la égida sagrada de la religión.

¡Cómo queda engrandecida la mujer en presencia del hombre que debe considerar en ella la imagen venerada de la Esposa de Cristo y amarla como el Verbo encarnado amó su carne sagrada!

Y estas ideas han penetrado tan profundamente en las costumbres de los pueblos civilizados por diez y nueve siglos de cristianismo, que hoy las consideramos naturales, y hasta debe afirmarse que todos los esfuerzos intentados para abolirlas por el moderno liberalismo, restableciendo el divorcio y el matrimonio civil, tan favorables á las pasiones humanas, permanecerán vanos mientras no se logre abolir el cristianismo ó corromper á la mujer.

Y note de paso la mujer cómo por su propio honor y por gratitud, debe emplear toda su influencia en la propagación y conservación del cristianismo, baluarte de su rehabilitación y paladión de su grandeza; y debe apereibirse que el intento de lo que llaman *secularización* de la sociedad representada por la separación de la Iglesia y el Estado, la educación laica ó sin religión, y especialmente el matrimonio civil,

no tienen otra tendencia que la abolición social del cristianismo y su benéfica influencia, para llegar á la supresión de los derechos y dignidad sagrada de la mujer, condición indispensable para lograr corromperla, según el intento declarado de la Masonería.

Mas prosigamos describiendo la elevación de la mujer por el cristianismo. El más bello tipo que el catolicismo propone á nuestra veneración en la humanidad, abstracción hecha de Jesucristo, con quien toda comparación es imposible, ¿no es acaso el de la *Virgen María*? ¿Pero no es ella al mismo tiempo el ideal de la perfección y grandeza de la mujer, y de esta manera, el origen de su benéfica influencia social? Esta hija de Judá ha demostrado ante el mundo lo que podía llegar á ser esa criatura pisoteada y ultrajada durante tantos siglos y cubierta con desdenes universales. Por eso todas las generaciones no sólo la han proclamado dichosa, sino también que han querido imitar su perfección. Legiones de vírgenes heroicas se han levantado y se levantan á su ejemplo

en aras del valor más admirable renunciando á las riquezas, á los honores, á los placeres lícitos y á la libertad, porque han colocado por encima de todo eso su vida y sus aspiraciones. Y estas legiones de vírgenes han asombrado al mundo después de honrarlo y consagrarse al servicio de la humanidad hasta en los campos de batalla, como las hijas de la Caridad.

Por el desprecio á todo lo que nos seduce, esas mujeres elevan su sexo, demostrándonos de qué sacrificios y heroísmo es capaz la mujer cristiana. El hombre la apellida *débil*, y he aquí que le dá ejemplo de *sublime fortaleza*. No se la creía capaz de nada, sino en sus gracias naturales, y he aquí que ella ostenta otra fuente de poder en el desprecio de esas gracias, para convertirse en heroína.

Si el paganismo, que honraba las falsas virtudes de sus vestales, hubiese conocido á la virgen cristiana, le hubiera erigido altares y colocado en la cumbre del Olimpo.

El cristianismo, que ha sido hecho para todos, parece sin embargo tener predilección por la mujer; tantos cuidados pone en

perfeccionarla, elevarla y defenderla! Un pontífice prefirió perder para la unidad de la Iglesia su querida Isla de los Santos, Inglaterra, antes que consentir en el divorcio, afrenta de la mujer. Es que la Iglesia recuerda á María, aurora y comienzo de la redención religiosa, moral y social de la humanidad!

Hasta se creería que se aproxima más á la mujer, y en efecto existe entre nuestros dogmas y las cualidades naturales de la mujer visibles relaciones simpáticas, que por instinto las comprende y deduce sus armonías. Es por el corazón que vive principalmente la mujer, colocando en él el secreto de su inmenso poder de seducción; pues bien: el cristianismo es por excelencia *ley de amor*, y á fuerza de amor á los hombres ha conquistado el mundo. El cristianismo y la mujer están destinados providencialmente á elevar al hombre, á consolarlo y á fortalecerlo. Y he aquí por qué en cierto modo es inseparable la una del otro, siendo como un siniestro prodigio encontrar una mujer que rechace sistemáticamente el cristianismo.

III

Después de las anteriores reflexiones procedemos á demostrar que es tan inmensa la influencia de la mujer para el bien y para el mal, que de ella dependen los destinos de la sociedad, pues que cualquiera que sea su actitud, es á su imagen que se forma la sociedad; es como una diosa de quien depende el bien y el mal social, según quiera conservar la imagen de Eva ó el tipo de María, porque siempre dispone del talismán de la seducción.

Todos los grandes estadistas deponen como causa fundamental de la espantosa corrupción de los tiempos modernos el desordenado amor á las riquezas, el espíritu de mercantilismo en todas las relaciones sociales, hasta tal punto que nada es apreciado, sino en cuanto vale dinero, grandes del siglo, que ha materializado las almas después de haber metalizado los corazones. Mas ¿de dónde proviene originariamente semejante estado de cosas? Piénselo bien el lector y me dará razón al

afirmar que es el *lujo* de la mujer y las profusiones necesarias para sostener una vida fastuosa.

Piéncelo bien la mujer, y que nos diga ¿qué hará el hombre en presencia de rentas limitadas y de gastos que se acrecientan diariamente? Procurar dinero, procurar oro con febril actividad. La vida toda entera se convertirá para él en un frío cálculo, y los elevados sentimientos no tendrán cabida ni lugar, porque no puede pensar más que en el oro; todo lo debe mirar bajo el aspecto del lucro, y hasta tendrá que arrojarse á negociaciones usureras y con frecuencia poco delicadas, en la imposibilidad de satisfacer de otro modo las exigencias que le impone el lujo, hidra que jamás se sacia. Es verdad que esta conducta en el hombre es reprobable; pero también es necesario compadecer á semejantes personas, ó más bien, debe lamentarse un estado social que fuerza á las veces á conciencias honorables á desmentirse á sí mismas, para encontrar un alivio á la impotencia económica que el lujo le ha creado con sus exigencias, tan fatales

que acarrean muchas veces la miseria, aun después de sacrificado el honor, arrastrando á lo que se llama *el lujo de la miseria*, ruina material y moral de tantas familias.

Con el lujo la mujer obliga al hombre á despreciar la virtud; puesto que cuando un joven intenta tomar el estado de matrimonio se ve obligado á buscar no la virtud, sino una fuerte dote. La mujer que olvidada de su altísima misión no quiere más que vivir entregada al espectáculo de las modas y de las costosas magnificencias, convierte su vida en un suplicio y labra el desprecio de sus propias virtudes y méritos, llevando así la pena en el pecado.

Si en vez de esas deidades mundanas, que solo aspiran á eclipsar á sus rivales, nuestro siglo admirase en la generalidad de las mujeres la noble sencillez y la modesta decencia, que tan bien le sientan, convirtiéndola en hechizo de la sociedad y angel del hogar doméstico ¿podrá dudarse que las cosas, cambiarían de faz y que la sociedad sería más feliz? Persuádase la mujer que es tal su influencia, que, aun cuando ella es la causa de una ruina social,

siempre es la diosa á quien los hombres tienen que pedirle la salvación.

¡Ah! qué inmensa fortuna para un pueblo son las mujeres que ponen su grandeza en ser modelos de virtud y de economía en el hogar, copiando el tipo de la mujer fuerte, que describe la Escritura y de quien dice que su precio es como el de las perlas raras traídas de lejanos países!

¿Quiere, pues, la mujer reformar y salvar la sociedad? Lo tiene en sus manos: cúbrase de honor como la mujer fuerte, cuya vestidura es la sencillez y la modestia, embellecida con la corona inmortal de las virtudes cristianas.

IV

No pára aquí la influencia trascendental de la mujer, como quiera que ella es también la que da el tono á nuestras sociedades. El salón, el teatro, la tertulia, el baile, constituyen su imperio, porque siempre sucede que en esos lugares es la mujer la que, como en Delfos, á manera de pitonisa

tiene el don de que sus palabras sean recogidas como oráculos y cuyo tono es la norma de lo que llaman alta educación y buen tono.

Si la mujer comprende la especie de sacerdocio social que está destinada á ejercer, será como un astro brillante que ilumina y embellece cuanto la rodea. ¡Cuántos hombres no deben á mujeres de gran sentido y de gran corazón los más bellos actos de su vida y sus más brillantes inspiraciones!

Por el contrario, si la mujer se deja dominar por la futilidad, todo se rebaja y decae con ella.

Su contacto en vez de ser fecundo, engendra y esparce la fatuidad en el círculo de su influencia deletérea; y ella convierte el salón, la tertulia y el teatro en centros de degradación y corrupción: de ella se valió la incredulidad del siglo pasado para corromper la clase alta de la sociedad y después el pueblo.

Sí; esos lugares deciden del tono social de un pueblo; pero quien lo da es la mujer, hasta el punto de no poder nada el

hombre, al menos sin la complicidad de la mujer. Pues bien; nada costaría á la mujer realizar la más completa reforma. Basta que lo quiera y para ello no necesita otra cosa que una reprobación negativa.

¿Quiere acabar con las representaciones teatrales indecorosas ó inmorales que han prostituido el teatro moderno? Como no es posible suprimir el teatro en una sociedad civilizada, siendo al mismo tiempo una de las diversiones más nobles, basta que las repruebe, y ésto de la manera que menos sacrificio impone: la abstención; pues la ausencia de la mujer basta para hacer clausurar los teatros inmorales; si no se los quiere clausurar, se harán morales por su propio interés. Dígase lo mismo de las tertulias y bailes, donde las exigencias de una moda indecorosa ordenan trajes que sólo sirven para que la mujer venda lo que constituye su encanto y grandeza, la modestia y el recato cristianos. Fórmese una liga de *alto tono* moral y cristiano de parte de las mujeres católicas, y la mujer será de nuevo la corredentora del mundo y de la sociedad. No es cuestión de fana-

tismo, sino de defensa social contra la inmoralidad y la corrupción desvergonzadas, que pretenden hacer bajar los ojos á la modestia y burlarse cínicamente de la virtud. Ni se diga que una sociedad culta no puede vivir sin teatros ni tertulias: es verdad; pero también es cierto que bajo ningún pretexto se puede rendir culto á la inmoralidad. Jure la mujer por su honor no asistir á representaciones inmorales, y se verá al punto convertido el teatro en escuela de costumbres, como debe serlo en toda sociedad que sabe hacerse respetar de los que pretendan afrentarla con la exhibición de *Doña Juanita*, *La hija de Madama Angot*, *Bocaccio*, *L'amico di casa* y otras del mismo género.

V

Pero la acción de la mujer no se limita á comunicarnos ese barniz exterior que brilla en las relaciones del mundo. Va mucho más lejos; ella determina el grado de moralidad de todo un pueblo, sin que exista

resistencia posible á la perseverante tenacidad del apostolado de la mujer.

No pretendemos afirmar que la mujer sea la causa de las pasiones del hombre, ni que el hombre carezca de culpa en la degradación moral de una sociedad, pues consta, como lo hemos indicado, que es el hombre el que ha organizado la corrupción de la mujer por todos los medios posibles, y de una manera eficaz, por medio de la novela, que hoy dia todos declaran estar prostituida.

Sin embargo, es una verdad que debe proclamarse bien alto: el mal y la inmoralidad no se realizan en el mundo sin la complicidad de la mujer; más aun, sin su triste iniciativa. Un pueblo no se corrompe en su totalidad sino por su culpa, porque ella tiene el poder de detener y neutralizar su propagación cuando se lo propone y lo quiere eficazmente.

Y en efecto, ¿qué no podría para la salvación social una vasta asociación de señoras firmemente resueltas á no transigir con la conciencia moral y religiosa? Se vería como poco á poco las costumbres se

corregirían, las fiestas mundanas renunciarían á sus excesos, el lujo cedería el puesto á la decencia de la modestia; la inmoralidad volvería á los antros tenebrosos de donde no se le debió permitir salir jamás, y las novelas inmorales quedarían inéditas por falta de compradores.

Por fortuna para el mundo, esas asociaciones existen en varias partes, señalando así la aurora del gran día de la regeneración social; pero no en todas se trabaja decididamente, ni todas las mujeres cristianas tienen conciencia de su misión y poderosa influencia, y sobre todo, existen muchas almas cristianas que aun no han dado su nombre ni ofrecido su cooperación. Las señoras cristianas, las matronas y jóvenes católicas, es necesario que lo comprendan, ellas tienen entre sus manos nuestros destinos morales. Dios en el orden providencial ha establecido ciertas leyes de las cuales no se aparta jamás: fué por medio de la mujer que un día trajo la gracia de la redención á este mundo; pues bien, hoy que todo parece perdido, obrará Dios del mismo modo para salvarnos. Las

Mariás, las Elenas, las Clotildes, las Pulquerias de nuestros tiempos son todas las mujeres cristianas.

Sí; la mujer cristiana es la gran esperanza de regeneración y en todas partes ha comenzado á organizar su influencia en el sentido salvador. En Europa y en América centenares y millares entre ellas se han decidido á ejercer la política cristiana hasta por medio de representaciones ante las Asambleas y Poderes públicos, ya reclamando en pro de la observancia de los dias festivos, ya pidiendo se respete en los padres el derecho de educar cristianamente á sus hijos, ya protestando contra los desmanes del cesarismo incrédulo contra la Iglesia de Jesucristo, ya atendiendo á las múltiples obras de propaganda cristiana, compatibles con su sexo. ¡Que sigan adelante en su empeño! ¡que nos fuercen á hacer el bien! si ellas lo quieren, lo pueden, aun á despecho de las leyes impías y de los esfuerzos de la incredulidad: ellas triunfarán. ¿Y sabeis porqué? Porque si el hombre dispone del poder civil, la mujer dispone á su vez de algo que es superior,

tiene en sus manos el *poder moral*; si no hace las leyes, forma las costumbres; si no tiene el poder de dominación, tiene el de seducción, y ya sabemos cuál de los dos dispone de los destinos sociales.

Terminaremos este capítulo sobre el apostolado de la mujer dándole un consejo que nos sugiere la eminente escritora católica Livia Bianchetti: «Hay necesidad de una profunda instrucción religiosa en la mujer de nuestros tiempos;» y recomienda la cultura necesaria y correspondiente á su sexo como condición previa á la ciencia de la religión, pues dice: «lo que hace á la mujer frívola, disipada y descuidada en el cumplimiento de sus deberes, no es la ciencia, sino la ignorancia de la religión;» y da la razón con las palabras del ilustre filósofo Ventura Ráulica: «*El hombre no es sino lo que la mujer lo hace; pero la mujer no puede hacer hoy al hombre cristiano sin que ella úna á la práctica exacta del cristiano una ciencia completa del cristianismo.*» Si ésta es una verdad innegable, se comprende porqué la Masonería, por medio de la *Liga de la Enseñanza*, se es-

fuerza en todo el mundo en privar, especialmente á la mujer, de toda instrucción religiosa; y si se quiere comprender el secreto de esta táctica masónica lo declararemos con las palabras de la escritora mencionada: por medio de la ciencia del cristianismo verá la mujer los inmensos beneficios que le ha prodigado la religión, comprenderá su benéfica influencia y el deber de gratitud que la inclinará á consagrarse al apostolado de las almas como hija, como esposa y como madre. La Masonería que ha jurado destruir la religión, jamás podrá consentir que la mujer se penetre de su altísima misión en la sociedad.

Decídase, pues, la mujer al ejercicio de su hermoso apostolado, que entonces la sociedad, libertada de los peligros que la amenazan, volviendo á la práctica sincera del cristianismo, y comprendiendo de donde ha provenido su salvación, entonará en honor de la mujer cristiana el himno de gratitud que el pueblo de Betulia cantó un día á la heroica Judith: «Tú eres la gloria de nuestras ciudades, tú el honor y la alegría de nuestro pueblo.» Sí; lo afirmamos

en nombre de María, que levanta en el mundo tantas legiones de vírgenes heroicas: la mujer cristiana será la gloria de nuestras ciudades, el honor y la gloria de nuestra sociedad redimida, si sabe inspirarse en María, su ideal y su modelo.

Por eso dedicamos á María el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SEGUNDO

María, Madre de Dios

¡María! dulcísimo nombre, el más grande y santo después del de Jesús. Con este nombre, manantial inagotable de consuelo y de esperanza, designamos los cristianos á la criatura más augusta y más próxima al ideal divino, como que es la madre de nuestro Redentor, Jesucristo, el Hombre-Dios, que según su santísima humanidad descendía de la tribu de Judá y de la real familia de David, ascendiente de María.

Por eso decimos: «creo en Jesucristo, que nació de María Virgen.»

María es la figura más bella, el ideal más hermoso, el tipo más sublime de la santidad y de la belleza moral salido de las manos del Creador, que pueda contemplar el hombre. Es inmaculada en su pureza, y entre las admirables figuras que descuellan en el cristianismo es imposible encontrar otra más bella más pura y más santa. La inmensidad de los dones, gracias y virtudes de que está enriquecida y adornada son tan sublimes, que al decir de los Santos Padres, la omnipotencia de Dios quedó como agotada por no poder comunicar mayores ni más espléndidas á otra criatura. Por eso en nombre de Dios la saludó el angel mensajero: *Salve, llena de gracia*; «Ave Maria gratia plena.» Era el anuncio de la maternidad divina; y la destinada para Madre de Dios, solo á su Dios podía ser inferior.

María, objeto de nuestra veneración y de nuestro amor para todos los que hacen profesión de verdaderos cristianos,

es al mismo tiempo la creación más casta y poética que puede imaginarse, el nombre más dulce que pronuncia el labio del hombre, el símbolo más augusto de la perfección, el más cumplido dechado del amor divino y de las virtudes cristianas y el destello más sublime de la imagen de Dios.

Modelado en ella nació el tipo de la mujer cristiana, que es una de las más bellas creaciones del cristianismo y por cuyo medio se ha realizado la más grande, pura y sublime regeneración de la mujer con hermosísimas virtudes para el hogar y para la sociedad. En María y por María la mujer recobró su primitiva dignidad y más aun, fué elevada sobrenaturalmente para gloria de su sexo, honor y bien de la sociedad.

Si con el pensamiento volvemos los ojos hácia la antigüedad y á la época de María; ¡qué contraste nos ofrece su pura y santa figura con las groseras y sensuales divinidades de su sexo en el mundo pagano! La antigüedad no supo concebir jamás una cosa semejante, porque

no se inventa la verdad, ni la perfección, ni la pureza, ni la santidad, ni la grandeza que vino al mundo con María. Y si reflexionamos sobre el estado en que se encontraba entonces la humanidad, agobiada bajo el peso de sus vicios y desórdenes, especialmente en la mujer, podrá calcularse el efecto que en él produjo esta creencia, esta fuente de inagotables consuelos y este dechado de perfección y santidad. El solo bastaría para demostrar la divinidad del cristianismo, como quiera que solo él posee el gigantesco ideal de esa figura sublime.

Parece que María no goza de una dignidad divina, como madre del Hombre-Dios, sino para interceder divinamente por nosotros en el cielo, y que permanece siempre como mujer para escuchar nuestros dolores, para participar de esas angustias, que el hombre quisiera muchas veces ocultar, si posible le fuese, hasta al mismo Ser Supremo. Ella es *Madre* y madre de los pobres pecadores. Escuchad, sino, los tiernos nombres que dió á la Virgen la fe de los primeros tiem-

pos del cristianismo; para los jóvenes víctimas de su execrable patriciado es *la estrella de la mañana*, la *rosa misteriosa*, el *vaso lleno de perfumes*; para los viajeros del mundo es *un manantial siempre puro*; los pobres y los desvalidos la invocan como *el consuelo de los afligidos* y *la salud de los enfermos*; para todos, en fin, es *refugio de los pecadores* y *la puerta del cielo*.

Esta casta figura de la Virgen-Madre ha parecido á todos como una sonrisa de misericordia y de paz, de esperanza y salvación, el *sursum corda* de los desgraciados y afligidos. Todos han creído oír de sus labios: «venid, vosotros, los que habeis sufrido y amado, que yo también he sufrido y amado.»

Y en efecto: el sufrimiento y el amor constituyen toda la vida de la Madre del Salvador, que desde la edad de diez y seis años se unió con el casto y justo José, de la familia de David. Unióse á él con la firme resolución de permanecer virgen; y poco tiempo después, el arcángel Gabriel se le apareció para anun-

ciarle que debía ser madre. El enviado del cielo, le dijo: «Yo te saludo, María, tú estás llena de gracia; el Señor es contigo, y tú eres bendita entre todas las mujeres.» Era el elogio más sublime que podía hacerse de María. Y habiéndose turbado al oír estas palabras, el ángel añade: «María, no temas nada, vas á ser madre; tendrás un hijo que será Hijo del Altísimo; lo llamarás Jesús, y el Señor Dios le dará el trono de David y poseerá un reino que no tendrá fin.» Entonces María, inclinándose le respondió: «¿Cómo puede ser esto, si soy virgen?» Pero Gabriel le replicó: «El Espíritu Santo descenderá á tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y hé aquí que tu prima Isabel ha concebido también un hijo en su vejez y hoy es ya el sexto mes de la que había sido llamada estéril, porque nada es imposible á Dios.» Entonces María le dijo: «Hé aquí á la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel se retiró de su misión.

En los días que siguieron á esta revelación María dejó á Nazareth para ir á

ver en las montañas á su prima Isabel. Esta, al ver á la Virgen la saludó con estas palabras: «Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas: ¿de dónde me viene la dicha de que la *madre de mi Señor* venga á mí?» Entonces María, llena de fe cantó un cántico admirable por su elevación y poesía, que es el que conocemos con el nombre del *Magnificat*, divinamente inspirado.

Después de tres meses de estadía con Isabel, volvió á Nazareth. José, que era hombre justo, viéndola en cinta quiso despedirla en secreto para no difamarla; pero cuando se ocupaba de esta idea, se le apareció el ángel y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir á María tu esposa, porque lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo, y tendrá un Hijo á quien llamarás Jesús; todo lo cual ha sucedido para que se cumpla lo que el Señor había hablado por medio del profeta, diciendo: «Hé aquí que la Virgen concebirá y dará á luz un hijo que será llamado *Emmanuel*, Manuel, que significa,

Dios con nosotros.» José, respetando el mandato divino, respetó y conservó á María á su lado.

Las profecías sobre el Mesías comenzaban á verificarse: era la época anunciada por Daniel.

II

Pero viviendo María en Nazareth, ¿cómo era posible el nacimiento del Mesías en Belén?

Habiendo decretado Cesar Augusto la formación de un nuevo censo de los Judíos, José y su esposa, próxima ya á ser madre, tuvieron que ir á Belén á fin de inscribirse. Allí fué donde María dió á luz al Hijo de Dios. Como pobres que eran, María y su esposo habían tenido que refugiarse en un pesebre. En la noche del 25 de Diciembre una estrella nueva apareció en los cielos, y una voz llena de melodía y coros de ángeles cantaban sobre el humilde establo: «Gloria al Señor; paz á los hombres.»

Todo, en fin, fué al rededor de María

prodigios, revelaciones y milagros. Los reyes magos vinieron á inclinarse delante del Niño-Dios. ¿Porqué proster-naros, oh magos? exclama el elocuente San Bernardo. ¿Es acaso rey? Y si es rey ¿dónde está su cetro, su corona y su corte?»

«María ¿tiene acaso el aire y el aparato de una reina?» Teniendo entre sus brazos trémula y angustiada al Hombre Dios, que acababa de nacer, humilde como la más humilde y adorable por su modestia, la Virgen conmovida de santa alegría, apenas se atreve á creer que ha sido la elegida del Señor. Como todas las demás mujeres, creyó deber purificarse; y cuarenta días después de la milagrosa natividad, fué á presentarse al templo.

Noticioso Herodes de que había nacido un rey de Israel, é ignorando de qué familia había venido al mundo este dominador futuro, mandó matar á todos los varones recién nacidos. María y José, advertidos milagrosamente, huyeron con Jesús, y se retiraron á Egipto, donde

permanecieron siete años, para que ahí se cumpliesen también las profecías.

A pesar de ver al Hijo de Dios errante y fugitivo, María no desesperó por eso. Humilde sierva de Jesús, esperaba el gran día en que se cumpliesen todas las profecías.

Después de la muerte de Herodes volvió á Nazareth. Bien pronto Jesús enseñaba á los doctores, y la Virgen vió desde luego los principios del apostolado del Salvador. Hubiera podido glorificarse de ello, pero nunca quiso hacerlo; al contrario vivió tan modestamente, que apenas se le veía de tiempo en tiempo entre los grupos de las santas mujeres que seguían los pasos del Mesías.

Acercábase por fin la hora del triunfo y de la muerte. ¿Cuán grandes no debieron ser entonces las angustias maternales? Un Dios, que al mismo tiempo era el Hijo de sus entrañas, azotado, crucificado, moribundo, cubierto de injurias: el hijo del Altísimo extendido sobre una Cruz, sufriendo sin defenderse. La pobre Madre, la Virgen, tuvo entonces

un valor verdaderamente sublime y bebió gota á gota este cáliz de amargura. En medio de todos sus dolores y en medio de todos los fieles, á quienes sobrecogía el terror y el espanto, María conservó su augusto carácter y su admirable nobleza, que las artes nos han trasmitido representando en sus imágenes su fe sublime.

En efecto, María, deshecha en lágrimas parece decirnos: «Horo porque soy mujer y madre, espero porque sé que es mi Dios y muere por la salvación de los hombres, en cuyo obsequio ofrezco el sacrificio de mi Hijo y de mí propia. Él os ama y yo también os amo; él padece en la cruz y yo también quedo crucificada por el más inmenso dolor, el dolor de madre.»

María es la más firme entre todos los creyentes y es también la Santa por excelencia. Por eso está sentada á la diestra de su Hijo, que no le niega nada de cuanto ella le pide. Las potestades del cielo se inclinan ante su gloria; los serafines se velan para contemplarla, y cuando habla responden á su voz las arpas celestiales.

Acá, sobre la tierra, objeto de un culto fervoroso y ardiente, adorada entre todos los santos, es la abogada y protectora de todos los que sufren y esperan. Las iglesias de los últimos lugares la colocan en el altar de preferencia; su imagen adorna también la humilde choza del labrador, y los niños de la aldea la bendicen como una segunda madre. Protectora de los marinos, vé á esos hombres duros y esforzados encorvar delante de su capilla las cabezas humedecidas aun con el rocío de la tempestad y la espuma del mar.

Delante de este símbolo de gracia, de amor y de candor se inclinan las vírgenes, murmurando palabras que solo María puede comprender. En fin, los humildes y creyentes la aman con un amor inextinguible y los incrédulos la contemplan con admiración, como una de esas creaciones sublimes de una poesía adorable, como la personificación de una piadosísima creencia que ha atravesado los siglos para fortificarse y arraigarse en el mundo como el ideal de la sublime mo-

ral y de la santidad más amable y perfecta.

Para nosotros los cristianos, vive siempre en el cielo, donde la invocan el dolor, el arrepentimiento y la piedad; y en la tierra, en esas magníficas páginas y en esos admirables lienzos que ha sabido inspirar á San Bernardo, á Bossuet, á Rafael, á Murillo y á Rubens.

Antes lo hemos dicho y volveremos á repetirlo por conclusión: nada es comparable á esta deliciosa figura, ni hay culto más puro y más tierno que el que se tributa á esta Reina de cielos y tierra. Ella es vida, dulzura y esperanza nuestra: la aurcola de su maternidad divina le da la omnipotencia de su intercesión en pro de los pecadores de este valle de lágrimas, que ella compadece y sabe compadecer como madre nuestra, madre de misericordia. Por eso es consuelo y refugio de los cristianos, encanto de los justos y modelo de las Vírgenes, Mártires y Confesores.

Cuanto sintéticamente acabamos de exponer es la base y la razón del culto de

amor, veneración, admiración, encanto, esperanza y consuelo que la Iglesia y los fieles tributan á María. Es así mismo el culto y el encanto especial de las mujeres católicas, que cuando consiguen cultivar sinceramente y eficazmente el amor á María, conseguido han toda la grandeza moral y cristiana que á su sexo es propia y que las eleva al rango del más sublime apostolado en la familia y en la sociedad. Por María nos vino la redención y por la mujer católica la regeneración de los pueblos: ella es la continuadora de la misión de María en el mundo y en el hogar.

Al retocar esta preciosa obra escrita por la eminente cristiana Livia Bianchetti le hemos querido conservar toda la eficacia que emana del sexo de la escritora: es una mujer católica que habla á la mujer católica. Qué fortuna para la sociedad si todas las mujeres aprendiesen sus lecciones y según ellas modelasen su conducta!

CAPÍTULO TERCERO

La mujer y la religión

DIVERSOS JUICIOS DE LOS SABIOS SOBRE LA MUJER. — LA MUJER SEGÚN LA SAGRADA ESCRITURA. — LA MUJER BUENA Y LA MUJER MALA. — LA MUJER CATÓLICA DESDE EL TIEMPO DE LOS APÓSTOLES.

I

Los escritores que se han ocupado en sus obras de la mujer han formado de ella juicios muchas veces contradictorios y hasta completamente opuestos. Unos la han pintado como un ser casi sobrehumano y celestial, creado por Dios para la

felicidad del género humano y destinado para cicatrizar sus heridas, aliviar sus penas, y hacerle menos áspera la dura y difícil peregrinación de la vida; otros por el contrario, han presentado la mujer como una criatura perversa, como un genio malféfico, como una ocasión permanente de males y ruinas de todo género.

Dejando á un lado los errores y exageraciones de que estas dos teorías adolecen, es forzoso reconocer que hasta cierto punto ambas opiniones tienen algo de verdad.

La historia nos demuestra, en efecto, que la mujer ha sido en todo tiempo causa de grandes bienes y grandes males; de moralidad y de corrupción; de prosperidad y de miseria, de salvación y de ruina. De aquí es que la manera con que es juzgada, el hacer de ella un ángel ó un demonio, una criatura sobrehumana ó una fiera, parece justificarse en cierto modo por la conducta que ella ha observado, según que ha sido fiel á sus deberes ó que los ha descuidado y pisoteado.

Un filósofo cristiano, que ha sentido profundamente la necesidad de educar á

la mujer en santos y nobles principios, afirma que puede decirse de la mujer lo que de la lengua, — *nada mejor, nada peor*; nada mejor que la mujer cuando inspirándose en la fe, comprende su misión y corresponde á ella; nada peor que la mujer cuando, lanzándose en un miserable escepticismo, sino formal y manifiesto, por lo menos implícito y práctico, la desconoce y huella.

El Espíritu Santo nos revela en las Sagradas Escrituras esta verdad de diversos modos; ya llamando á la mujer virtuosa y santa: *cosa sin precio, recompensa del que teme á Dios — gracia sobre gracia — antorcha que resplandece sobre el candelabro santo — cuyo precio es como de cosas traídas de lejos, de los confines de la tierra*; ya exhortando á guardarse de la mujer mala, *digna merced del hombre pecador, en comparación de la cual toda calamidad es nada, cuya compañía es peor que la de un dragón, cuya casa es el camino del infierno*. Además, los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento nos ofrecen ejemplos elocuentes de que la mujer, fiel á Dios y á sus de-

beres, ha sido elemento de grandes y gloriosas empresas, mientras que la mujer mala é infiel fué ocasión de escándalo y la ruina de pueblos enteros.

Las Sagradas Escrituras nos dicen que Eva, la primera mujer, induciendo al hombre á la desobediencia y á la rebelión contra Dios, introdujo en el mundo el pecado, que es la causa de la muerte. La causa de la total corrupción del género humano que motivó el diluvio universal, según los mismos Libros santos, fueron los matrimonios de los descendientes de Seth con las hijas del criminal Cain! «Los hijos de Dios, dice el historiador sagrado, viendo la belleza de las hijas de los hombres (1), tomaron para esposas las que más les agradaron.» ¿Y qué resultó más tarde de estos enlaces? Las mujeres de la raza de Cain, fieles imitadoras de las costumbres de su impío padre, corrompieron los corazones de sus esposos, y entonces fué cuando viendo Dios

(1) «Los hijos de Dios» son los descendientes de Seth, llamados así porque observaban la ley de Dios, y «las hijas de los hombres» son las mujeres descendientes de Cain imitadoras de su maldad.

« que sus pensamientos se encaminaban siempre á obrar mal se arrepintió de haber criado al hombre y resolvió exterminarlo de la faz de la tierra. »

Salomón, el sapientísimo rey de Israel, el que edificó el templo de Dios, se entrega á la idolatría en los últimos años de su vida por obra de las mujeres, « las cuales, dice la Escritura, depravaron su corazón hasta hacerle adorar dioses extranjeros. »

El rey Acab, aunque impío, no se atreve á hacer percer á Naboth para usurpar su viña, pero Jezabel, la perseguidora de los profetas de Dios, más fuerte en la impiedad y más feroz que Acab su esposo, hizo apedrear á Naboth juntamente con sus hijos, sin temer que atraía sobre sí y su familia la cólera de Dios.

En el Nuevo Testamento observamos igualmente que San Juan Bautista, Precursor de Jesucristo, perezce víctima de la influencia fatal que dos mujeres, Herodías y Salomé, ejercían en el ánimo de Herodes.

La mujer virtuosa, por el contrario, la mujer fiel á su misión, es muy á menudo la salvación de su familia y de su patria.

Así la prudente Abigail, salva á su esposo del furor, aunque justo, de David; la valerosa Débora pone en fuga los numerosos enemigos del pueblo de Dios; Judith, la viuda heróica, que pasa sus dias en el retiro, en el ayuno y en la oración, es elegida por Dios para ser la libertadora de Israel, y la reina Ester, aquella mujer santísima que, en medio de las pompas de una corte, pudo protestar que no encontró jamás cosa alguna que le agradase y causase placer fuera del mismo Dios, libra á los israelitas de una muerte cierta, presentándose al rey Asuero, á pesar de exponerse á perder su propia vida, para obtener la revocación del edicto exterminador.

En el curso de los tiempos observamos igualmente que la mujer ejerce una grande influencia, así para el bien como para el mal. Es necesario, empero, confesar también para gloria de nuestro sexo (ó más bien para gloria de aquella fe que de instrumentos por sí débiles é ineptos hace instrumentos de grandes y sublimes obras) que la mujer católica, regenerada en Jesu-

cristo y ennoblecida en María se ha elevado frecuentemente á la altura de su misión y se ha hecho benemérita de la Iglesia y de la sociedad por sus señalados servicios.

El ilustre Padre Ventura, que se ha complacido en reunir todo lo que podía honrar y servir de estímulo á la devoción de la mujer católica (1) ha probado con abundancia de razones cuánto es deudor el catolicismo al celo y piedad de la mujer en las cinco grandes épocas de la Iglesia, á saber: en la época de los Apóstoles, de los Mártires, de los Padres, de la edad media, y de los tiempos modernos. La mujer, en efecto, que, durante la vida del Divino Fundador del cristianismo le seguía por todas partes para servirle y sustentarle con sus propios bienes; la mujer, que en la persona de la Magdalena y de sus compañeras, estuvo fija con la divina madre al pie de la cruz, mientras todos los discípulos, excepto Juan, le habian abandonado; la mujer, que

(1) En su obra «La Mujer Católica,» que puede consultarse con provecho.

fué el primer testigo de la resurrección, sello de la divinidad de Jesucristo; la mujer verdaderamente católica, que tiene en María su tipo y su modelo, se ha distinguido hasta ahora por su devoción fervorosa á la Iglesia, ha confirmado la fe con su propia sangre, ha hecho apreciar su benéfica influencia merced á su ejemplo, ha sostenido la religión, en fin, con todas sus fuerzas hasta merecer para su sexo el título de *devoto* por la Iglesia.

Sería largo citar, aunque no fuera sino de paso, las grandes mujeres del cristianismo que se han ejercitado en este suave y fructuoso Apostolado, mas no podemos resistir al deseo de nombrar siquiera algunas de las tantas cuyos nombres viven inmortales en las páginas de los anales de la religión. Tales son, en la época de los Apóstoles: Tabita, quien mereció del Espíritu Santo el elogio «de estar llena de buenas obras y de limosnas, y del Apóstol San Pedro el ser resucitada por la oración de la Iglesia de Jope, que la consideraba como su apoyo y madre; Tecla, la compañera fiel del Apóstol San Pablo en las

fatigas del ministerio, la cual convirtió muchas almas á Jesucristo, y compartió con Esteban la gloria de ser la primera de su sexo que derramó la sangre por la verdadera fe; Priscila, que de acuerdo con Aquila, su esposo, salvó la vida á San Pablo, exponiendo la vida propia, y le hospedó después en su casa en Roma, sin hacer caso del odio del cruel Nerón á que se exponía; finalmente, las santas Prudenciana y Prajedes, quienes consagraron su vida á visitar y alimentar en las prisiones á los fieles perseguidos, á animarlos en sus tormentos, á ocultarlos en sus casas, y al mismo tiempo, á alimentar á los pobres y á proveer á todas las necesidades de la Iglesia.

En la época de los mártires florecieron, Catalina, la virgen docta, que atrajo á la fe á todos los sabios de la célebre escuela de Alejandría, llamados por el tirano Maximino para disputar con ella por ver si podía atraerla al culto de los ídolos y con los cuales mereció después la corona del martirio; Cecilia que hizo cristiano y mártir á su esposo Valeriano y á su cuñado Tibur-

cio, de la misma manera que la noble virgen Santa Susana, despreciando las nupcias imperiales, convirtió á Claudio y á Máximo juntamente con su familia, que de parte del César habian ido á solicitar su mano; finalmente, las santas Sinforosa y Felicitas, las dos nuevas madres de los Macabeos en la nueva Ley, quienes exhortan á sus hijos á morir por Jesucristo y mueren con ellos, teniéndose por felices en derramar su sangre cual fecunda semilla de nuevos fieles.

En la época de los padres aparecen, Olimpiada la diaconisa, gloria de la Iglesia de Constantinopla, á quien el Obispo San Juan confió, durante su destierro, los asuntos más importantes y espinosos del ministerio episcopal, la enemiga formidable del cisma, que, de acuerdo con sus santos compañeros, obtuvo mantenerlo lejos de Constantinopla, la madre de los aflijidos, de los pobres y de los perseguidos por la justicia. Mónica, la esposa virtuosa, cuya dulzura y santo ejemplo transformaron á su esposo de pagano en fiel, y de disoluto en cristiano perfecto; la madre heroica y

santa, cuyas lágrimas y plegarias ganaron para la Iglesia uno de los genios más sublimes del mundo, el grande Agustin. Melania, la compañera de San Atanasio en las luchas contra el Arrianismo, la constante defensora de la verdad católica y de sus secuaces, en cuyo servicio tuvo el ánimo de emprender muchas veces largos y peligrosos viajes por Europa, Asia, Africa, animando á los débiles, confirmando á los fuertes en la confesión de la fe; la que por su poderosa influencia hizo cesar casi totalmente la persecución horrible contra los fieles de Africa. Marcela, martillo de los herejes originistas, cuyo elogio fué tejido por su gran maestro el doctor S. Gerónimo en la carta á Principia. Finalmente Santa Paula, aquel prodigio de caridad, de penitencia y de fervor, de quien dijo el mismo S. Gerónimo «que aunque todos sus miembros se convirtiesen en lenguas y todas sus fibras articulasen voces humanas, jamás podría decir cuanto merecía su heroica virtud.»

En la edad media florecieron las santas reinas Clotilde y Berta, á quienes debieron

Francia é Inglaterra su conversión á la fe cristiana; Dombrosea y Ednoge, quienes ganaron para la Iglesia la Polonia, la Hungría, y la Lituania; Santa Catalina de Sena, aquella virgen prodigiosa, cuya presencia era suficiente para hacer cesar los escándalos y poner en vigor la observancia de los preceptos divinos; á quien la Italia debió en gran parte la paz, y Roma su mayor gloria, esto es, el volver á ser asiento del Vicario de Jesucristo.

En los tiempos modernos floreció Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo, cuyo celo y doctrina contribuyeron á mantener en España la integridad de la fe cristiana; Santa Juana Francisca de Chantal, quien compartió con el santo obispo de Ginebra las fatigas y las glorias en la defensa de la Iglesia y en la reforma de las costumbres; finalmente, las hermanas de la caridad, las angelicales hijas de San Vicente de Paul que, en un siglo de indiferencia y materiales intereses, supieron arrebatarse la admiración, no solamente de los católicos, sino de los mismos herejes, y entre las cuales no debe pasarse

en silencio la admirable Rosalía, cuya muerte lloró todo París después de haber admirado por medio siglo su prodigiosa caridad.

¡Hé aquí, pues, de cuantas grandes obras y empresas fueron capaces estas y otras tantas mujeres que la brevedad que nos hemos impuesto no nos permite nombrar! Hé aquí cuanto pudo su celo y el buen uso que hicieron de la fuerza moral con que Dios ha dotado nuestro sexo, como una compensación de la debilidad física á que lo sujetó; y hé aquí también cuántos motivos de estímulo encontramos nosotras, mujeres del siglo diez y nueve, en aquellas que fueron nuestras madres en la fe, nuestras maestras en las costumbres, y modelos de sacrificio y de abnegación en servicio de la Iglesia y de la humanidad.

II

Por el contrario, todas las herejías (y nos es doloroso constatarlo ante tan luminosos ejemplos de virtud y religión)

todas las herejías, y especialmente el protestantismo, y el filosofismo moderno, si se han establecido en el mundo ha sido por el concurso de las mujeres. Basilina, la esposa de Julio Constanzo, presta su protección á los Arrianos, quienes apoyados en ella propagan su herejía en el Oriente. Eudoxia protege la facción nestoriana; y Teodora sostiene la causa de los Eutiquianos. En los tiempos modernos, Isabel, la cruel hija de Enrique VIII, lleva á cabo el establecimiento del protestantismo en Inglaterra con la persecución y la sangre; Juana de Albret destierra del Biarnés el culto católico; la corrupción de las mujeres de Alemania abre las puertas de aquella nación á la herejía luterana, y la criminal adhesión de las mujeres francesas á la filosofía impía de Rousseau y de Voltaire favorece la propagación de las funestas doctrinas que más tarde debían sumergir la hija primogénita de la Iglesia en los horrores de la más incrédula y feroz de todas las revoluciones.

De cuanto se ha dicho hasta aquí fácil es ver como la influencia de la mujer, aunque

considerada exclusivamente bajo el punto de vista religioso, esto es, considerada según el bien ó el mal causado á la religión, tan solo por esto, ha influido poderosamente en la sociedad.

La religión, en efecto, es la base sobre que se apoyan todas las instituciones políticas y civiles, por lo que es imposible que esas instituciones no se resientan profundamente de los efectos de la exaltación ó depresión de la religión. El Catolicismo, que señala con sus actos los primeros instantes de la vida del hombre, que le guía y acompaña en todos sus pasos y le sigue hasta la tumba, fuerza es que influya sobre las obras, sobre las costumbres y sobre la índole de los pueblos, según que se conserva íntegro y vigoroso en sus corazones, ó que su acción es debilitada por el soplo destructor de la herejía ó de la incredulidad. Esto sentado, queda fuera de duda, que la mujer católica, solo con ser afecta á la Iglesia, ha hecho grandes servicios á la sociedad; mientras la mujer hereje ó incrédula, hostigando á la Iglesia, ha hecho á la vez

grandes males á la misma sociedad. No es este el lugar oportuno para tratar de los beneficios que la religión de Jesucristo ha hecho á los hombres; solamente queremos recordar que fueron tantos y tan señalados, que los mismos enemigos del cristianismo, y entre ellos Renán, viéronse obligados á reconocerlos y bendecirlos. Por el contrario, la mayor desdicha que puede caer sobre un pueblo, aun considerando solamente la vida presente, es la de separarse de la fe, fuente de todo verdadero bien, así temporal como eterno. Sin remontarnos á tiempos muy remotos de los nuestros, para convencerse de esta verdad basta echar una ojeada al Estado de Europa en los tres últimos siglos. ¿Qué males no trajeron, en efecto, las herejías de Lutero, Calvino, Enrique VIII, y de los demás heresiarcas del siglo diez y seis? Díganlo Alemania, Inglaterra, Suiza, Dinamarca y todos aquellos países donde penetraron los sectarios del error. Guerras horribles, revoluciones feroces, rapiñas, crueldades, y después la miseria, la desolación y la corrupción, fueron los

frutos de la llamada reforma y los instrumentos de la justicia de Dios para castigar la apostasía de los pueblos. Vino en seguida la filosofía llamada racionalista, que, si bien en apariencia se diferencia de la herejía luterana, se la puede llamar sin embargo una continuación de la misma herejía, ó mas bien, la herejía misma llevada á sus últimas consecuencias. El principio era, efectivamente, *la orgullosa rebelión de la razón humana contra la fe revelada por Dios*; con la única diferencia que Lutero se estacionó en la mitad del camino, conservando algunos dogmas de la Religión Cristiana, mientras que Voltaire y Rousseau, más impíos ó menos hipócritas, llegaron al término, negándolos ó destruyéndolos todos. Mas como uno era el principio de sus sistemas, é idéntico el fin, los frutos debían ser los mismos, y en efecto lo fueron. Y si bien la Francia, quedando más infectada que las otras naciones de las doctrinas racionalistas, sufrió más sus consecuencias en aquella revolución, cuyo solo recuerdo hace temblar, el resto de Europa

no quedó ileso de los males que son consecuencia natural de la decadencia de la fe en el alma de los pueblos, y estos males crecieron en violencia y extensión á medida que las doctrinas que los habian producido, habriéndose campo á través de la multitud, extraviaron su entendimiento y pervirtieron su corazón. ¿Cuándo cesarán esos males? Sólo Dios conoce los secretos del porvenir; más cualquiera que sea el tiempo fijado en los decretos de su misericordia, es indudable que los pueblos no se librarán de los males que los oprimen sino por medio de aquellos principios cuyo abandono fué la causa de esos males. ¡La vuelta al catolicismo! hé aquí el único remedio que puede ser eficaz para la sociedad; cualquiera otro será vano é inútil. El mundo de hoy, como el de diez y nueve siglos atrás; necesita creer á los propagadores de la *Buena Nueva*, y dirigir sus miradas á quien ha intentado crucificar de nuevo: si así lo hace, las llagas del Mártir del Gólgota sanarán sus heridas, y mientras hiera él su pecho, y mientras lllore por haber negado más de tres veces al hijo de

Dios, se le anunciará el tercer día, el día de la Resurrección; y los ángeles cantarán por segunda vez: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Gloria á Dios, porque su verdad en todo tiempo vence, reina é impera; paz á los hombres, porque volverán á la buena voluntad, de la cual nacen, como de fuente perenne, el júbilo, la abundancia y la paz. ¡Feliz, mil veces feliz el mundo si jamás se hubiese separado del que le redimió; pero aun es feliz, porque siempre tiene abiertas las puertas y expedito el camino para volver á él!

Hé aquí entre tanto, la grande, la sublime misión de la mujer católica: cooperar á la conversión de la sociedad al Cristianismo. Ya aparecen señales manifiestas de esta reacción en la vuelta á la Iglesia de tantas almas que han vivido hasta ahora en los lazos de la herejía ó del cisma; en el renacimiento de la fe en tantos católicos, en el fervor y generosidad con que es sostenida la Santa Sede.

Á la mujer corresponde trabajar á fin de que esta reacción se haga cada día más

profunda y universal. La ejecución de esta obra no supera sus fuerzas, porque habiéndola creado Dios para auxilio del hombre, principalmente en cuanto á sus necesidades espirituales, la ha dotado de tanta fuerza moral y de tanta eficacia de persuasión que, si bien debe ella estarle sujeta por la ley divina y natural, concluye casi siempre por dominarlo. Nada hay por lo tanto más útil, nada más fructuoso que el apostolado de una mujer virtuosa ejercitado en el seno de su propia familia. No es raro, en efecto, ver hombres que, habiéndose resistido á oír la voz de un ministro de la Iglesia, ceden después á los consejos que, bajo la forma de afectuosa súplica, oyen de los labios de una hija ó de una hermana apreciadas por el vínculo de la sangre y por el ejemplo de su virtud. Lo mismo debemos decir de una esposa amante y piadosa que sepa aprovecharse del afecto de su esposo para hacerle volver al camino de la religión: ella será quizá mejor oída que lo sería un buen predicador. No hablemos de la mujer madre, pues todos comprenden que de ella de-

pende en gran parte el que sus hijos sean en todo el curso de la vida, honrados y virtuosos. En fin, una mujer católica, una hija verdadera de la Iglesia, es una bendición de Dios para su familia y para la religión. «Ella es aquella antorcha de que habla el Evangelio, que, puesta sobre el candelero del hogar doméstico, difunde en su alrededor los resplandores de la fe en toda la casa, é ilumina á todos los que la habitan; ella es aquella sal misteriosa que impide la corrupción de la familia; ella es aquel vaso de celestiales perfumes de que habla San Pablo, que echa en torno suyo el buen olor de Jesucristo.» Y, mientras ella hace virtuosos á cuantos la rodean, su dulce influencia se hace sentir aun sobre aquellos que están fuera de su casa, sobre los parientes, sobre los amigos y sobre los extraños. Semejante á la violeta que, no obstante esconderse bajo su verde follaje, no puede menos que embalsamar la atmósfera con su suave fragancia, la mujer cristiana oculta bajo el velo de la modestia sus buenas obras, gusta vivir retirada en el silencio del hogar; mas entre tanto el buen olor

de sus obras manifiesta su retirada y oculta morada; ella es conocida, estimada y amada, y muchos le son deudores de su salvación (1).

Considere pues la mujer de cuántos bienes puede ella ser causa, si lo quiere, y cuán culpable será ante Dios y los hombres, si, abusando de los dones del Criador, los emplea para ofenderle y para perder á los que con ellos debía salvar. Veremos en breve lo que debe la mujer á la Iglesia, no solamente en el orden espiritual, sino aun en el orden temporal, y cuánto la ingratitud aumentaría su culpa. No deje entre tanto de reflexionar seriamente sobre la responsabilidad que pesa sobre sí considerando el reflejo que sus vicios ó sus virtudes tienen sobre la familia y consiguientemente sobre la sociedad, que de ella se compone; y tenga también

(1) Alguna mujer virtuosa podrá objetarme que muchas veces han sido vanos todos sus esfuerzos por traer al recto camino á alguno de los suyos. Respondo que esto puede depender de la elección de medios, ó del modo de emplearlos, quizá con más celo que prudencia. Además, toda regla, por general que sea, tiene excepciones.

por cierto que si es libre la mujer para adherirse al bien ó al mal, no lo es igualmente para impedir que el mal se propague ó difunda fuera de sí. El mal es siempre contagioso por naturaleza, pero lo es más cuando la mujer lo propaga. «Roma está arruinada, decía Horacio, porque está corrompida la mujer.»

CAPÍTULO CUARTO

Ventajas que el Catolicismo ha traído á la mujer

LA MUJER EN EL PARAÍSO TERRESTRE.—LA MUJER EN EL PUEBLO HEBREO.—LA MUJER ENTRE LOS GENTILES, CONSIDERADA BAJO SU TRIPLE ASPECTO DE HIJA, ESPOSA Y MADRE.

I

El hombre, en su primitivo estado de inocencia y de justicia original, aunque superior á la mujer, formada después de él mismo, no había recibido sobre ella otro dominio sino el que podía naturalmente resultar de una dulce superioridad usada por

uno con amor y consentida por la otra con placer. Mas, cuando este orden tan hermoso y suave fué destruido por el pecado, cuando la desobediente Eva indujo á la prevaricación al hombre, que Dios le había dado por compañero, ella mereció por justo castigo divino perder su primera independencia y quedar sujeta al dominio de aquel á quien ella intentara sustraer del dominio de su Señor. No era sin embargo disposición del Omnipotente que la mujer llegase desde ese instante á un estado tan ignominioso de esclavitud, que descendiese al nivel de los brutos irracionales, desde que, si bien era pecadora, estaba siempre revestida del carácter de compañera y auxiliar del hombre, y en ella veía aun, aunque desfigurada, la imagen de la divinidad. Así vemos que la ley antigua establece sus derechos y le reconoce la dignidad de esposa y de madre; vemos las esposas de los antiguos Patriarcas respetadas y obedecidas en la familia; vemos al pueblo de Dios tributar homenajes de veneración y aprecio á las mujeres grandes y virtuosas, como lo fueron María, hermana de Moisés, Dé-

bora, Jael, Judith y tantas otras. El recuerdo de que el tan suspirado Mesías debía nacer de una mujer, contribuía sin duda á aumentar las consideraciones de los israelitas hacia nuestro sexo, y entonces, como siempre, la verdadera religión defendía su debilidad, amparábala con su protección, y la libraba de la brutalidad del más fuerte.

Mas muy diferente cosa pasaba entre los gentiles, en quienes la idolatría había extinguido con el conocimiento del verdadero Dios, todo sentimiento de justicia y de humanidad. El hombre, sintiéndose más fuerte, se creyó con el derecho de oprimir á la mujer, sér débil que no podía defenderse ni librarse de su tiranía; por lo que á medida que el imperio del paganismo se extendía en el mundo, su condición se hizo cada vez más miserable, hasta dejar de ser la compañera del hombre para hacerse su esclava y su propiedad. Los hijos dejaron también de pertenecerle, y la humillación, las lágrimas y los sufrimientos fueron desde entonces su única herencia.

Si hay algo capaz de mover á compasión, lo es sin duda la narración de las torturas físicas y morales á que estuvo sujeto nuestro sexo bajo el imperio del paganismo. Un autor ya citado, ha trazado un cuadro, simple y expresivo, para recuerdo de cuanto somos deudas á la religión de Jesucristo por habernos sacado de tan infeliz estado. Nosotras copiando aquí los rasgos principales de ese cuadro, los propondremos á la consideración de las mujeres católicas, seguras de que la confrontación del pasado con el presente será utilísima para excitar su reconocimiento á aquel que rompió las cadenas de tan larga y cruel esclavitud.

«La venta de la mujer, dice aquel autor, estaba admitida en todos los pueblos de la antigüedad: una vez vendida por sus padres á quien queria tomarla por esposa, ella era su *propiedad mueble* y quedaba sujeta á todas las consecuencias de esta condición. Después podía ser vendida por su propio marido ó destruida según su gusto.

«El matrimonio mismo no era para la

mujer, en casi todos los pueblos del Asia, sino un largo y terrible martirio que no terminaba sino con la inmolación de la víctima. Si ella tenía la desdicha de envejecer mientras vivía su marido, ó más bien dicho, su tirano, éste tenía el derecho de librarse de ella estrangulándola cuando ya no estaba en el caso de servir. Si el marido moría antes, se inmolaban sobre su tumba todas sus mujeres, ó por lo menos la que él más amaba. Muy á menudo sucedía que era el padre mismo quien sacrificaba su hija sobre el sepulcro de su yerno.

«Los tártaros obligaban á la mujer á dejarse quemar en la hoguera en que ardía el cadáver de su marido. En algunas partes no se daba á la mujer el trabajo de morir, sino que era enterrada viva juntamente con el cadáver de su esposo.

«Entre los partos era tan indiferente para el hombre matar á su mujer, á su hermana ó á su hija, como matar un gato. Generalmente hablando, se puede decir que casi en todos los pueblos paganos era reconocido y garantido por las leyes el

derecho de vida y muerte del padre sobre los hijos y de los hermanos sobre las hermanas.

« Entre los árabes, cuando había en una tribu más mujeres que las necesarias, á todas las que nacían se les daba muerte enterrándolas en una fosa destinada al efecto.

« Entre los galos, lo mismo que entre los germanos, la mujer no era ante la ley sino la *esclava del hombre*; debía trabajar para su marido mientras él vivía, y después de su muerte suicidarse sobre su tumba para ir á servirle en el otro mundo. Esta horrible legislación no era, sin embargo, sino el reflejo de aquel dogma religioso más horrible aun, profesado por este pueblo, según el cual, *la mujer es un sér impuro*, y por consiguiente excluida para siempre del *Valhabia ó Paraiso de Odin*, á no ser que se dé ella misma la muerte para ir á juntarse con su esposo.

« En Atenas, entre aquellos griegos tan alabados por la sabiduría de sus leyes, la condición de la mujer no era menos deplorable que en el resto del mundo. Se

compraba la mujer para tener hijos, y su dueño tenía la facultad de arrojarla después inmediatamente, de ponerla en remate público, ó destruirla como un mueble inútil. En todas partes era mirada como cosa, como una propiedad, como una esclava, sin que se reconociese diferencia alguna legal entre la mujer esposa y la mujer esclava.

«En Roma, donde se había concedido al hombre el derecho de divorciarse, usaban esta facultad con la mayor libertad, siendo repudiada la esposa por los pretextos más frívolos. Sulpicio arroja su mujer porque la encontró en la calle sin velo en la cabeza. Habiendo sido preguntado Paulo Emilio porque se había divorciado, respondió sonriéndose: «Yo he hecho lo que se hace con un zapato cuando daña los piés.»

«Pompeyo repudió á su mujer para casarse con la hija de Sila y atraerse así la amistad de su padre; la misma suerte cupo á las mujeres de Cicerón, de Catón, de Augusto; y, según se expresa Juvenal, para repudiar Publio á su mujer no hizo

otra cosa sino hacerle decir con uno de sus esclavos estas palabras: «Mujer, vos os sonáis muy á menudo: retiráos de aquí inmediatamente. Nosotros esperamos otra mujer que no tenga la nariz tan húmeda.» Para decirlo todo de una vez en pocas palabras, todas las relaciones de estos matrimonios podrían compendiarse de este modo: *brutalidad* por una parte, y *temor servil* por la otra. Tal era el verdadero espíritu de la familia romana.

«Mas la mujer del pueblo era condenada á un suplicio mucho más atroz, al suplicio de verse arrancar sus propios hijos para darles muerte, y esto muchas veces en su misma presencia. Apenas nacido un niño, la partera lo ponía á los piés del padre: si éste levantándole del suelo le tomaba en sus brazos para entregarlo á la nodriza ó la madre, el niño estaba salvo por entonces, pero quedando siempre el padre con el derecho de deshacerse de él vendiéndolo ó despedazándolo con sus propias manos. Si el padre empero, apartando su vista á otra parte, dejaba al niño en el suelo, lo estrangulaban, ó, sino,

iban á exponerlo en el *velabro* ó á arrojarlo como inmundicia en la *cloaca máxima* ó en el río.

« Si al emprender el marido un largo viaje dejaba la mujer en cinta, no olvidaba decirle con fria crueldad: « si durante mi ausencia dieras á luz una hija, la matarás. » Por lo demás, los pobres exponían ó mataban siempre á sus hijas. Si alguna excepción había en esta regla, era siempre en favor del varón, mas jamás la había para la mujer; pues era considerada como una carga demasiado gravosa. La mujer era siempre un sér privilegiado para ser despreciado ú oprimido. Los nobles ó los ricos, cuando tenían dos ó tres hijos, hacían perecer inexorablemente todos los demás.

Otro autor dice: « Si la madre pagana era infeliz por los hijos que le quitaban, no lo era menos por los que se dignaban dejarle: estaba casi siempre privada de todo lo que hace dichosa á una madre, como el respeto filial, el tierno cariño, los miramientos, los cuidados solícitos y la confianza íntima de los hijos; los cuales

no solamente no le pertenecían, porque era propiedad de su marido, sino que sabían que su madre no era sinó una esclava que podía ser arrojada del hogar doméstico. ¿Qué respeto, qué amor podía esperar de unos seres que mañana le serán extraños y se avergonzarán de reconocerla por madre? Si! Tal vez mañana cruzará sin esposo, sin fortuna y solitaria por las calles, con la cabeza humillada y á pie, mientras sus hijos pasando á su lado la salpicarán con sus doradas carrozas! (1)»

Tal fué por largos siglos la condición de la mujer desde que nació la idolatría hasta la aparición del Cristianismo.

(1) Gaume, «Historia de la sociedad doméstica.» (Recomendamos la lectura de esta obra.)

*La mujer rehabilitada por Jesucristo
y por su Iglesia.*

Y ¿cómo era posible cesasen antes sus desdichas?

El paganismo, entre sus innumerables dioses no tenía uno solo que se hubiese constituido protector de esta mitad del género humano, oprimida y desgarrada por la otra mitad. La filosofía no solamente era impotente para mejorar su suerte, sino que su miseria é infortunio aumentaba con la enseñanza de doctrinas horribles, cuyo solo recuerdo hace estremecer de espanto; y las leyes penetradas del espíritu pagano, no hacían otra cosa sino recomendarle las cadenas, sellando con su sanción todos los actos de tiranía y todos los sistemas de opresión inventados para la mujer.

Pero esa libertad y rehabilitación de la mujer, que la filosofía y el paganismo,

aunque lo hubiesen querido, jamás hubiesen podido obtener, esa libertad y esa rehabilitación, la obtuvo Jesucristo con sus dogmas, con su moral, y con sus preceptos. Estos dogmas, esta moral y estos preceptos, que tenían por principio, por medio y por fin, el amor de Dios y el amor de todos los hombres, intimaban á los fuertes la piedad hacia los débiles, fulminaban anatemas contra la prepotencia y el orgullo, mientras prometían el cielo á los pobres, á los afligidos, y á los perseguidos; proclamaban la indisolubilidad del matrimonio, elevándolo á la dignidad de sacramento y de un gran sacramento, con que se representa, según S. Pablo, la eterna unión entre Jesucristo y su Iglesia. Intimaban á los maridos amasen á sus mujeres como á sí mismos y como á seres más débiles, á honrarlas y protegerlas. Ensalzaban á la mujer virgen igualándola con los ángeles del cielo, y mandaban mirar con especial reverencia á la viuda que era verdaderamente viuda, según el dicho del apóstol. Finalmente, como corona del edificio de la glorificación del sexo más débil,

proponían como objeto de un culto, inferior solamente al de Dios, á la Virgen Santísima, que había albergado en su purísimo seno al Redentor del mundo, la llamaban Hija, Esposa y Madre de Dios, protectora de todos los hombres, Reina del cielo y de la tierra, tipo y modelo perfectísimo de toda virtud.

Ahora es fácil concebir cómo, á medida que estas doctrinas iban abriéndose camino á través de los pueblos y eran aceptadas por las familias, la condición de la mujer mudó radicalmente por todas partes, y se rompieron las cadenas que la aprisionaban. El hombre, una vez convertido al cristianismo, no tenía ya el derecho de mirar á la mujer como una esclava, como un mueble ó como una propiedad de que pudiese servirse ó deshacerse á su antojo. La mujer debía ser, á los ojos del marido, una compañera; una ayuda dada por Dios, y á quien debía al mismo tiempo proteger, amar y honrar. La vida del esposo quedaba unida íntimamente á la de la esposa, y él sabía que el eterno Juez le pediría cuenta un día de las lágrimas que su in-

justicia ó su barbarie le hiciesen derramar. De este modo, después de muchos siglos de humillación y de esclavitud, las desdichadas hijas de Eva comenzaron á respirar un nuevo aire de libertad y de paz y sus almas, redimidas con la sangre del Cordero divino, quedaron libres de las prolongadas injurias con que el paganismo las había torturado y oprimido. Todo, en efecto, había cambiado para la mujer: los hijos eran objeto de tiernos cuidados y las esposas de religioso afecto; las madres, lejos de tener que llorar sobre el fruto de sus entrañas, por temor que una mano cruel matase sus hijos en su propia presencia, ó por temor que esos mismos hijos la desconociesen siendo adultos, tenían indecible placer en dar á luz seres que esperaban llenarían su vida de consuelo y rodearían de profunda veneración los últimos días de su existencia. La libertad de la mujer, en fin, fué completa, y abrazaba el tiempo y la eternidad; porque el Cristianismo, libertando á la mujer de la esclavitud del pecado, la libertaba al mismo tiempo de la tiranía del hombre,

y ennobleciéndola sobre la tierra ante la sociedad, la hacía al mismo tiempo ciudadana del cielo. Sus derechos estaban reintegrados, el pensamiento del Criador restablecido, y ella podía cantar con el real profeta David: *Laqueus contritus est et ego liberata sum: El lazo se ha roto, las cadenas se han hecho pedazos, y yo he sido libertada!*

Tal es, á largos rasgos presentada, la historia de la rehabilitación de nuestro sexo. No diré que la Iglesia Católica tiene en esta obra la principal parte, sino que ella fué su única iniciadora y autora, y que á nadie sino á la Iglesia Católica solamente, se debe el mérito de tan estupenda obra. Y como prueba de esto nos basta observar que, no obstante el curso de tantos siglos, no obstante tantas revoluciones, la condición de la mujer ha sido y es siempre la misma en todos aquellos países donde no han penetrado aun los benéficos rayos de la verdad católica. En Turquía la mujer es aun hoy la esclava del hombre; en Africa el matrimonio es aun una venta que se hace de la mujer al marido, á fin

de que, sea él servido sin moverse de su sitio: los Indús obligan á la esposa á dejarse quemar con el cadáver del marido como hacían los antiguos tártaros; en China se le mutilan los piés para que no puedan dejar su casa, y con igual objeto en Tartaria, la tienen atada noche y día con una pesada cadena de hierro, símbolo demasiado expresivo de degradante esclavitud, que es su herencia donde quiera que no se venera una cruz ó no se cree en el Evangelio.

Oh! ¿qué mujer católica ante tales recuerdos, ante el contraste del pasado y del presente, no prorrumpirá en himnos de gratitud y afecto hacia la Iglesia Católica su madre, su bienhechora y su única tutela? ¿Quién será la que no sienta la necesidad urgente y el imperioso deber de corresponder á tantos beneficios con santas obras de devoción y celo, como lo exige de ella la Iglesia Católica? Ah! hermanas mías, recordad á menudo estos beneficios, pues todo, dentro de vosotras y al rededor vuestro, os lo recuerda con elocvente voz. Si podeis levantar vuestros ojos al cielo y

contemplar allí vuestra futura y eterna morada, lo debéis á la Iglesia Católica, que os nutrió con la leche exquisita de la fe y os admitió en el número de los hijos de Dios, á quienes solamente es debida la herencia de la gloria. Si gozáis de libertad, paz y seguridad en el seno de vuestras familias, si vuestros padres no os abandonaron en los días de vuestra infancia, ni os dieron la muerte; si vuestros esposos no os arrojan del hogar, no os venden, no os destruyen; si vuestros hijos no os desconocen, y vuestros criados no os desprecian, todo lo debéis á la Iglesia Católica. La Iglesia os redimió con sus doctrinas, os sostiene con su autoridad, os cubre con su protección; y para redimiros, para sosteneros, para protegeros desafió iras crueles, despreció amenazas, no cuidó de peligros, afrontó las más sangrientas persecuciones.

Sin la Iglesia, por fin, tendríais que ser lo que fuisteis, porque sin la Iglesia el mundo volvería al paganismo, y el paganismo traería consigo vuestra esclavitud, vuestras cadenas, vuestra abyección, y

vuestros dolores! ¿Y titubearemos aun en consagrarnos al servicio y á la propagación de la Iglesia? Ó lo que es peor todavía ¿podremos decidirnos á hacer causa común con los que la odian y persiguen? Oh! si esto sucediese, no habría en verdad bajo el sol seres más dignos de desprecio y abominación que nosotras! Nosotras mereceríamos entonces los anatemas de Dios y de los hombres, de la Iglesia y de la sociedad; y para servirme una vez más de las expresiones del ilustre escritor Ráulica que hasta ahora tan á menudo me ha servido de guía: «Nosotras, si desconociésemos los beneficios que la Iglesia nos ha hecho, seríamos monstruos en forma de mujeres, hijas desnaturalizadas é ingratas, dignas del estado de humillación y martirio en que se encontraba y se encuentra en todas partes la mujer fuera del Cristianismo y de la Iglesia.»

CAPÍTULO QUINTO

Virtudes que deben adornar á la mujer católica

La fe

IMPORTANCIA DE LA VIRTUD DE LA FE.—PE-
LIGROS DE PERDER LA FE.—MEDIOS PARA
CONSERVAR LA FE.

Habiendo hecho ver hasta aquí la influencia de la mujer en la religión, y los beneficios prodigados por la religión á la mujer, y dejado establecido por lo mismo el deber que tiene la mujer de consagrarse al servicio de la Iglesia, por exigirlo así el dictámen de la conciencia y el deber de la

gratitud, es ya tiempo de tratar de lo que la mujer debe hacer á fin de llenar la misión que la providencia le ha confiado, lo cual me parece puede compendiarse de este modo: «*Ayudar á la Iglesia en su eterno trabajo de la salvación de las almas mediante la propagación de la fe y de la moral católica.*»

Mas, siendo muy verdadero el proverbio de que *nadie puede dar lo que no tiene*, y que en vano pretende conducir á otros á la virtud el que no es primeramente virtuoso, creo conveniente y oportuno exponer lo que la mujer debe ser, antes de exponer lo que ella debe practicar para llenar la misión que acabamos de señalarle. A este fin hablaré brevemente de algunas de las principales virtudes que le deben adornar, esperando que, aquellas á quienes me complazco en llamar hermanas en Jesucristo, no tacharán mis palabras de temeraria presunción, como si pretendiese ser yo su maestra, sino que espero comprenderán mi verdadera intención, que no es otra que la de recordar yo misma y hacerles recordar á ellas los deberes sagra-

dos que tenemos como cristianas y como hijas de la Iglesia Católica, de cuyos deberes nos pedirá un día estrecha cuenta el eterno Juez.

La fe es el fundamento de la vida cristiana y de toda virtud. «Sin fe, dice el Apóstol San Pablo, es imposible agradar á Dios.» En efecto cualquiera virtud que no se apoye en la fe no podrá jamás llamarse verdadera virtud, sino solamente una sombra de virtud, como la virtud de los antiguos filósofos; y la razón es, porque sin fe no hay caridad, y solamente la caridad es la que, según la doctrina del mismo Apóstol, da vida y forma á toda virtud. Es pues muy conveniente comenzar por la fe, como la principal de las virtudes que deben resplandecer en una mujer católica. Yo supongo que todas las que lean este mi pequeño libro, conservarán la fe que, cual don de Dios, recibieron en el bautismo, pues mi libro es dirigido de una manera especial á las mujeres católicas, que lo son, no solamente de nombre, sino de voluntad; á aquellas que creen, con humilde sumisión, en

Jesucristo y en su Iglesia; repitiendo el dicho del Apóstol: *tenemos un tesoro en vasos quebradizos*, procuraré indicar algunos de los principales peligros que podrían ocasionarles la pérdida de tan precioso tesoro. Estos peligros pueden reducirse á tres: 1.º La lectura de libros ó periódicos contrarios á la fe ó la moral; 2.º La sociedad con personas incrédulas ó libertinas; 3.º Llevar una vida opuesta á las máximas de la fe ó la enseñanza del Evangelio.

Primer peligro. *La lectura de libros ó periódicos que atacan la fe ó la moral.*

Si ha habido algún tiempo en que haya sido imperioso advertir la necesidad de huir de las malas lecturas, es precisamente hoy cuando, por decirlo así, nos vemos rodeados de una multitud de escritores que, mojando su pluma en el odio de todo principio santo, lo derraman después en los periódicos que, corriendo de mano en mano, van á parar al poder de las gentes poco instruidas é incautas, apagando en su corazón todo noble y religioso sentimiento. Aprended pues, hijas de la Iglesia, á

temer y á huir este peligro tan formidable para vuestra fe, ya que no es posible superarlo de otra manera. No queráis presumir de vuestras fuerzas, ni de la firmeza que os parezca tener en la fe, ni de vuestro entendimiento, aunque creáis tener suficientes luces y despejo bastante para poder distinguir el bien del mal y lo falso de lo verdadero. La Iglesia nuestra madre, á fin de apartaros de tan viciosas lecturas, emplea no solamente las más fervientes exhortaciones, sino que, haciendo uso de su autoridad, las prohíbe muchas veces bajo pena de excomunión. Es necesario, pues, ó admitir la gravedad de este peligro y la necesidad de apartarnos de él, ó es necesario decir que la Iglesia se engaña en los medios y exagera sus precauciones.

Mas ¿quién podrá tachar á la Iglesia de engaño ó exageración sin ser desmentido por lo que diariamente sucede? ¿De dónde nace el indiferentismo religioso, que es la plaga peor de la sociedad moderna, sino de la propagación de esos escritos infernales? ¿De dónde proviene la irreligión de

tantos padres y madres de familia, la corrupción de tantos jóvenes, la frivolidad de tantas niñas, sino de la lectura de los periódicos libertinos y de esas novelas inmorales é impías que son su entretenimiento durante tantas horas del día? Y sin embargo, entre muchos católicos, no solamente tienen por indiferentes tales lecturas, con desprecio de la prohibición de la Iglesia, de las amonestaciones de los propios pastores y de la experiencia diaria del daño que producen, sino que pretenden justificar su uso diciendo, que se debe conocer el bien y el mal, y que el leer libros malos en nada daña con tal que no se consienta en el mal que encierran.

¡Conocer el bien y el mal! Esto puede ser necesario ciertamente para algunas personas y en algunos casos; pero no sé que necesidad puede tener una niña en conocer, por ejemplo, las inmoralidades de Eugenio Sue y Alejandro Dumas, las impiedades de Ernesto Renán, y las blasfemias de tantos diarios. Mas, aun admitiendo estas necesidades, ¿qué pretensión es la de querer aprender el mal en aquellos

escritos que lo defienden, que lo aplauden y que lo elevan hasta el cielo? ¿No es esto acaso querer aprender á amarlo al mismo tiempo que á conocerlo? Si se quiere conocer el mal, y conocerlo en toda su fealdad, conviene recurrir, no á los apologistas del mal, sino á sus impugnadores, esto es, á aquellos buenos libros, que por fortuna abundan aun, que nos presentan los sistemas opuestos á la Iglesia, pero al mismo tiempo nos hacen tocar como con la mano sus blasfemias, sus errores y sus absurdos.

¿Decís que las malas lecturas no dañan con tal que no se consienta en el mal que encierran? Mas ¿quién os asegura que no les prestaréis oído ni las consentiréis? Afirmar esto sería lo mismo que decir: que nosotros no somos hijos de Adán, nacidos de la culpa é inclinados á la culpa! Quien, en efecto, á no creerse tal, se atreverá á presumir tanto de sí mismo, hasta creerse seguro contra la influencia de todos los sofismas y de todas las seducciones de que tales escritos están llenos? *El que ama el peligro perecerá en él*, ha dicho el sa-

bio; y tal será la suerte de esos temerarios; porque sin la divina gracia nadie puede perseverar en el bien, y la gracia no se da á los que tientan á Dios exponiéndose al peligro sin necesidad; y además porque la naturaleza corrompida es más inclinada al mal de lo que podemos figurarnos, y poniéndose en acción todas sus fuerzas con tales insentivos, arrastrará al error y al vicio á los que temerariamente se gloriaban de saber conocerlo y evitarlo.

¡Mujeres católicas! por cuanto estimáis el don divino de la fe que Dios os ha dado, huid de las lecturas perniciosas, desterrad siempre de vuestra casa los libros ó diarios contrarios á la Iglesia ó á las buenas costumbres; y si algunos tenéis, arrojadlos, á fin de que no sean piedra de escándalo para vosotras ó para los de vuestra casa.

Jesucristo mandó á sus discípulos arrancasen y echasen lejos de sí el ojo ó la mano si les sirviesen de escándalo; ¿cuánto más obligados estarán, pues, á sacrificar por su eterna salvación, no ya cosas

tan preciosas como el ojo y la mano, sino cosas inútiles y malas, como esas pésimas lecturas?

Segundo peligro: *La sociedad con personas incrédulas ó libertinas*. Pocas palabras diremos acerca de este peligro, pudiendo decirse de él cuanto se ha dicho sobre los malos libros. Sin embargo, este peligro es en cierto modo peor que el primero, en cuanto el ejemplo y la palabra viva ejercen más influencia sobre el espíritu humano que la letra muerta de los libros, ó mejor dicho, estos son otros tantos libros animados que enseñan prácticamente lo que los otros enseñan en teoría, persuadiendo por lo mismo al mal con más energía y eficacia.

La mujer católica no contraiga jamás amistad con personas incrédulas ó indiferentes en materia de religión, antes bien procure con todo empeño separarse de ellas, si quiere conservar intacto é inmaculado el depósito de la fe. Guárdese también de aquellas personas que, si bien no se muestran claramente incrédulas en sus palabras, se muestran tales en sus obras

llevando una vida contraria á las máximas y al espíritu del Cristianismo; porque esa incredulidad *práctica*, trayendo fácilmente tras sí la incredulidad *especulativa*, constituye también un peligro para la fe, y es tanto más temible este peligro cuanto que menos se le conoce y menos se le teme. La historia de los herejarcas principió siempre por la violación de los preceptos y concluyó con la negación de los dogmas, por lo que se ha dicho con razón que nadie niega un artículo del *Credo* sin haber quebrantado antes un precepto del *Decálogo*. Es por esto precisamente que siempre he juntado los malos libros contrarios á la moral con los que son contrarios á la religión, porque, si bien aparentemente tienden á un fin diferente, el resultado es el mismo, esto es, producir siempre la pérdida ó por lo menos el enfriamiento de la fe en el alma del que los lee.

¿Deberé ahora hacer presente otro peligro que se ha hecho demasiado frecuente en nuestros días? ¿Tendré necesidad de recomendar á las mujeres católicas el de-

ber de huir de aquellos espectáculos teatrales donde de la manera más desvergonzada se insulta lo que hay de más grande y sagrado sobre la tierra? Habiendo ya declarado que no me dirijo sino á aquellas de entre nosotras que creen en Jesucristo y en la Iglesia Católica, parece que debiera creerme eximida de tratar, siquiera de paso, este doloroso asunto, pues no puede razonablemente suponerse que una alma que conserva aun una chispa de fe, encuentre placer en ver arrojar lodo sobre la religión, sobre los ministros del altar y hasta sobre el Vicario de Aquel que ella adora como el Hijo de Dios; mas como el respeto humano, el mal ejemplo, las insinuaciones de los tristes podrían inducir á alguna á lo que debiera naturalmente repugnar á sus sentimientos, me permitiré hacerles observar que uno de los mayores ultrajes que podrían inferir á la religión, y una de las mayores deshonoras que podrían atraer sobre sí mismas, es precisamente el asistir á semejantes abominaciones. Es esto un ultraje á la religión, porque no hay injuria más grande que recrearse en lo

que la insulta; es una deshonra hacerse espectadoras de esas escenas, porque siendo y debiendo mostrarse católicas, no puede dejar de ser para ellas una grande ignominia presenciar con placer lo que escarnece y vilipendia aquello que tan íntimamente les pertenece, esto es, sus sentimientos religiosos. Los secuaces de un partido político, se avergonzarían de asistir á un espectáculo donde sus opiniones fuesen insultadas y ¿ podrá una mujer católica asistir, sin ruborizarse, á un teatro donde se toma por juguete todo cuanto ella profesa creer, amar y venerar, en el mismo hecho de llamarse católica?

Tercer peligro: *La vida opuesta á las máximas del Evangelio y á la enseñanza de la fe.* Este es el mayor de todos los peligros, él encierra todos los demás que hemos señalado. Y en efecto, así como la fe engendra la justicia, así la justicia conserva la fe, por lo que difícilmente podrá permanecer la fe en una alma que ha perdido la justicia. Sea, pues, la mujer católica exacta observante de los preceptos divinos, siga fielmente el dictámen del

Evangelio, revístase del espíritu de Jesucristo, y entonces puede estar segura que conservará intacto y puro el depósito de la fe. Si obra empero en oposición á este espíritu, si viola los preceptos del Evangelio, y sigue las máximas del mundo, no tardará en sentir disminuirse el sentimiento de la fe, y podrá llamarse feliz si no lo ve apagado del todo y sustituido por un completo y triste escepticismo.

Si se busca la causa de esta consecuencia funesta, pero incontestable, de una vida anticristiana, me parece hallarla principalmente en que la fe es humildad, mientras la incredulidad no es sino orgullo. La fe es humildad, porque si bien sus misterios son, no solamente creíbles sino palpables á la humana razón, cuando ni las preocupaciones ni las pasiones la ofuscan, sin embargo es siempre un acto de humildad responder *creo* á la autoridad que dice: *Mando creer esto*. Ahora bien, los preceptos de Jesucristo mantienen el entendimiento de una manera admirable dentro de los límites marcados por la fe

en aquellos que están animados por el espíritu de sacrificio, porque estas virtudes imponen á cada uno el deber de sentir modestamente de sí mismo; desconfiar de las propias luces, y hacerse como niño, bajo pena de quedar para siempre excluido del reino de los cielos; por esto es que la fe vive segura en una alma resguardada por la égida del cumplimiento de los divinos preceptos. Mas cuando estos preceptos son quebrantados y despreciados, cuando el orgullo llega á dominar, es raro que no se levante contra la fe que lo condena. Entonces persuade á la razón que use de lo que llama sus derechos, y sacuda el yugo que la religión quiere imponerle. La enferma razón responde al llamamiento del orgullo, discute las verdades reveladas, concibe dudas, formula sofismas, rechaza en su totalidad ó en parte los dogmas católicos, deja, en una palabra, de ser cristiana.

A esta razón, que es la principal de todas, debe añadirse otra, y es, que las verdades de la religión, á la vez que son fuentes de consuelo para los justos, son

para el alma prevaricadora ocasión de terror, y de remordimientos que ella procura apartar de sí instintivamente por la negación de aquellas creencias que les dan origen. El alma prevaricadora repite siempre el dicho de un escéptico de nuestros tiempos Ernesto Renan: *Dios es una palabra demasiado pesada*, y procura con todas sus fuerzas desembarazarse de este peso, haciendo los esfuerzos posibles para persuadirse que no es sino una palabra vacía de sentido y de realidad; aguza y cansa su pensamiento por encontrar razones y argumentos capaces de arrancar de su corazón toda creencia que le inquiete sobre el pasado y le distraiga en lo venidero; y cuando le parece haber encontrado lo que buscaba, contenta de su infidelidad, exclama como el necio de la Escritura: *No hay Dios*, ó si existe, no cuida de nosotros ni de nuestras cosas. La vida futura, la eternidad, los premios y los castigos, no son sino fantasmas inventados para alentar y aterrar al vulgo y mantenerlo así dentro los límites del deber. Vivamos seguros, dice

entonces, comamos, bebamos, coronémonos de rosas, pues pronto hemos de morir y nada habrá para nosotros más allá del sepulcro!

Mujeres católicas: yo no exagero. El mundo está delante de vosotras con sus vicios y sus negaciones para probaros la verdad de lo que acabáis de oír. Si queréis, pues, conservar la fe, huid de todo cuanto se opone á sus dogmas y á su moral. « Revestíos de Jesucristo, como dice el Apóstol; » sus santas lecciones sean la regla de vuestra conducta y su doctrina la norma de vuestra fe. Recordad que la religión del Crucificado es religión de sacrificio, de abnegación, de caridad, y que por lo tanto una vida frívola, ociosa, disipada, egoísta, digan lo que quieran el mundo y sus adoradores, no puede ser jamás vida cristiana. Solamente es cristiano, dice San Agustín, el que en sus acciones imita, sigue y copia, por decirlo así, las acciones de Jesucristo.

Señalados ya los principales peligros, que descuidados podrían ser funestos á nuestra fe, restaría hacer ver ahora como

la fe debe ser vivificada por las buenas obras de la caridad, sin las cuales, según la doctrina del Apóstol Santiago, la fe es muerta. Mas como de esto debemos ocuparnos en los capítulos siguientes, me limitaré por ahora, á hacer un llamamiento á la conciencia, al valor y al buen sentido de las mujeres católicas, para persuadirlas á confesar su fe ante el mundo sin cobardía y sin rubor; á predicar sus deberes delante del incrédulo como en presencia del creyente, ante el impío como ante el justo; en una palabra, á sacrificar el miserable fantasma llamado *respeto humano*, por quien tan fácilmente se dejan intimidar los espíritus débiles.

Es un acto sumamente humillante para la fe, ceder al respeto humano. Nadie se avergüenza sino de lo que cree vil y deshonroso para sí; de donde se sigue que aquellos que se avergüenzan de su fe y la disimulan ante los hombres, dan á entender, no tan solo que no la estiman, sino que al contrario, la creen nociva á su reputación. ¿Qué ultraje mayor que este puede imaginarse?

Además, el respeto humano es un acto de suma vileza y debilidad de carácter. Cómo! Todos queremos tener el valor de defender la opinión propia, por muy ridícula y extravagante que ella sea; cada uno se hace un honor en sostenerla, y la sola idea de tener que sacrificarla ú ocultarla por los desprecios y burlas de los adversarios, sería bastante para llenar de enojo á cualquiera. Y siendo tal la conducta de un partidario cualquiera de una opinión ¿será posible que un católico que está íntimamente persuadido de la verdad de sus creencias, que las aprecia y las venera en el fondo de su alma, se avergüence de profesarlas públicamente, disimule los ultrajes que en su misma presencia se le infieren, y, lo que es más, se úna con los que la vilipendian y desprecian? El orgulloso espíritu humano, por temor de desmerecer en la consideración de los hombres, se envilece hasta sacrificar sus propias convicciones á opiniones que él mismo tiene por falsas, se deja asustar por una palabra, por una sonrisa y cual soldado bellaco y miedoso, deponc las armas á los piés

del enemigo, como si el darse por vencido sin combatir fuese más glorioso que resistir y reportar la victoria! Mujeres católicas! lejos de nosotras tanta vileza! Creemos? Pues si creemos profesémoslo abiertamente! No suceda jamás que el título de *devotas* con que se nos quiere tachar, nos intimide ó abata. La Iglesia, en la oración, que dirige á la Santísima Virgen, ha conservado este título para gloria de nuestro sexo, y nosotras debemos enorgullecernos más en llevarle que de cualquiera grandeza mundana.

Un joven orador de una Asamblea católica que tuvo lugar en Malinas, animando á todos á vencer los respetos humanos, en la manifestación de los propios sentimientos religiosos, se expresaba así: «Se nos dirá, decía: vosotros sois clericales—en hora buena; vosotros sois jesuíticos—muy bien; vosotros sois ultramontanos—mil gracias.» Imitemos nosotras también á ese fervoroso católico. Cuando se nos diga como por desprecio: *sois devotas*—respondamos: sí, lo somos, y hacemos todos los esfuerzos por serlo. *Ser devotas* quiere

decir ser adictas, esto es consagrarse, aun con sacrificio propio, á una persona ó á una idea. Pues bien! nosotras nos hemos consagrado al servicio de la Idea Católica, al servicio de las almas; al servicio de Dios. ¿Qué consagración más noble, más sublime que ésta? El título de devotas que nos dáis, no nos ofende; antes al contrario, nos honra y ennoblece, y os estamos por tanto profundamente agradecidas.

Ah! mis queridas hermanas, si tuviésemos nosotras este valor, el valor de nuestra fe, veríamos cesar bien pronto las risas y las sátiras de los libertinos. Ellos encuentran una arma contra nosotras en esas palabras porque saben que las tememos: cesemos de temerlos, y esa arma se hará pedazos entre sus manos y tendrán que abandonarla. Ellos se burlan de la *credulidad* de las mujercillas; mas si las mujercillas hacen ver abiertamente que nada absolutamente temen sus burlas, que éstas no las hieren en manera alguna, y que hacen tanto caso de ellas como si viniesen de un niño ó de un necio, entonces callarán y se avergonzarán ellos en vez de noso-

tras. Además, si quieren burlarse de cuanto creen, deben comenzar á burlarse de personas algo más elevadas que nosotras. Debieran en primer lugar tratar como espíritus débiles y crédulos á un S. Gerónimo, un S. Agustín, un S. Gregorio Magno, un S. Bernardo, un S. Alberto el Grande, un S. Tomás de Aquino, un Bossuet, un Fenelón; y finalmente un De Maistre, un Lacordaire, un Ventura, un Taparelli, un Montalembert y tantos otros genios que honraron y honran á la Iglesia Católica. ¿Porqué emprenderla con las mujeres? ¿Porqué llamar al Catolicismo *la religión de las mujeres*? Nuestra religión es la religión de los hombres ilustres que acabamos de nombrar! emprendedla pues con ellos; vuestra lucha será así más honrosa, y si la victoria no la corona, tendréis siquiera la gloria de haber combatido contra adversarios, si no más dignos de vuestro mérito, á lo menos más proporcionados á vuestro orgullo.

Mientras tanto seguid, queridas hermanas mías, con constancia vuestro camino, y en cualesquiera circunstancias mostráos

llenas de reverente afecto por vuestra santa fe. Jamás permitáis, en cuanto os sea posible, que nadie en vuestra presencia la ultraje; no os contentéis, con oponer el silencio á esas ofensas, pues el silencio podría pasar quizá por debilidad ó por consentimiento. No quiero deciros con esto que entréis á cada instante en disputa con los enemigos de la fe, tentando convertirlos, pues siendo generalmente tan cortos nuestros conocimientos, nos veríamos precisadas á callar en presencia de nuestros adversarios ó á convenir con sus errores. Apoyémonos más bien en el consejo que á este respecto da el célebre moralista Blanchard:

«Las mujeres, dice este autor, no tengan jamás la ridícula vanidad de querer disputar sobre materias de religión, aunque tuviesen las mejores intenciones del mundo. Una respuesta clara y precisa que haciendo ver su firme adhesión á la fe, obligue á callar al necio burlón, valdrá más

en una mujer que la disputa mejor sostenida (1).»

Por lo demás vuelvo á recomendaros huir siempre que podáis de la sociedad de semejantes personas, pues aunque no hubiese en ello otra ventaja, habría la de libraros de mil ocasiones que no pueden menos que ser dolorosísimas para la conciencia y los sentimientos de una mujer católica.

¡ Hermanas mías! amemos nuestra fe, y apreciémosla de tal modo, que nos sea menos sensible el que nos arranquen del pecho el corazón, que del corazón la fé.

(1) Se citan varias respuestas muy oportunas por personas de nuestro sexo á esos llamados espíritus fuertes, cuya fortaleza solo consiste en burlarse de lo que no entienden. Entre otras es graciosísima la respuesta que una señora dió á un famoso ateo, el cual después de haber tratado inútilmente de traer á su conversación la de las señoras con quienes se encontraba, creyó vengarse diciendo: «Perdonad, era mi error. Jamás hubiese creído que en una casa donde el espíritu disputa el terreno á los encantos, fuese yo solo el que tuviese el honor de no creer en Dios.» No sois vos solo, señor, repuso inmediatamente la dueña de casa: mis caballos, mi perro, y mi gato tienen también el mismo honor; la única diferencia que existe es, que estas pobres bestias tienen el buen tino de no vanagloriarse de ello!» Si hay alguna circunstancia en que las agudezas sean bien empleadas, es precisamente cuando se trata de confundir á los enemigos de la religión.

Profesémosla fielmente y libremente, compadezcámonos de las almas que la han perdido; y mientras sus caídas nos sirven de aviso para no confiar en nosotras mismas, y para evitar los lazos en que se enredaron; sírvanos también de estímulo para elevar por ellas al cielo fervientes plegarias, á fin de que, penetrando en sus tenebrosas inteligencias un rayo de luz, vuelva á ellos el tesoro precioso de la fe, en comparación del cual todo otro tesoro no parece sino lodo inmundo.

La Piedad

I

La piedad es una virtud que se refiere directamente á Dios, y consiste en el culto que le es debido. Esta virtud, completamente celestial por su origen y por su objeto, es la que eleva al alma humana

sobre esta turbulenta región del mundo visible para transportarla á una región más serena, donde descansa tranquila viéndose cerca de su principio y de su centro, que es Dios. Porque habiendo sido creada el alma para Dios, nunca está mejor en su puesto, por decirlo así, que cuando está más cerca de Él y está con Él más íntimamente unida: por lo que la piedad podría llamarse con razón, la virtud más sublime y más dulce al mismo tiempo que todas las otras, ya en razón de su objeto á que directamente se dirige, ya por las delicias inefables que proporciona al alma en esa fuente perenne de toda verdadera felicidad.

Esta virtud puede decirse que es casi instintiva en nuestro sexo. Apenas, en efecto, la mente de la mujer conoce á Dios, su corazón se eleva al instante á Él por la tierna plegaria: se abandona con facilidad y expansión á las prácticas religiosas, y con tal que las pasiones no pongan obstáculos al desarrollo del sentimiento natural, permanece firme y constante en la piedad aun en presencia de

la deserción casi general del sexo más fuerte. Semejante á Tobías, que tributaba solo sus homenajes al verdadero Dios en medio de los idólatras, la mujer, en épocas dolorosas para la Iglesia, se mantuvo fiel á Jesucristo, no abandonó sus templos, ni olvidó los Sacramentos; y mientras en la calle se oían horrendas blasfemias contra Dios, ella hacía resonar bajo las bóvedas del templo santo las alabanzas del Señor. No pretendo disimular con esto los errores de nuestro sexo, pero es forzoso confesar que la piedad se albergó siempre y se alberga aun hoy en nosotras con preferencia, y que aunque nuestro sexo se resienta también de la influencia maligna de la atmósfera corrompida en que vive la sociedad moderna, puede llamarse siempre, sin embargo, á lo menos comparativamente, *el sexo devoto*.

Siga, pues, la mujer católica el instinto de la naturaleza y el impulso de la gracia, no se deje imponer por las preocupaciones del mundo, sea piadosa y devota. El mundo, es verdad, tiene una gran aver-

sión á la devoción y á los devotos, pero no puede ser de otra manera, desde que Jesucristo dijo que el mundo odia á los que no son suyos, y nadie es menos del mundo que las personas verdaderamente piadosas. Movidó por este sentimiento, olvida el mundo la amplitud de sus propios principios y se constituye juez severo y muchas veces inicuo de aquellos que le son antipáticos. Pronto para ensanchar la moral cuando se trata de justificar sus propios desórdenes, pretende restringirla para los devotos hasta olvidar por completo la fragilidad humana. Él quiere que se llame virtud á sus vicios, y cuando se ve la más insignificante falta en la virtud de las personas piadosas, transformándose de repente en severo moralista, cambia de lenguaje y caracteriza como vicios las virtudes. Semejante, en una palabra, al hipócrita del Evangelio, ve la paja en ojo ajeno y no ve la viga en el propio, ni quiere convenir en que la tiene.

Este modo de juzgar, además de ser inicua-mente parcial, es también irracional. La perfección absoluta no es propia de la

naturaleza humana, y los que se llaman perfectos no son ni pueden ser sino los menos defectuosos. No es pues conforme á razón exigir de los devotos lo que supera la posibilidad de todos los hijos de Adán. La piedad ayuda indudablemente á mejorar las costumbres, á purificar el espíritu humano, y á acercarlas al estado de justicia en que fueron creados nuestros primeros padres, mas no tiene poder de hacer al hombre impecable, de librarlo de todas las debilidades, y todas las imperfecciones que son consecuencia necesaria de su corrompido origen. La piedad mejora al hombre, mas no cambia su naturaleza. Debemos pues compadecernos de los devotos, y si alguna vez vemos defectos mezclados con sus virtudes, no culpar inmediatamente de ello á la devoción, como lo hacen muchos, pues esos mismos, si no fuesen devotos, caerían en faltas más graves que aquellas de que son acusados. Además las personas irreligiosas de todos los tiempos prueban que no es la devoción, sino el olvido de Dios, lo que corrompe el corazón del hombre y lo sumerge en toda clase de vicios.

No debemos tampoco tomar prevención contra la piedad porque la veamos servir de máscara á los malvados. Cuando el mundo ve al malvado cubierto con capa de piedad, grita contra ésta, como si fuesen una misma cosa la piedad y la hipocresía, mientras no hay cosas más opuestas y contrarias. La piedad, en efecto, prohíbe toda simulación y artificio, de modo que para ser piadoso es necesario dejar de ser hipócrita, así como para ser hipócrita es forzosamente necesario dejar de ser piadoso. Por lo demás ¿qué se quiere deducir de que algunos sean hipócritas? ¿acaso se quiere deducir de ahí que todos los devotos son hipócritas ó que la piedad misma es un vicio? Por lo que á mí toca sacaría una consecuencia totalmente opuesta, y viendo al malvado vestido de devoto, diría que la devoción es tan bella que el vicio cree poder encubrir toda su fealdad con las solas apariencias de devoción, y que los verdaderos devotos son tan virtuosos que los malvados queriendo pasar por buenos, no creen poderlo hacer mejor que fingiéndose del número de los devotos. En fin,

para el que juzga sin pasión, la hipocresía no es sino un homenaje que el vicio rinde á la hermosa virtud de la piedad, por cuya gloria todos trabajan, los buenos y los malos; los buenos con sus virtudes que la honran, y los malos vistiéndola exteriormente cual vasallos que sirven á su señora.

Dejad, pues, mujeres católicas, que los mundanos griten á su placer, y vosotras persuadidas de las incomparables ventajas y prerrogativas de la piedad, dedicáos á practicarla como es debido, sin dejaros estorbar por sus clamores. Cuidad empero de no engañaros en una materia en que es fácil alucinarse, sobre todo á nuestro sexo, ya tomando lo accesorio de la piedad por lo sustancial, ya mezclando errores y prácticas inútiles que os dañarían á vosotras y á la piedad misma, por estar los hombres inclinados á hacer solidaria esta virtud de muchos defectos que solo provienen de no ser debidamente entendida y practicada. Conviene pues que veamos aunque sea brevemente en qué consiste la esencia de la piedad y de qué manera

debe practicarse para hacerla útil no solamente á vosotras, sino agradable y estimable á los ojos de los demás.

Un grande y simpático santo que ha sentido y escrito altamente sobre la devoción (1), la definía así: *un verdadero amor, en cuanto obra con celo, con frecuencia y prontitud* (2). La devoción, pues, propiamente hablando, no es más que la caridad misma en su grado más elevado, ó sea la perfección de la caridad; de donde se infiere claramente que la piedad que no traiga su origen de la caridad, no será jamás verdadera piedad, sino un simulacro de piedad, una apariencia sin sustancia, un cuerpo sin alma, que faltándole el espíritu que lo vivifica, no podrá producir jamás los frutos inmortales de vida que solo produce y son propios de la verdadera devoción. Y este es precisamente el principal elogio de la piedad, el ser la emanación

(1) Aunque la «devoción» y la «piedad» no son dos virtudes idénticas, he creído poder conformarme al uso de tomar como sinónimas estas dos palabras.

(2) San Francisco de Sales. — Introducción á la Vida Devota, (Recomendamos esta obra).

más noble de aquella virtud que el apóstol llamó *mejor que todas las otras, fin y complemento de toda la ley.*

Nuestra piedad sea pues ante todo pasiva y caritativa; y teniendo presente que el amor de Dios y el amor de todos nuestros semejantes constituye su esencia, procuremos que todos nuestros ejercicios de devoción tiendan á inflamarnos en el celestial amor. No dejéis jamás de obrar en favor de vuestro prójimo bajo pretexto de piedad, ni os disguste interrumpir vuestras prácticas piadosas para ir en su ayuda, porque en tales casos, según la observación de un piadoso escritor, «*la obra buena no es perdida, sino que más bien se cambia en mejor.*» Esta es la piedra de toque para conocer si es verdadera vuestra piedad, si amáis á vuestros semejantes como á imágenes de Dios, si los socorréis de buena voluntad, en cuanto lo permiten vuestras fuerzas y la discreción, si no sois duras é insensibles á sus miserias. Al salir del templo ó al terminar vuestra plegaria poned la mano sobre vuestro corazón: si sentís que palpita con más fuerza por Dios

y por el prójimo, tenéis el argumento más cierto de que vuestra plegaria ha sido grata ante los ojos del Omnipotente; pero si permanecéis frías é indiferentes ante las desdichas humanas, si vuestra alma no tiene un suspiro para el que sufre, ni vuestra mano derecha una limosna para el que desfallece, no os lisonjéis de ser piadosas; vuestra piedad en tal caso no agrada á Dios, porque Dios es amor, y de aquellos que no aman dijo por el profeta: *me honran con los labios, pero su corazón está lejos de mí.*

II

Sea nuestra piedad discreta y ordenada. Jamás permitáis que vuestros ejercicios de piedad os obliguen á abandonar vuestras familias y los deberes de vuestro estado. No puede pintarse con palabras cuanto daño hace á la piedad una mujer que por atender á sus oraciones abandona

su casa y descuida sus obligaciones domésticas. En vez de acreditar la devoción á los ojos del padre, del marido ó de los hijos con tal conducta, la hace odiosa, haciéndola aparecer la causa del desorden en que ven la casa.

La misión de la mujer piadosa, que no consiste sino en hacer amable y estimable el bien, queda anulada completamente por esos excesos de piedad mal entendida que, siendo tan frecuentes en nuestro sexo, deben ser doblemente lamentados. Persuadíos, almas piadosas, que la primera plegaria que Dios exige de vosotras es el exacto cumplimiento de todos vuestros deberes, según vuestro estado; esta es la plegaria que quiere Dios antepongáis á todas aquellas obras que se llaman de devoción y que, por más que sean santas y laudables, deben ser siempre pospuestas al bienestar y al orden de vuestras familias. Tened por cierto que la verdadera piedad no perjudica jamás, sino que todo lo perfecciona; la verdadera piedad no aparta de las obligaciones indispensables de cada uno, sino que, por el contrario, las eleva y ennoblece

dirigiéndolas á Dios, autor de la familia y de la sociedad. Por otra parte debemos hacer ver que es infundada la acusación de *ociosas* que los mundanos lanzan diariamente contra las personas devotas. El trabajo es una ley impuesta por Dios á todos los hombres, y de la cual nadie puede justamente eximirse, sea grande ó pequeño, rico ó pobre.

Debemos pues nosotras ocuparnos con prudente actividad, teniendo presente que el trabajo es oración si se hace con el fin de obedecer á Dios y ayudar á nuestro prójimo. No suceda nunca que bajo pretexto de devoción llevemos una vida ociosa, la cual no agradaría á los hombres ni á Dios. Tenga todo su tiempo: oremos con María, pero no dejemos de trabajar con María, cuando el deber, la necesidad ó la conveniencia lo exigen. El divino Maestro quedará satisfecho de cualquiera de las dos cosas, desde que una y otra se dirigen á su servicio.

Vuestra piedad, mujeres católicas, sea *razonable é ilustrada*. Huid esas devociones supersticiosas y esas ligerezas que,

con demasiada razón, se llaman mujerieles; porque esas prácticas rebajan la religión, haciéndola aparecer cual fábula despreciable ante los ojos del impío. La sociedad necesita mujeres católicas, mujeres piadosas, pero fuertes al mismo tiempo, pues los espíritus débiles, pusilánimes y escrupulosos son por completo inútiles. Atencos pues á los consejos de los sabios y no rebajéis vuestro corazón y vuestra inteligencia perdiendoos tras semejantes necesidades. Si dáis á conocer que lleváis vuestra piedad y vuestra moral hasta el escrúpulo, no seréis por esto más creídas, antes al contrario, entonces aunque habléis con fundamento, se tendrá por escrúpulo cuanto digáis, se os pagará con el desprecio y la burla y se perderá todo el fruto de vuestro celo.

Sin embargo, con gran cuidado es necesario procurar no caer en el extremo opuesto, esto es, de admitir una moral que no sea conforme á las santas máximas del Evangelio. Una persona que haga profesión de piedad, y al mismo tiempo siga una vida mundana y disipada, aun

lejos de los desórdenes más grandes, podrá sin embargo dañar á los débiles haciéndoles creer que es lícito lo que no lo es, por verlo autorizado por el ejemplo de las personas piadosas. La piedad no se opone á las justas exigencias de la vida social, antes al contrario, como ya dije, todo lo ennoblece y santifica la piedad dirigiéndolo todo á Dios. No queremos empero olvidar que el Cristianismo es religión de sacrificio y de abnegación; la religión que manda la sujeción de las pasiones, la vida mortificada, la pureza de corazón y la renuncia de sí mismo. ¿Cómo podrían ponerse de acuerdo estas máximas con las enseñanzas del mundo, que con las palabras y el ejemplo dice todo lo contrario? Jesucristo y el mundo son dos amos muy discordantes entre sí, y querer servir á ambos es pretender ser rechazado por uno y otro: por Jesucristo, porque El no quiere ser servido á medias; por el mundo, porque también quiere él todo y no una parte; quiere que sus secuaces sean verdaderamente suyos en cuerpo y alma, y no tiene sino desprecio y sarcasmos para los

que le sirven á medias, lo mismo que para sus mezcolanzas de devoción y disipación, de caridad y egoísmo, de humildad y orgullo. A los que deseen no extraviarse en tan importante materia, les aconsejaría leer el precioso libro de San Francisco de Sales que se titula *Filotea, ó sea Introducción á la vida devota*. En este libro, que es una obra maestra de ascética cristiana, encontrarían luces y auxilios de todo género, y reglas seguras para vivir en el mundo sin ser del mundo, para mantenerse fieles á Jesucristo sin sustraerse al cumplimiento de aquellos deberes sociales que su posición les impone. *La Filotea*, compuesta por el santo Obispo de Ginebra para una mujer, debería ser el libro de todas las mujeres cristianas, pues de este libro inmortal, como lo llamó el padre Ventura, no podrían dejar de sacar preciosísimos frutos, generosos sentimientos y santas obras de virtud y de piedad.

Vuestra piedad sea humilde, dulce y condescendiente. La humildad es uno de los caracteres que distinguen la verdadera de la falsa devoción. Esta virtud, ignorada

antes por los filósofos del gentilismo, es hoy despreciada por muchos cristianos, porque según su modo de entender envilece y denigra la dignidad humana. No obstante es una gran verdad que el conocimiento y el amor de lo verdadero no rebajan, sino que, al contrario, elevan y subliman el entendimiento y el corazón.

Y ¿qué otra cosa es la humildad sino el conocimiento y el amor de la verdad? Es humilde el que se conoce á sí mismo sin engaño ni mentira, y es soberbio el que se ignora, el que no se conoce á sí mismo. El católico sabe por la fe que la nada y el pecado son su origen, que todo lo que tiene de bueno le viene de Dios, y que por consiguiente todo debe volverlo á Dios con humilde reconocimiento. No se deshonra pues el hombre cuando paga tan justo tributo á la Divinidad, cuando reconoce su propia miseria, cuando la deplora y la confiesa; al contrario, hace un acto de justicia y de verdad que le honra en gran manera. ¡Discípulos, del Dios de Belén y del Calvario! Aprendamos á estimar esta virtud como merece y como la estimó el

Salvador del mundo, quien, dejando á sus apóstoles el cuidado de enseñar las demás virtudes á los fieles, quiso enseñar esta por sí mismo diciendo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Aprendamos en la humildad á no ensalzarnos jamás por los dones que hayamos recibido del cielo, y á no despreciar á los otros porque carezcan de ellos. Dios puede en un momento hacer brotar hijos á Abraham de en medio de las piedras, y le basta un instante para convertir en justo al impío. El verdadero justo teme de sí mismo y de nadie desespera; no se admira si ve á alguno caer en falta, porque sabe que el caer es propio del hombre; sino que más bien le compadece, y cuando cae le extiende una mano amiga para levantarlo y conducirlo al verdadero sendero. Insultar al caído es un acto de soberbia crueldad, que para otra cosa no sirve sino para sepultarlo más y más en el abismo del mal. Las enfermedades se curan con sus contrarios, y el alma humana, que siempre se enferma por el orgullo, no puede sanar sino con la humildad.

Sed pues dulces, afables, condescendientes. La dulzura hace amable la piedad; mas, cuando la piedad se presente con semblante macilento y descortés, no encontrará sino antipatías y aversiones. La mujer, dotada de un corazón sumamente sensible y afectuoso, está obligada más que nadie á la práctica de esta virtud siendo tan conforme á su débil naturaleza. Nada pues haya en nosotras de áspero, nada de inculto, nada de iracundo. La dulzura esté siempre en el fondo de nuestro espíritu y asome constantemente á nuestros labios; que os haga ella afables y cariñosas con vuestro prójimo y os captive su amor, persuadidas de que muy poco ó nada podréis hacer si no sois amadas, y que no podéis serlo jamás sino por la dulzura, la cual siendo la perfección de la caridad, tiene una fuerza admirable para doblegar los corazones y traerlos al afecto y á la condescendencia. Los ejemplos del divino Maestro, que dominó el mundo con el amor, son la prueba más clara y convincente de esta verdad.

Un solo límite debe tener nuestra con-

descendencia, el que está expresado en aquella máxima de San Francisco de Sales: *Nada contra Dios*. Así, cuando se trate de algo que dañe vuestra conciencia, permaneced firmes é inmóviles, y ni las lisonjas, ni las amenazas tengan fuerza alguna sobre vuestro espíritu. Pero cuando ni Dios ni la conciencia reciben injuria, ceded en cuanto os sea posible á la voluntad é inclinaciones de los otros; preocupaos ménos de vuestro gusto y parecer que del de aquellos con quienes tratáis ó vivís; acceded á sus deseos aunque os cueste algún sacrificio ú os parezcan de poca importancia. *Me he hecho todo para todos*, exclamaba el Apóstol San Pablo, *para ganarlos á todos para Cristo*; y la piedad escondida bajo esta corteza verdaderamente divina, no desdeña doblegarse algunas veces á las debilidades de los menos perfectos, antes al contrario, se rebaja de buena gana hasta ellos para elevarlos después hasta Dios. En las vidas de los héroes de la Iglesia se registran algunas acciones cuya aparente ligereza á primera vista podría parecer incompatible

con sus elevadas virtudes, pero que bien examinadas revelan una caridad tan sublime que admira y enternece. Santa Isabel, reina de Hungría, bailando con sus jóvenes compañeras y Santa Juana Francisca Chantal, que, sofocando las internas angustias de su espíritu, se recrea y rie con sus religiosas, nos presentan deliciosos y conmovedores modelos de esta amable condescendencia que el ilustre santo ya citado definía así: *Un manantial de caridad, cuya virtud hace que las cosas indiferentes sean buenas, y que aun permite á veces las cosas peligrosas.*

Procurad, en fin, que vuestra piedad sea agradable, despojándola de esa tristeza y de esa melancolía que algunos creen debe acompañarla. Este es un grande error nocivo á sí mismo y á los demás; porque la melancolía, mientras no trae al espíritu ningún bien, le acarrea innumerables males, privándolo de esa energía y prontitud, para obrar el bien, en que, como hemos visto poco antes, consiste la verdadera devoción; y además hace que los otros se asusten de la virtud, creyendo que la vida

virtuosa consiste en una vida penosa y triste, buena solamente para consumir las fuerzas del cuerpo y hacer perder la salud. Por eso debéis tener siempre presente la exhortación del Real Profeta David : *Servid al Señor con alegría.*

Vuestra conversación esté siempre acompañada de una modesta alegría y de una santa libertad, evitando la desenfrenada licencia de los mundanos y la triste y exagerada austeridad de los escrupulosos. Es necesario mostrar al mundo que servir al Señor no es cosa dura y penosa, como él se lo imagina, sino que es dulce, suave, y sobre manera confortante para el alma, como se expresan las Santas Escrituras y los santos. Mas para obtener esto es necesario revestir la virtud de su verdadero ropaje; es necesario presentarla como es en realidad, serena, agradable, simpática; es necesario, en una palabra, imitar el perfectísimo modelo, que es Dios; quien, por ser infinitamente perfecto, obra el bien con gozo infinito, con paz inmutable y con eterna alegría.

Concluyo reasumiendo: que la piedad,

para ser sólida y sincera, no debe limitarse á algunas prácticas de devoción, por santas y laudables que puedan ser, sino que debe aspirar á la adquisición y al ejercicio de todas las virtudes. La mujer católica tiene aquí un vasto campo donde espaciarse y una nueva palestra donde hacer sus ensayos. Otras recorrieron ya este campo, lucharon en esta palestra, y reportaron el premio debido á los vencedores. Lo que pudieron ellas lo podemos también nosotras. La virtud tiene sus combates, pero hay una condición ventajosísima en estas luchas, y es que la virtud vence siempre en los que combaten con valor y con constancia.

CAPÍTULO SEXTO

Continuación de la materia del anterior

La Caridad

¡La Caridad! hé aquí una de las pocas virtudes, ó más bien dicho, hé aquí la única virtud que no necesita apología. Ante ella callan, como por encanto, las críticas, las censuras, los ataques; todos los partidos se dan la mano, todas las opiniones se inclinan ante la suave majestad que la rodea, todas las voces no forman sino un solo concierto de alabanzas, un solo grito de aplauso. El mundano y el devoto, el incrédulo y el creyente, divididos en otros

puntos, tienen el mismo lenguaje cuando se trata de la caridad.

El Olimpo, monte de la Macedonia, tenía tan encumbradas cimas que pasaban la primera región del aire, y penetraban en la segunda, donde no podían llegar ni los vientos, ni las lluvias, ni las tempestades. De una manera semejante la caridad levanta su trono sobre esa esfera del mundo moral, donde no se agitan las opiniones y las controversias, y, mientras todos los principios son atacados, ella solamente permanece inmune y respetada. Las nubes se condensan, pero no sobre sino bajo de ella; las tempestades arrecian, pero á sus piés; resuenan los rayos, pero no la tocan; ninguno se atreve á llevar hasta ella la discusión, ninguno se atreve á poner en duda su soberanía; ninguno se atreve á extender la mano para arrebatarle sus coronas. Se podrá en la práctica violar sus leyes, mas no por esto se dejará de llamarla reina y de tributarle homenajes de respeto y veneración. Hace pocos años, algunas vírgenes de vestido gris viéronse cruzar los mares y desafiar los peligros para pe-

netrar en un hospital de heridos ó lanzarse en un campo de batalla á prestar sus auxilios á los moribundos. Pues bien; ante estas humildes vírgenes, los odios, los rencores y las preocupaciones no tuvieron ya valor para hacer oír su voz. El creyente de Mahoma, el adorador de Cristo, el secuaz de Calvino y el hijo de la Iglesia Católica, el súbdito del Czar y el fiel de San Pedro, todos mezclaron sus voces en un solo himno de admiración por aquellas mujeres á quienes el amor de Dios y el amor de sus hermanos las elevaba sobre su propio sexo para convertirlas en héroes. ¿Y qué otra cosa era aquel grito unánime sino la expresión del homenaje universal del género humano hacia aquella virtud de que son encarnación viva las hijas de S. Vicente de Paul? La caridad no necesita, pues, apologista, porque no tiene adversarios, á lo menos públicos y manifiestos; si algún escondido enemigo tuviese, se guardaría bien de atacarla de frente, porque saben que caerían sobre él los anatemas de la humanidad entera si lo tentase. Hasta los miembros de la Convención francesa del

año 1793 hablaban de fraternidad y amor patrio; y si bien estos nombres pronunciados ante la sangre de millares de víctimas sacrificadas en aras de la más cruel barbarie, solo podían significar mentira é ignominia, sin embargo, eso prueba que el odio más negro se ve obligado á escudarse por lo menos con un nombre que signifique caridad, rindiendo así humilde vasallaje á esta hermosa virtud.

¡La caridad! Hé aquí la primera y última, hé aquí el alfa y el omega del alfabeto Cristiano. «Todo el Cristianismo, decía el abate Cœur, no es otra cosa en el fondo sino una continuada y magnífica lección de abnegación y de caridad.»

¡Sublime lección de la cual Dios mismo se hizo maestro y modelo! Abramos por un momento el libro de la Nueva alianza y leámoslo rápidamente: «Dios es el primero que nos ama;» el hombre ultraja á Dios y desprecia su amor, y el amor de Dios en vez de vengarse se hace Redentor. El Verbo humanado aparece sobre la tierra, y su primera palabra es por los que lloran. Sus primeras obras son en provecho de los que

sufren. Corre cual gigante su carrera de amor, la termina como la había comenzado, con una palabra de amor: *Padre, perdónalos que no saben lo que hacen*; con una obra de incomparable amor: en esto conocemos la caridad de Dios en que dió su vida por nosotros. El intima preceptos, promulga leyes, da consejos, pero los preceptos, las leyes y los consejos se encierran en una sola palabra: AMOR. Amad á Dios con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro corazón, y al prójimo como á vosotros mismos. Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, rogad por los que os persiguen. Si queréis ser perfectos vended todo lo que tenéis y dadlo á los pobres. Promete premios y premios eternos, inefables, incomprensibles; pero ¿qué otra cosa son estos premios sino amor? Los preceptos de Jesucristo son el amor que obra; los premios de Jesucristo son el amor que goza. En pocas palabras: en el Cristianismo todo habla de amor: las relaciones de Dios con el hombre, del hombre con Dios y del hombre con el hombre,

los dogmas, las leyes y preceptos, los consejos y hasta los castigos, todo habla de amor, porque el infierno no es sino la privación del amor.

¡Mujeres católicas! ¡qué dilatada esfera para vuestro corazón, para ese corazón tan dispuesto á amar y á ser amado! Un Dios que ama, un Dios y la humanidad entera para ser amados; el tiempo para dar principio al amor; y la eternidad para perfeccionar ese mismo amor; él amor en ejercicio, el amor premiado: hé aquí el campo interminable que la santa religión de Jesucristo abre á vuestros afectos.

Amad, pues, pero amad con este amor puro y delicioso de la caridad. Amad á Dios, eterno, perfectísimo, inmenso; á Dios Creador, Padre, Redentor y Bienhéchor; á Dios, origen de todo bien, centro de toda bienaventuranza, fuente de toda felicidad.

Amad á vuestros semejantes, criaturas de Dios y hermanos vuestros; amadlos porque son semejanza de Dios, que jamás desaparece en ellos por más pecados y crímenes que cometan.

Hay en verdad en la sociedad seres tan

degradados y embrutecidos en el vicio que, considerados en sí mismos, sería casi imposible amarlos. Pero la caridad tiene fines más altos y la mirada más penetrante. Ella los ve desde la eternidad en la mente y en el corazón de Dios, y en la plenitud de los tiempos los contempla en el costado abierto del hombre Dios, muerto por su salvación. La mirada de la caridad iluminada por la fe, á través de un exterior que el delito hace horrible y repugnante, ve un rayo de la Divinidad escondida en el fondo del alma, y ese rayo les impide ver sus crímenes. Ama y respeta la imagen del criador en esos seres culpables y despreciables, y este amor, del cual ella solamente tiene el secreto, da origen muy frecuentemente á actos heroicos que el mundo no puede menos de admirar sin poderlos comprender. De este modo á diferencia de todo otro amor puramente humano, que no nace ni se mantiene sino en relación al beneficio y á la correspondencia, que descubre ó cree descubrir en el objeto amado, la caridad es universal é inmutable. Es universal por-

que ve á Dios en todos los hombres, y los ama por Él independientemente de sus cualidades personales; es inmutable porque aunque cambien los hombres no cambia Dios, que es la causa de su amor hacia ellos: por eso es que aunque la caridad no encuentre correspondencia, sino inconstancia é ingratitude, no se enfría ni muda, sino que siempre se mantiene firme en el amor.

La caridad para ser sincera debe ser ofensiva, activa, práctica. No es amor verdadero el de aquellos que, contemplando los males que afligen la humanidad, se contentan con deplorarlos y no ponen los medios que están á su alcance para hacerlos desaparecer ó disminuir.

El poder de disminuir los males que afligen la humanidad es demasiado limitado y muy inferior al que sería necesario para hacer que el socorro fuese universal y completamente eficaz. Mas por lo mismo que este poder es limitado, no debemos limitarlo más con el egoísmo y con la indiferencia. Aunque todos los ricos fuesen misericordiosos, sin embargo siempre ha-

bría pobres; pero su pobreza, además de no ser tan cruel, se vería libre á lo menos del mayor de sus tormentos, á saber, de ser espectadora de la dureza de aquellos que, estando obligados á socorrerla por ley natural y divina, no tienen para ella sino desprecios y vituperios, como si la pobreza fuese un delito y los ricos hubiesen recibido de Dios el encargo de castigarlos.

A vosotras corresponde, mujeres católicas, recordar á esa parte próspera de la sociedad que tiene una obligación que satisfacer, un deber sagrado que llenar. A vosotras corresponde recordarle que hay miserias que socorrer, pobres que alimentar, huérfanos y viudas que proteger; que hay tugurios más allá de los palacios, que hay harapos más allá de las pompas, que hay Lázaros enfermos y abandonados que suspiran por las migajas que caen de las mesas suntuosas de los ricos. Sí, lo repito, á vosotras toca recordar esto; pues no sin razón dió Dios á nuestro sexo un corazón sensible é inclinado á compadecerse de las dolencias de los demás; ni sin razón puso Dios tampoco nuestro corazón en medio

de la familia y de la sociedad para representar lo que tiene la naturaleza humana de más dulce y piadoso. Llenad, pues, vuestra misión; vivid en medio de la sociedad como enviadas por la divina bondad para derramar sus consolaciones y socorros sobre todos los que sufren y gimen. Más elocuente que la palabra es el ejemplo, y vuestro ejemplo, mejor que la palabra, recordará sus deberes á los demás.

Socorred á los pobres, pero para socorrerlos como es debido sabed antes amarlos. Vosotras sois cristianas, creéis en el Evangelio; la obra no puede seros difícil. Los pobres á los ojos del Cristianismo son la imagen conmovedora y expresiva del Dios que se hizo pobre para salvarlos. Este Dios protestó que consideraría como hecho á él mismo cualquier cosa que se hiciese á los pobres en su nombre. ¿Qué hay pues más sencillo, más fácil, más suave que amar á los pobres, vestirlos, visitarlos, socorrerlos, siendo así que cuando esto hacemos, es el Redentor mismo del mundo á quien visitamos, á quien vestimos, á quien alimentamos, á quien amamos?

De dos modos podemos socorrer á los pobres, con nuestra propia persona y con nuestros bienes. El primer modo de socorrer á los pobres es sin duda alguna el más meritorio y sublime. Visitar al pobre en su tugurio, acercarse al lecho de su dolor, prodigarle cuidados solícitos y afectuosos, es mucho más que darle una limosna de lejos; mas, mientras para esta última manera de socorrer basta un corazón generoso y pio, para la primera se requiere un ánimo templado por una caridad ardiente que sepa vencer las repugnancias de la naturaleza y sacrificar su reposo al bien de sus semejantes. Además el ver con sus propios ojos el espectáculo de las miserias humanas, ayuda poderosamente á arrojar de sí el egoísmo é inclina el ánimo á la compasión de aquellos dolores que, por no ser comprendidos ó ser completamente ignorados, quedan completamente sin socorro.

Sin embargo es forzoso confesar que no siempre ni en todas las circunstancias es posible á todas dedicarse personalmente al servicio de los pobres: los cuidados domés-

ticos, la voluntad de los superiores, y mil otros obstáculos, pueden muchas veces y casi siempre impedir á una mujer católica el emplearse en tales obras de caridad. En estos casos ella debe buscar otros medios que ni trastornen el orden de la familia ni produzcan mal alguno. Si se enferma alguno de la familia, procure estar en el número de los destinados á asistirlo, y tendrá así ocasión de ejercer su caridad presándole sus propios servicios; pero debe tener siempre presente la obligación de sujetarse al dictámen de la justicia y de la prudencia, y de no violar, por respeto á alguien, aquellas leyes de sumisión á que una mujer discreta y virtuosa no debe sustraerse jamás, aunque le parezca que se oponen á los impulsos más nobles de su ánimo y á sus más legítimas satisfacciones.

Pero si el socorrer al pobre personalmente no es á todas posible, todas pueden socorrerle con sus recursos, no siendo absolutamente pobres ellas mismas: No es necesario, en efecto, abundar en riquezas para hacer limosna. El óbolo de la viu-

da puede muy bien convertirse en el oro del rico, y como él y más que él, ser útil al indigente. Las grandes fortunas no son frecuentes como las medianas, y si todos aquellos que solamente pueden dar poco, diesen lo poco que pueden, habría que deplorar menos miserias y menos catástrofes de las que afligen y deshonran á la sociedad, dando á conocer cuanta dureza y egoísmo hay en los corazones.

Mujeres católicas! toda vez que podáis socorrer al pobre, ya sea personalmente, ya sea con vuestros recursos, hacedlo, y vuestro premio será doble; cuando no podáis hacerlo del primer modo, hacedlo del segundo, y con tanta largueza y generosidad como os aconseje la prudencia, que es la sabia reguladora de toda acción. Dar lo supérfluo es obligación estricta de todo cristiano, y basta para la propia salvación. Mas oh! ¿cuánto más meritorio y cuánto más satisfactorio al mismo tiempo no es para un corazón generoso, el privarse de alguna cosa, que aun serviría, aunque no absolutamente necesaria, para aumentar los socorros de los pobres? Ah! si todas

nosotras, mujeres cristianas, nos penetrásemos de los sentimientos de aquella virtuosa reina de Francia, María Leczinska, á quien se vió muchas veces abstenerse de adquirir un vestido con esta sola reflexión: *¡mis pobres sufrirían mucho!*

El sacrificio que hacéis vosotras de un vestido ó de un adorno, bastaría muchas veces para hacer cesar el llanto de una familia, para detener un desesperado en el borde del precipicio, para conservar la vida á un pobre enfermo moribundo por falta de recursos. ¿Qué contentas no estaríais entonces de vuestro sacrificio? ¿Cuán largamente compensadas no seríais con las lágrimas de gozo de los infelices aliviados por vosotras, con el testimonio de vuestra conciencia, con las bendiciones que Dios derramará sobre vuestras almas? ¿Qué satisfacciones podrá traernos la vana ambición de aparecer, tan común en nuestro sexo, que puedan compararse, ni siquiera de lejos, con los placeres purísimos, con aquellas inefables consolaciones en que es tan fecunda la caridad? Ah! si al-

guien hay que dude de ello, pruébelo, y tocará con sus propias manos que el único medio de ser verdaderamente felices es procurar en cuanto esté de nuestra parte el alivio y la felicidad de nuestros hermanos.

Haced bien al pobre virtuoso que sufre sin culpa el peso del trabajo y de las privaciones, pero no dejéis de ayudar á aquellos que el vicio y el desorden redujeron á la indigencia.

Vuestra dureza hacia ellos, además de violar las leyes de la caridad que mandan socorrer la necesidad donde quiera que se encuentre, sin fijarse si el oprimido es virtuoso ó malvado, podría inducir á aquel miserable á arrojarle en brazos del delito para encontrar en él el socorro que vosotras le negabais. Si Dios, Juez Supremo, á quien pertenece juzgar los delitos de los hombres, «hace nacer su sol sobre los malos, hace llover para los justos y para los impíos.» ¿ Con cuánta más razón no debiéramos nosotras, no perteneciéndonos castigar, sino perdonar siem-

pre, extender nuestra caridad á todos los hombres sin distinción de justos ó injustos, de inocentes ó culpables (1) ?

Haced el bien cariñosamente, haciendo ver que vosotras sufrís con las miserias de los demás y os complacéis en aliviarlas; guardaos sobre todo de mirar con desdén al menesteroso y de emplear con él maneras ásperas ó altaneras. La caridad es tan dulce y benigna que el hacerla aparecer cruel es poco menos que un delito. ¡Lejos pues de vosotras, mis queridas hermanas, el hacer penosos é insoportables al pobre vuestros propios beneficios ! ¡Lejos de vosotras el aumentar sus humillaciones y dolores con el mismo acto con que lo socorréis ! El pobre tiene alma como la vuestra, sensible al trato amable, arrogante ó desdeñoso. Una palabra afable, una mirada compasiva valdrá muchas veces más que vuestros mismos socorros para hacer descen-

(1) Es inútil observar que debe socorrerse esta clase de pobres en sus verdaderas necesidades, pero jamás se debe proporcionarles con la limosna el medio de satisfacer sus vicios.

der á su corazón el bálsamo del conforto y para aliviar sus afanes. ¿Y podréis vosotros que pasáis vuestra vida en el ocio y en las delicias, negar esta palabra y esta mirada al desgraciado, que arrastra sus días como el prisionero sus cadenas entre los trabajos y las penas de todos los momentos (1) ?

Haced el bien con preferencia, con particular amor y delicadeza, y aun diré con respeto, á aquellas personas á quienes los golpes de la fortuna adversa redujeron á la indigencia. Tratadlas como si su posición no hubiese cambiado. Socorredlas de tal modo que vuestro socorro tenga más bien el carácter de regalo que de limosna. Sed, en fin, ingeniosas para que el rubor no salga á su rostro por vuestro beneficio. Si la desdicha que oprime al pobre fuese con-

(1) Un santo padre de la Iglesia, hablando de la compasión que se debe mostrar por los desgraciados, se expresa así: « Dando nuestros bienes, no damos sino lo que está fuera de nosotros: pero dando nuestra compasión y nuestras lágrimas, damos cuanto tenemos de más precioso, que es nuestro corazón. La compasión que acompaña la limosna es un bien mayor que la misma limosna. S. Gregorio. Moral L. 20 cap. 26.

secuencia de alguna culpa suya, guardaos bien de echársela en cara ó de reprenderlo por ella; igualmente debéis absteneros de recordarle su pasado, si la falta no fuese suya sino de sus padres ó de otras personas de la familia. Solamente en el caso que aun existiese la culpa podríais y aun deberíais acompañar vuestra limosna con alguna exhortación suave y oportuna para hacer entrar dentro de sí mismo al culpable, y digo suave exhortación, porque debe nacer de la caridad y no de cierto espíritu de venganza con que algunos parece que pretenden más bien castigar que corregir las faltas de los demás.

Haced el bien con prudencia, procurando conocer en cuanto os sea posible si el que pide vuestra protección necesita realmente de ella. Mas evitad ser del número de aquellos que dejarían morir de hambre á un hombre hasta asegurarse de que verdaderamente no tiene con que mantenerse. Hay ciertos casos en que la necesidad se presenta con aspecto tan apremiante que no deja tiempo para reflexionar. Podrá, en efecto, no ser verdad que el pobre que pide

la limosna esté para morir de hambre, pero también podrá ser verdad; y si deo entónces de socorrerlo por temor de ser engañada y le sucede al infeliz algún desastre ¿quién, sino yo será la causa de tan grave mal? Sí, lo repito: en ciertos casos conviene más bien dejar obrar el corazón que la razón; más vale exponerse á ser víctimas que verdugos, tanto más cuanto que no puede ponerse en parangon el daño que nos puede sobrevenir de ser engañadas con el que sobrevendría al pobre si en realidad necesitase ser socorrido y no lo fuese. Nuestra limosna tenga siempre por principio la caridad, esto es, hagámosla siempre con el deseo y la intención de socorrer á nuestros semejantes por amor de Dios, y de este modo nunca será perdida aun cuando la hiciésemos á quien no la merece. « La mano del pobre, decía San Pedro Crisólogo, es la alcancía de Dios. » Pongamos en esta alcancía cuanto daríamos á nuestros hermanos, y tengamos por cierto que nuestro padre celestial nos retribuirá con usura, porque la limosna es, por decirlo así, un comercio divino que, á

diferencia del que se hace con los hombres, nunca deja de producir sus frutos.

Cuando no podáis dar el socorro que se os pida, haced menos amarga vuestra negativa con la dulzura de las palabras y de las maneras. Llevad con paciencia que os sea pedida la limosna aun cuando no podáis concederla, ni rechazéis jamás como importuno al pobre que os pide. Demasiado á menudo la caridad es tan poco universal que los pobres se ven obligados á arrancar los socorros que necesitan á fuerza de insistencia, ni es fácil de hacer que crean al que les dice que no puede ayudarlos. Será un acto de virtud soportar estas insistencias sin mostrar desdén ni en las palabras ni en las acciones. No debemos olvidar que si nos es imposible muchas veces socorrer al pobre, jamás nos es lícito hacerle mal; y nunca se repetirá cuanto se debe que las palabras ofensivas y los modales duros y despreciativos son una crueldad para con el pobre, siendo él demasiado infeliz, sin que otros se permitan agravar más su posición.

Hay muchos modos de practicar la cari-

dad á más de socorrer al indigente, que es su principal ejercicio. Consolar al afligido, proteger al perseguido, amparar al huérfano, son otras tantas obras de caridad que la mujer católica debe amar y practicar en cuanto se lo permitan su posición y los deberes para con su propia familia, que deben anteponerse siempre á cualquiera otra obra buena por laudable y santa que ella sea. La prudencia, otra compañera inseparable de la verdadera virtud, y la docilidad á los sabios consejos de quien sabe y puede guiarla por el sendero que la providencia le ha trazado, deben ser sus directores supremos así en ésta como en todas sus demás acciones. Por otra parte la caridad misma, si llega á apoderarse verdaderamente de su corazón, le enseñará cual debe ser su conducta para con Dios, para con su familia y para con la sociedad, á fin de que la multitud de los deberes no engendre ningún desorden ó confusión. «Ama á Dios, decía S. Agustín, y haz lo que quisieras.»

No emplearé, por último, muchas palabras para persuadir á la mujer católica á

que huya de todo aquello que pueda de algún modo ofender la caridad. El solo pensar cuan sublime virtud es ésta, bastaría para hacer conocer cuan horribles son los vicios contrarios y la necesidad de aborrecerlos. Tan solo me limitaré á decir que no solamente los odios, las calumnias, los escándalos, sino que hasta las más insignificantes riñas, las murmuraciones pasajeras, las aversiones de poco momento y muchos otros defectos de este género, que se consideran generalmente como de poca ó ninguna importancia, son sin embargo cosas indignas de una persona que cree y profesa una religión que en cada dogma encierra un prodigio de amor, y en cada precepto manda un acto de amor. Llamarse cristiano y hacer poco caso de ofender la caridad, tan solo porque no se la destruye del todo, sería ponernos en contradicción con nuestro nombre y desconocer nuestra condición.

El Cielo

En el capítulo precedente hemos estudiado la caridad en cuanto se refiere á las necesidades del hombre exterior y alivia sus dolores, proporcionándole aquellos auxilios que necesita en el orden temporal. Mas la caridad no se limita á esto solamente; antes al contrario, este ejercicio de la caridad es el menos noble. La caridad va más lejos y extendiendo su mirada más allá de lo que hay en el hombre, más allá de lo visible y exterior, y se detiene como en su último fin, como en el colmo de sus deseos, en el alma imagen de Dios y precio de la sangre del Redentor: considera sus necesidades, deplora sus miserias, estudia los remedios oportunos, y encontrados éstos, los aplica con firmeza y constancia, sin dejarse abatir por los obstáculos, ni aterrarse por las dificultades ó desanimarse por las resistencias. Cuando la caridad se

ocupa en esta nobilísima empresa cambia de nombre y se llama *celo*, para distinguir lo que tiene de más natural y divino, pues el procurar la salvación de nuestros hermanos no es otra cosa que concurrir al cumplimiento del eterno pensamiento de Dios, esto es, la mayor gloria del Criador y el mayor bien de la criatura, consistiendo ambas cosas en la eterna salvación de las almas.

De lo expuesto se ve claramente que el celo es cuanto hay de más sublime y mejor en materia de virtud, porque no solamente es caridad, sino que es la flor de la caridad, y si me es lícito expresarme así, diré que es el espíritu y la esencia de la caridad. La mujer católica, cuya misión, como queda dicho, es ayudar á la Iglesia en su eterna misión de la salvación de las almas, debe amar esta virtud de la caridad sobre todas las demás, como ella concurre más que cualquiera otra al cumplimiento de su misión. Dos cosas por lo tanto debemos considerar aquí: de qué medios debe valerse la mujer para excitar en sí este celo, y cuales son los caracteres de

verdadero celo; pues si por una parte es verdad que no hay virtud mayor que ésta, es muy cierto también que ninguna otra virtud es tan erradamente entendida, viniendo de aquí que muchos la presentan ante el mundo muy diferente de lo que es, eclipsando así su brillo y esplendor. Las pasiones mismas, especialmente la ira y el odio, suelen revestirse muchas veces con el ropaje del celo y conducen á excesos que la fe y la razón condenan y deploran.

La fe es el alma del celo; ella le descubre con sus luces las infinitas perfecciones de Dios, el valor altísimo del alma, la grandeza de sus destinos, la necesidad de la virtud para obtenerlos, los daños irreparables que la avanzan si por acaso llega á desviarse del fin para que ha sido criada. Cuanto más viva es la fe, tanto más crece el celo y tanto más fuerte y valeroso se hace para sostener sus propósitos hasta el punto de despreciar los tormentos y la muerte misma para realizarlos. Si se busca el secreto del ardor indomable que impulsa al misionero católico á atravesar los

mares para internarse en tierras bárbaras é inhospitalarias, sin saber si el primer saludo que le espera es la muerte bajo la forma más cruel que haya podido darle la humana ferocidad, encontraremos ese secreto en la viveza de su fe que le enseña que en cada salvaje encontrará una presa que salvar del infierno y una alma que conquistar para el cielo. Quítese la fe del mundo, y será imposible que nadie se emplee con éxito en hacer mejores á los demás. Todos los sistemas filosóficos han sido infructuosos hasta ahora á este respecto (1) y los que vengan después serían igualmente estériles; y esto no solamente porque los medios que tales sistemas proporcionan no son aptos por su naturaleza para sanar las enfermedades de la humanidad, sino porque la virtud encuentra obstáculos formidables en las malas inclinaciones del hombre y esos obstáculos pueden solamente ser vencidos por el celo que

(1) Voltaire decia que jamás ha habido un filósofo que haya conseguido hacer sentir su influencia siquiera en la calle en que vivia.

engendra la fe, porque éste solamente es el que hace derramar la sangre, cuando es necesario, para hacer buenos á los hombres, y él solo puede hacerlos buenos á pesar suyo y aunque ellos para impedir sus beneficios, pongan en juego todo lo que más puede aterrorizar la debilidad humana. Siendo la fe eterna en el mundo, jamás faltará en él quien se dedique á hacer el bien, pero, si por un imposible, faltase la fe, en vano se buscarían otros medios que se empleasen si no con eficacia, siquiera con constancia, á curar sus llagas: la ingratitud, por lo menos, los cansaría muy pronto.

Avivemos, pues, la fe, nosotras hijas de la Iglesia gloriosa de los apóstoles y de los mártires, para que la fe encienda en nosotras el celo por la gloria de Dios y la salvación de nuestros hermanos. Consideremos frecuentemente los males que pesan sobre la miserable humanidad, á fin de que conociéndolos nazca en nosotras el deseo de remediarlos en cuanto nos sea posible. Si dirigimos nuestra mirada hacia el estado actual de la sociedad,

aun de los pueblos cristianos ¿qué vemos? Un espectáculo doloroso de maldad y corrupción, desde las clases ínfimas hasta las más elevadas; una deplorable anarquía en el orden de las ideas y de los principios; una guerra encarnizada contra todo lo que formó por muchos siglos la base del edificio social cristiano. La Iglesia, maestra infalible de la verdad y del bien, es hostilizada en nombre de la libertad, calumniada en nombre del Evangelio; el vicio es divinizado, la virtud es maldecida, la fuerza se llama derecho y el derecho es desconocido y hollado; vemos la imprenta, libre para todo desorden, que, de concierto con las sociedades secretas, prosigue sin tregua la obra de destrucción contra todo principio que se base en Dios, en la verdad y en la justicia; en medio de este horrible caos vemos un impío que osa elevarse hasta el trono del Eterno, y no pudiendo participar de la ilusión de Lucifer —*seré semejante al Altísimo*— procura hacer á Jesucristo semejante á sí, gritando á los pueblos como Pilatos á las turbas de Jerusalem: *Ecce homo!* Otras vo-

ces igualmente sacrílegas que repiten á sus compatriotas en su propio lenguaje la misma horrenda blasfemia; y finalmente, ¡doloroso es decirlo! una pluma italiana que la transcribe en la fábula de los Papas, y añadiéndole nuevas enormidades, la hace resonar en el centro del catolicismo, en los confines mismos de la ciudad santa: hé aquí el cuadro que se presenta á nuestra vista, hé aquí la página que escribe el siglo diez y nueve en los anales de la humanidad; página ominosa, que el tiempo transmitirá á la posteridad bañada con el llanto de la justicia traicionada, de la virtud oprimida, de la fe ultrajada!

No queráis tacharme de pesimista, hermanas mías, con esta rápida enumeración que de los males de nuestra época acabo de hacer, ni de contradicción por lo que dije al principio sobre la reacción católica cuyos indicios aparecieron ya, manifiestos y abundantes en el horizonte. Sé que, por la gracia de Dios, al lado del mal está el bien que paraliza en parte la acción del mal. Sé que los católicos comenzaron á dar señales de vida, y á sacudir la fatal

desidia, que fué tan útil para los enemigos y tan dañosa á la causa de la justicia. Prueba de ello es la reacción católica, los buenos libros y buenos diarios que todos los días están en aumento, los Congresos católicos tan consoladores para todos los verdaderos creyentes, las fiestas celebradas con tanto esplendor, las mil refutaciones que esclarecidas plumas publicaron contra la sacrílega novela de Renan, la solemne fiesta del décimo octavo aniversario del martirio de San Pedro, y tantos otros acontecimientos de fausto presagio para el porvenir. ¿Quién negará, empero, que no obstante estos faustos sucesos el mal se enseñorea aun en la sociedad y que su energía supera en mucho á la del bien? ¿Si el número de los buenos superase al de los malos, y la actividad de estos no superase á la de aquellos, creéis vosotras que la irreligión y la injusticia podrían amenazar con la frente erguida, como lo hacen, é imponerse á los consejos de los gobernantes y hacerse casi el Código de las naciones? Ea! no nos engañemos. El bien existe por fortuna, pero el mal le su-

pera en atrevimiento y energía. La sociedad está cansada de este estado de anarquía y confusión, pero los esfuerzos para salir de este estado están muy lejos de ser generales. En una palabra, se ven esfuerzos de reacción, pero esta reacción no está aun realizada, el bien combate cada vez con más fervor contra el mal, pero sin creciente energía y heroico apostolado no podrá reposar sobre los laureles y entonar el himno de la victoria.

El primer medio para encender en nuestro corazón el fuego del celo santo, debe ser mirar con los ojos de la fe los males de la sociedad y ponderar toda su gravedad y extensión, porque si las calamidades temporales de nuestros semejantes nos mueven á compasión y encienden en nosotras el deseo de remediarlas, ¿cuánta mayor compasión y dolor no nos causarán sus males espirituales si los miramos con los ojos de la fe, siendo así que las verdades eternas nos hacen ver un abismo de penas terribles, incomprensibles y perpétuas, abierto siempre á los piés del pecador para recibirlo, apenas la muerte lo arrebatase de la vida?

El otro medio para encender en nosotras el fuego sagrado del cielo es el convencernos y penetrarnos profundamente del gran bien que podemos hacer con solo quererlo verdaderamente; y aunque ya hemos tratado de éste en otro capítulo por lo que podría parecer inútil volver sobre este punto, sin embargo, no quiero dejar de repetirlo, porque la idea de nuestra debilidad podría producir una desconfianza perniciosa, haciéndonos creer que nada podemos contra el torrente de males que envuelve la sociedad y amenaza precipitarla en completa ruina. No queráis por esto olvidar ó desconocer jamás, queridas hermanas, las fuerzas de que el Señor os ha dotado y los medios que os ha concedido para hacer el bien. No hay duda que á primera vista podría parecer una utopía afirmar que existe en la mujer el poder de reparar los males de la sociedad; sin embargo, si bien se considera se verá que no lo es en manera alguna.

Y en efecto, aun admitiendo que la generación presente fuese incurable, que nada pudiese sobre ella la mujer (lo que no es

cierto), ¿no es verdad que esta generación pasará como pasaron las que la precedieron y que una nueva generación le sucederá luego? Ahora bien ¿dónde está esa nueva generación destinada á suceder á la presente y á formar la sociedad del porvenir? ¡Esa generación, queridas hermanas, está sobre vuestras rodillas!

Sí, sobre vuestras rodillas está esa nueva generación, esa nueva sociedad. Ahí está para recibir de vuestros labios, por decirlo así, los primeros rudimentos de aquellos principios que, buenos ó malos, serán la guía de sus pasos sobre la tierra; ahí está... y vuestra alma se refunde en su alma, y vuestro pensamiento en sus pensamientos, y vuestros afectos en sus afectos, ¿y diréis que nada podéis, que nada valéis para mejorar la condición del mundo? No, no lo digáis; ¡sería una mentira! Dios, dice San Pablo, *eligió las cosas débiles del mundo para confundir á los fuertes.*

¡Estas cosas débiles sois vosotras, queridas hermanas! pero Dios os ha elegido para obras grandes. Como la mujer pru-

dente de Salomón, poned manos á esas obras; quered sinceramente y con constancia, y, no lo dudéis, la Providencia bendecirá vuestros esfuerzos; vosotras llevaréis á cabo esas obras grandes, esas obras gigantescas, para gloria de vuestro sexo, para honor de la Iglesia y para bien de la sociedad.

Veamos ahora cual es el verdadero celo, el celo que debe amar la mujer católica, este celo es caritativo, suave, generoso, prudente y perseverante.

Caritativo. El celo, como hemos visto, no solamente nace de la caridad, sino que es lo que la caridad tiene de mejor y más espiritual, proponiéndose por único fin la gloria de Dios y el bien eterno del hombre. De aquí se deduce que debe tenerse por falso aquel celo que nos impele con demasiada vehemencia y hasta con cierto espíritu de odio y venganza, á desear el castigo del culpable. Muchas veces nosotros tomamos por virtud lo que no es sino pasión, y creemos procurar la gloria de Dios y de la Iglesia mientras en verdad no nos guía y mueve sino el desprecio por aquellos

que no participan de nuestras opiniones. El verdadero celo odia la culpa, pero ama sinceramente al culpable, y si alguna vez desea ó procura su castigo no tiene otro fin en el fondo de su corazón sino el bien de su alma. Por lo dicho se ve que el fanatismo es contrario al verdadero celo, porque éste nace del amor y aquel del odio; el odio busca la ruina de los culpables, el celo busca su enmienda; el fanatismo usa de buena gana el arma de la violencia para obtener sus fines, mas el celo usa del rigor tan solo cuando á ello le obliga la necesidad, y aun en este caso lo hace con sentimiento y á pesar suyo.

Jamás, pues, el amor que tenemos á la religión y á la justicia nos debe llevar á odiar á aquellos que las desprecian. Es necesario empero cuidar de no caer en el extremo opuesto, no sea que por demasiado indulgentes con los culpables lleguemos á serlo también con sus vicios. Es muy común en nuestros días oír de los labios de los enemigos del evangelio lecciones de caridad, mas estos apenas oyen que ellos y sus acciones son llamados con el

verdadero nombre que les corresponde, al instante echan en cara al clero y á los católicos que faltan á la caridad, diciendo que olvidan los ejemplos de mansedumbre del divino Maestro; como si la caridad y la mansedumbre consistiesen en llamar al vicio virtud, bien al mal, hombres honrados á los malvados; y como si Jesucristo no nos hubiese enseñado con sus ejemplos á oponernos fuertemente á la culpa, y tratar severamente al culpable, cuando esto se juzgue necesario para evitar el escándalo de los buenos ó para la enmienda de los malos!

¿Y quién no conoce los terribles apóstrofes del Salvador contra los fariseos, los escribas, y todos los hipócritas de aquellos tiempos? ¿Quién ignora aquel impetu de santo celo con que arrojó á latigazos del templo á los que le profanaban? No se censure pues al clero y á los buenos católicos porque no quieren hacerse cómplices del mal, sino que lo combaten con fuerza y energía. Estos imitan á Jesucristo, y esto basta para que sean estimados dignos no de maledicencia, sino de alabanza.

El celo debe ser suave—Aunque el verdadero celo no debe dejar de mostrarse severo cuando la necesidad lo exige, elija no obstante siempre que sea posible las armas de la dulzura, imitando así la sabiduría divina que tiende fuertemente al fin, pero disponiendo *para ello suavemente todas las cosas*, y es necesario convenir que estas armas son ordinariamente las más poderosas para vencer la fortaleza misteriosa del corazón humano que, después de haber resistido á los más rigurosos ataques, cede ordinariamente y se rinde á la palabra afectuosa del amoroso consejo de un adversario generoso, que no quiere dominarlo sino para conducirlo á la verdadera felicidad que se encuentra tan solo en la virtud. La Providencia de una manera particular ha provisto á la mujer de estas armas, de las cuales tan solo debe ella usar, á menos que sus deberes de madre ó de patrona de casa la obliguen en ciertos casos á adoptar medios más enérgicos para conseguir lo que no se ha podido obtener con la dulzura. La mujer católica, pues, debe guardarse de usar ma-

neras ásperas para persuadir el bien, ó de tomar un tono doctoral por decirlo así, especialmente para con aquellos que le son superiores ó que le están sujetos; porque semejante proceder sería contrario á la modestia que la mujer debe siempre tener y porque el orgullo de los hombres se volvería contra sus esfuerzos y los haría inútiles, y aun dañosos, si ella pretendiese con arrogancia ó con cierta autoridad, que la religión y la naturaleza le niegan.

Generoso. — La generosidad es un carácter tan propio del celo que no sería tal si no fuese generoso. No se debe pues hacer caso de esos deseos vehementes que si bien nos hacen ansiar de un modo vago y abstracto el bienestar espiritual de nuestros hermanos, no nos mueven sin embargo á hacer nada por ellos de nuestra parte. ¿Cómo podría decirse, en efecto, que nosotros deseamos realmente el bien de las almas, si no estamos dispuestas á sacrificar la menor cosa para atender á sus más urgentes necesidades? La historia eclesiástica nos presenta en cada una de sus páginas ejemplos admirables de celo que

nos legaron los apóstoles, los mártires, las vírgenes de todos los tiempos; pero desde San Pablo hasta el sacerdote Olivieri (1), desde San Esteban hasta el misionero Venard, desde Santa Tecla hasta Sor Rosalía, siempre el espíritu de sacrificio y de abnegación, es el que acompaña los pasos de estos héroes de la fe y de la caridad; y si Dios y la Iglesia no exigen hoy tanto de nosotras, queridas hermanas, si nos dejan disfrutar en el seno de nuestras familias los goces de los afectos puros y legítimos, si no nos piden como á aquellas grandes almas el sacrificio de todo lo que puede embellecer y hacer agradable la vida, no debemos creer por esto que estamos exentas de la obligación de cooperar á la salvación de las almas de nuestros hermanos,

(1) Este excelente sacerdote consagró por muchos años su vida al rescate de niños moros, emprendiendo á este fin grandes y peligrosos viajes en tierra de infieles. Con los recursos que le proporcionaba la Providencia compraba el mayor número posible de estas infelices criaturas y después de traerlas á Europa, donde ordinariamente confiaba su educación á alguna comunidad religiosa, volvía á emprender en provecho de otras criaturas su misión de caridad. Ni su edad avanzada, ni sus enfermedades casi continuas pudieron entibiar jamás el celo de su grande alma, y rico en méritos murió en la paz del Señor el año de 1866.

porque esto nos cueste alguna vez ó sacrificio de dinero, de reposo ó de tranquilidad. Lo poco que se nos pide en vez de ser motivo para negarlo, debe ser por el contrario un motivo para darlo con más buena voluntad, porque es prueba de egoísmo rehusar aún los pequeños servicios. Es vergonzoso para una mujer el contentarse con llamarse católica y no saber elevarse hasta la altura del sacrificio que le impone su propio nombre! Semejante conducta importaría desconocer los primeros deberes que la religión intima al cristiano desde el momento mismo en que le imprime el glorioso carácter de hijo del Dios Crucificado y muerto por el hombre! La Iglesia se avergonzaría con razón de nosotras si mientras el infierno declara guerra abierta y feroz contra Cristo y las almas, y mientras sus secuaces no trepidan ni ante la deshonra ni ante la muerte para hacer prevalecer sus principios y perversos planes, nosotras las cristianas nos pusiésemos á medir en la balanza de nuestro propio interés cualquier pequeño servicio que se nos pide, y nos mostrásemos prontas á rehusarlo apenas nuestro egoísmo

nos lo presentase lijeramente gravoso. Entonces no solamente mereceríamos el vergonzoso título de hijas ingratas de tan buena madre, como es la Iglesia, sino que pareceríamos olvidadas de la más hermosa prerrogativa de nuestro sexo: *amar y sacrificarse por el bien de los demás.*

Prudente—Son innumerables los bienes que puede hacer perder y los males que puede traer un celo indiscreto é imprudente. ¿Cuántas veces personas verdaderamente animadas del deseo del mejoramiento moral de los demás no han visto frustradas sus esperanzas, á pesar de haber empleado los mayores esfuerzos para tener un éxito feliz? Sería sin exageración atribuir siempre á ineptitud é imprudencia el poco ó ningún éxito en tales casos, pues bien sabido es que la dureza y corrupción del corazón humano no son muy á menudo la causa de la ineficacia de los medios que se emplean para reformarlo; pero no estaría lejos de la verdad quien afirmase que un celo mal entendido es en muchísimos casos la causa de que se malogren tantos buenos deseos y tantas fatigas.

Para evitar estos males es necesario pe-

netrarse ante todo de estos principios: primero, que para persuadir el bien es necesario un espíritu tranquilo y libre de toda pasión, porque una pasión, por legítima que ella sea, ofusca siempre toda su lucidez y todo su imperio para conocer los medios que son más conducentes al fin que nos proponemos. Segundo, que para salir bien en tan ardua y noble empresa no se deben emplear los mismos medios para con toda clase de personas indiferentemente, sino que se debe procurar primeramente conocer la índole, las inclinaciones, el lado flaco, por decirlo así, de las personas á quienes queremos vencer en el mal y traerlas al bien, para dirigir allí nuestros golpes, á la manera que un hábil general dirige el ataque precisamente donde ve que es más débil el enemigo y donde están menos defendidos sus baluartes. Procurad, queridas hermanas, arreglar vuestro celo á estas hermosas reglas. No habléis sino cuando veáis que el hablar será más útil que el silencio, y cuando lo hagáis sea con calma y reflexión, evitando todo lo que pueda herir la susceptibilidad ó el amor

propio de los demás, porque este feroz enemigo se vence, no atacándolo directamente, sino respetándolo. No os apuréis tampoco demasiado pretendiendo llevar inmediatamente á cabo vuestra empresa, no se debe pretender tomar por asalto una fortaleza que exige para ser vencida un sitio largo y perseverante: guardaos de querer moralizar en todo tiempo ó fuera de tiempo, como hacen aquellos que pretenden inculcar ideas religiosas á los que se encuentran agitados por la ira ó por cualquier otra pasión vehemente, pues su propio estado los hace incapaces de persuasión en esos momentos. Vuestras palabras serían entonces infructuosas, y lo que aun es peor, agriarían más el ánimo de aquel á quien intentaseis persuadir.

Absteneos también de todo exceso en el celo: no os mostréis escandalizadas por cualquier pequeña falta que se cometa en vuestra presencia, de cualquier palabra que os parezca defectuosa, de cualquier acción que os parezca menos perfecta. Semejante proceder lejos de traer utilidad haría importuna vuestra conversación, la

cual por el contrario debemos procurar sea amable y grata porque con ella se trae al extraviado á la virtud sin que él lo advierta siquiera. Finalmente, vuelvo á recomendaros mostréis siempre una piedad sólida é ilustrada, ajena de toda superstición y sobrada credulidad, ajena de escrúpulos y melancolía, mostrad una piedad apoyada sobre la virtud y la caridad; una piedad en fin que excite en los demás respeto y estimación y sepa atraeros afectos y simpatías. Si llegáis á inspirar estos sentimientos, vuestra victoria es segura; porque si para enseñar las demás ciencias es necesario principiar por el entendimiento, para persuadir la virtud es necesario comenzar por el corazón, vencido éste, todo está vencido. ¿Y por ventura no consiste precisamente en esto el secreto de la maravillosa influencia de nuestro sexo sobre la virtud y sobre los vicios de la sociedad?

Sea en fin vuestro celo generoso y perseverante: no os canséis ni desmayéis cuando veáis que otros resisten á vuestros esfuerzos y no acceden á vuestros deseos.

La influencia de la mujer, suave, tranquila y paciente, puede compararse con razón á la gota de agua que cayendo sobre la piedra, solamente después de largo tiempo y perseverante trabajo deja impresa en ella su propia forma. Se requiere algunas veces un tiempo largo para que los santos ejemplos y amorosas exhortaciones produzcan alguna impresión eficaz y duradera sobre corazones cuyas pasiones desenfrenadas y costumbres han endurecido en el mal. El celo del apóstol y del ministro de la Iglesia que truena desde el púlpito contra el vicio y el error, puede producir mudanzas repentinas y súbitas conversiones; pero el celo de la mujer, como que obra más por via de ejemplos que de palabras, más indirecta que directamente, obra por lo común de una manera más lenta é insensible á la par que muchas veces es más eficaz y duradero en sus efectos. Tan solo después de muchos años de plegarias y lágrimas, pudo Santa Mónica convertir á su hijo que fué después el gran San Agustín. La mujer católica modelándose sobre aquella heróica madre

debe aprender á no desesperar en sus cristianas empresas sino á perseverar en ellas con valor y confianza. Su misión no sería tan sublime si no fuese al mismo tiempo ardua y difícil. Pero las dificultades en vez de abatir un corazón generoso no hacen sino hacerlo más firme en sus propósitos. La gloria de Dios, el bien de la Iglesia, la utilidad de la sociedad, hé aquí los tres nobles fines que puestos constantemente ante vuestros ojos, queridas hermanas, os inspirarán valor é intrepidez para superar las dificultades que vuestro celo, lo mismo que cualquiera otra virtud necesariamente encontrará.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Necesidad de una profunda instrucción religiosa en la mujer católica de nuestros tiempos.

I

« El hombre no es sino lo que la mujer lo hace, y la mujer no puede hacer hoy al hombre cristiano sin que ella úna á la práctica exacta del cristiano una ciencia completa del mismo Cristianismo. » Estas palabras del ilustre filósofo, que nos complacemos en citar á menudo, como que él mejor que ningún otro parece haber comprendido en nuestro siglo la grandeza y la

importancia de la mujer católica, nos inclinan á añadir á las observaciones hechas, algunas reflexiones sobre la instrucción religiosa, teniendo en vista que esta instrucción nos es tan necesaria para que sea provechoso nuestro celo cuanto es generalmente descuidado por nuestro sexo.

No ignoramos que no todos participan de nuestra opinión, sino que muchos creen por el contrario que la mujer no debe penetrar demasiado en el estudio de la religión, no sirviendo la ciencia por lo general sino para hacer á la mujer vana y orgullosa, y que por consiguiente es mejor que ella se limite á los conocimientos religiosos que pueden suministrarle el catecismo y algún otro libro de moral cristiana, á más de que si se ocupa la mujer en estudios profundos y extensos, elevándose demasiado sus pensamientos, se haría ajena al cumplimiento de sus propios deberes.

Tal será, lo repetimos, la objeción que harán muchos al sistema del P. Ventura Ráulica, quien ha sostenido con tanto ardor la necesidad de una profunda instrucción religiosa en la mujer. Pero ¿qué fuer-

za tiene esta objeción? Decís que la ciencia envanece á la mujer. Mas es necesario distinguir dos clases de ciencia: la ciencia religiosa y la ciencia profana. Ahora bien, nosotros no hablamos aquí de la ciencia profana; hablamos de la ciencia que inculcaba el Padre Ventura y que antes inculcara también San Gerónimo (1) hablamos de la ciencia del Cristianismo, esto es, de la ciencia completamente opuesta al orgullo, ciencia que tiene por base el conocimiento de Dios y de sí mismo, ciencia que Jesucristo prometió á los pequeños y humildes, y negó siempre á los soberbios. ¿Y creéis que esta ciencia pueda envanecernos? Ah! no lo temáis, no. Esta ciencia nos pone en relaciones inmediatas con Dios, nos muestra con clarísima luz su grandeza, nos hace ver la nada y fragilidad de la condición humana, de modo que ante los resplandores de la Divinidad se hace

(1) Basta ver las cartas de San Gerónimo á Leta, á Eustaquia á Principia, á Océano, y el epitafio de Sta. Paula, para convenirse de la importancia que daba el Santo Doctor á la instrucción religiosa en la mujer, y con cuánto fervor la recomendaba.

imposible que nuestro corazón pueda ensoberbecerse.

Tampoco se debe temer que esta ciencia, humilde y sublime á la vez, aparte á la mujer del cumplimiento de sus propios deberes. Al contrario, ella le ayudará á conocerlos, á amarlos y á cumplirlos. Lo que hace á la mujer frívola, disipada y descuidada en el cumplimiento de sus deberes, no es la ciencia, es la ignorancia de la religión. ¿Cómo podría despreciar la mujer instruida sus deberes viéndolos escritos en las páginas todas de la Escritura y en las obras de los grandes maestros, y encontrando á cada paso motivos que la inducen á cumplirlos? Además, si no se ha de condenar nuestro sexo á una completa inercia, es indispensable concederle algunas lecturas. Pues bien, podríamos jurar que si estas lecturas no son la Biblia, los Santos Padres y los autores católicos, para tres cuartas partes por lo menos, lo serán las novelas inmorales y las obras impías, en que, para vergüenza de nuestro siglo, tanto abunda la literatura moderna. Sí, no hay que dudarlo:

ó Moisés ó Dumas, ó San Agustín ó Jorge Sand, ó Ventura ó Renan, constituirán por fuerza la lectura de la mujer. La fiebre por la ciencia que ha invadido hoy todas las clases de la sociedad no ha dejado libre por cierto á la mujer: ella también quiere saber y juzgar, quiere formarse su criterio y sostenerlo. Apartadla del estudio del bien, y ella se aplicará con ardor al estudio del mal; prohibidle que conozca á fondo el Catolicismo, y ella querrá conocer á fondo el racionalismo; prohibidle que sea católica instruida y por convicción, y será forzosamente ó indiferente ó incrédula. ¿A cuál de estos dos puntos conviene inclinarla? Nadie, por cierto, que juzgue prudentemente podrá titubear en la respuesta.

La ciencia de la religión no puede, pues, en manera alguna ser perjudicial á la mujer. Mas, cuan útil y necesaria le sea, bastan pocas reflexiones para demostrarlo.

La primera razón es la índole racionalista de nuestros tiempos. Si nuestro siglo, en efecto, estuviese en posesión de aque-

lla fe ingenua y sumisa, que cree y adora, sin indagar por qué cree y por qué adora, la mujer no necesitaría un conocimiento completo y perfecto de la religión; pues en tal caso, su misión se reduciría á hacer amable la virtud y á persuadir su práctica á aquellos cuyo entendimiento firmemente convencido de las verdades religiosas, nada tendrían que oponer á los motivos sobrenaturales que se les presentasen para inducirlos á obrar en conformidad con sus creencias. Pero nuestro siglo ha repudiado la herencia feliz que mejores épocas le transmitieron, y aquella fe sencilla y viva que inflamaba en otros tiempos el pecho del guerrero lo mismo que el de la devota mujercilla, aquella fe que á la sola voz de un ermitaño, al solo grito de «Dios lo quiere» hacía que media Europa se precipitase en las huellas de Godofredo de Bullon. Esa fe es hoy el patrimonio tan solo de pocas almas privilegiadas, las cuales, semejantes á la familia de Noé, encerradas en el arca de la revelación, se mantienen salvas del diluvio de doctrinas racionalistas que han inundado la tierra.

Hoy, no bien ha aprendido un niño á balbucear el nombre de Dios, pregunta ya á la madre cómo puede existir un Dios que él no ve. El adolescente, el joven, y muchas veces hasta el anciano que inclina ya su cabeza hacia el sepulcro, se resisten á creer si no se les presentan las verdades de la religión en toda su evidencia, se muestran dispuestos á reirse del eclesiástico, y más de la mujer, que intentasen intimarles el *creed y no examinéis* que, no se podría pronunciar hoy sin imprudencia en el sentir de Chateaubriand.

La Iglesia no se intimida por otra parte ante esta disposición de los ánimos. Los incautos podrán sin duda correr grandes peligros, si se obstinan en cerrar los ojos á la luz para poder lisonjearse que la luz no existe; pero la verdad nada tiene que temer de las orgullosas investigaciones de la razón. La verdad es eterna, inmutable, inmortal como Dios mismo. Aunque se le niegue, no se la destruye; ultrajada, no cambia; combatida, no perece jamás. La espada y el sofisma la encuentran igualmente invencible. Solamente la variedad

de los tiempos impone á sus defensores nuevos deberes.

El sexo devoto es también humilde defensor de la verdad; él también combate las santas batallas de la fe; y si también su campo es estrecho, no es por eso menos importante el éxito de la empresa, porque la sociedad se compone de familias y la familia es precisamente el campo en que combate la mujer católica.

A vosotras, pues, queridas hermanas, os incumben nuevos deberes, y entre todos uno muy principal, que es el de profundizar la ciencia de la religión que debéis defender. Poseyendo vosotras bien esta ciencia podréis con ella impedir que vuestros hermanos, para con quienes practicáis la caridad, caigan en el error, y si ya hubiesen tenido la desgracia de caer en él, podréis también con la ciencia de la religión traerlos de nuevo al sendero de la verdad religiosa. Para convenceros de esto os basta observar que la mentira fué siempre el arma favorita de los enemigos de la fe. Falsear la historia del Catolicismo y hacerlo pasar como amigo de la ignorancia

y de la barbarie; inventar dogmas absurdos y hacerlos pasar como enseñados por la Iglesia y hasta como dogmas fundamentales de la religión; desacreditar las instituciones de la Iglesia, esconder los beneficios que ha hecho á los pueblos, atribuirle abusos en que no tuvo parte sino para condenarlos y proscribirlos, tal ha sido siempre y es también hoy la táctica de los dóciles discípulos del Patriarca de Ferney, el autor de la célebre máxima: «Es necesario mentir, pero no tímidamente y por algún tiempo, sino que es necesario mentir siempre y descaradamente como demonios.»

¿Y porqué esta táctica de calumniar la religión ha conseguido tantos triunfos? ¿Porqué tantos caen diariamente en las redes que les tienden los enemigos de Dios, y por huir el supuesto misticismo de la Iglesia son víctimas de tantas imposturas y repugnantes absurdos? Ah! la razón es sencilla: es porque el estudio de la religión está hoy completamente descuidado, ó por lo menos es incompleto y superficial;

es porque el Cristianismo no es conocido ni siquiera por la gran mayoría de los que se llaman cultos é instruidos, como si pudiesen ser tales ignorando los dogmas, la moral, y la historia de la gran institución del Catolicismo, institución que sería imposible si no fuese divina. En fin, si los enemigos de la fe pueden jugar impunemente con la verdad y desparramar sus imposturas, sin temor de ser desenmascarados y convencidos de embusteros, es porque la ignorancia en materia de religión ha llegado al sumo grado en la sociedad moderna.

Ahora bien, el remedio eficaz y seguro para tan grave mal, es oponer la luz á las tinieblas, la verdad á la mentira; es oponer al Catolicismo mutilado, desfigurado y absurdo de los enemigos de la Iglesia, el verdadero Catolicismo, con la sublimidad y racionalidad de sus dogmas, la fuerza de su moral y de su disciplina, el esplendor de su historia. Los apologistas católicos han comprendido perfectamente la eficacia de este remedio y lo han aplicado con feli-

ces resultados en pro de la causa de la verdad (1).

La mujer católica debe seguir este ejemplo é imitar la conducta de los defensores de la fe en su propia familia. Mas ¿cómo podrá la mujer emprender con éxito esta obra si ella misma no conoce á fondo el Catolicismo, si no sabe oponer á las calumnias de la impiedad sino su fe y su amor por la religión?

Supóngase una madre piadosa y afectuosa, que á la piedad y al afecto por su familia no úna exactos y profundos conocimientos de religión, ¿cómo podrá ella poner en guardia á sus propios hijos contra las seducciones del error, y señalarles los escollos en que podría naufragar el depósito de su fe, si ella misma no conoce estos escollos y peligros, si nada sabe de la táctica de los adversarios, ó si conociéndola, ignora el modo de combatirla? ¿Cómo una madre mantendrá

(1) Entre estos apologistas debemos citar al ilustre orador de Nuestra Señora de París, el R. Padre Félix, cuyas magnificas conferencias quisiera ver en manos de todas las mujeres católicas.

en el corazón de un hijo que ya principia á experimentar los asaltos del respeto humano, la estimación y afecto por la religión, que son el baluarte más poderoso de la piedad y de la fe? ¿Cómo fortificará su mente contra las borrascas de la duda que la amenazan, ó encenderá en ella la llama de la fe extinguida ya por la glacial incredulidad? ¿Qué fuerzas podrán tener sobre el espíritu de un hijo las palabras de una madre, si él considera esas palabras como efecto de una piedad sincera, sí, pero inspirada tan sólo en una credulidad ciega, ignorante y fanática? Y podrá esa misma madre piadosa evitar el desprecio del joven escéptico, que no ve en ella sino una pobre mujer fascinada por las ideas religiosas, un espíritu mezquino é idiota que renuncia á la razón y al sentido común para ser fiel á sus propias creencias?

II

Cuanto acabamos de decir sobre la mujer madre, aplíquese igualmente á la mujer

en todos los estados, en todas sus relaciones con la familia y la sociedad: si no tiene conocimientos profundos, razonados y completos de la religión; si no sabe dar sólidas razones de su asídua asistencia á las prácticas de piedad; en una palabra, si no sabe por qué cree católicamente y por qué católicamente obra « su conducta será « óptima, dice el P. Ventura, su virtud será « irreprochable, agrada sin duda al egoísta « de los hombres, cuyos corazones están « endurecidos por el frío de la incredulidad, « pero no los moverá; se les tendrán las « consideraciones que la conveniencia ó la « urbanidad imponen, pero no una verdadera estimación; se aparentará compadecer con desprecio su ignorancia, se excusará su debilidad, y dichosa ella si no se va más adelante, si no se llega hasta « despreciarla y odiarla. »

A esto se añade que la mujer piadosa, que no es sólidamente instruida en la religión, cae muchas veces en ligerezas y exageraciones que siempre, pero especialmente en estos tiempos, débense cuidadosamente evitar. Si la mujer, en efecto,

no conoce bastante la elevación y sublimidad del Cristianismo, si no sabe concebir de él ideas conformes á su grandeza y á su majestad, verdaderamente divina, no podrá en manera alguna distinguir lo que en realidad es enseñado por la religión, de lo que los espíritus ignorantes y fanáticos suelen inventar; y por temor de faltar en la fe caerá en excesos de credulidad, hasta admitir como verdades reveladas lo que repugna á la razón y al buen sentido. Divulgará milagros, profecías y revelaciones que no existen, sino en la imaginación de otras mujeres que se le parecen.

A las ideas extraviadas, bajas y ridículas que la mujer sin instrucción se haya formado de la religión, á esas ideas querrá conformar su moral y toda su vida; caerá en escrúpulos y ridiculeces que harán reír á las personas de buen sentido, y provocarán las blasfemias de los libertinos, quienes tanto se complacen en confundir las producciones de los espíritus débiles é idiotas con los verdaderos dogmas y con la verdadera moral del Catolicismo. ¿No es cierto que el celo de una mujer de esta

naturaleza producirá á la religión mas bien males que bienes? No: en nuestro siglo es cuando menos que nunca deben admitirse el falso misticismo y las teologías repugnantes al buen sentido.

Todo lo contrario sucede con la mujer católica y piadosa que, copiando en sí misma los ejemplos de las primitivas mujeres del Cristianismo, hace del estudio de la religión una de las principales ocupaciones de su vida. Su entendimiento formado en la escuela de las Santas Escrituras, de los Padres de la Iglesia y de los escritores católicos, concibe de la religión ideas grandes, justas y elevadas, que le inspira una piedad sólida é ilustrada, sin esas bajezas y exageraciones en que muchas devotas incurren desgraciadamente con mucha frecuencia. La estimación en que tiene su fe, que conoce, es superior á todos los ataques de la incredulidad, le hace mirar con desprecio las risas de los libertinos y la reviste de heroico valor contra cualquier tentación de respeto humano. Su perfecto conocimiento de la religión, á la par que

la pone en condición de confundir y hacer callar á los vanos y pretenciosos llamados espíritus fuertes, la concilian el respeto y la estimación de cuantos la rodean (1). Cuando la mujer llega á ser esposa y madre, si está instruida en la religión conoce los medios oportunos é industriosos que debe poner en práctica para mantener la fe ó restablecerla en su propia familia, para esculpirla indeleblemente en el corazón de sus hijos, para rebatirla en el espíritu de un esposo incrédulo ó indiferente; sabe, en una palabra, hacer reinar á Dios en todos los corazones y en todos los entendimientos, por el conocimiento de la verdad y del bien. Todo se rinde á la poderosa á la par que dulce influencia de una mujer de tales cualidades, y mientras al parecer ella obedece, en realidad reina como soberana, y á todos se impone sin apa-

(1) Lo que decimos aquí no debe parecer contrario á lo que dejamos dicho en un capítulo anterior de este libro, esto es, que no conviene que la mujer entre en disputas sobre materias religiosas; pues allí se trataba de la mujer sin ilustración religiosa y aquí se trata de la mujer profundamente instruida en la ciencia de la religión.

rentarlo siquiera. Oh! repitámoslo con el sabio de la Escritura: «Una mujer de tan hermosas prendas embellece su casa como el sol embellece el universo con sus refulgentes resplandores. Es como una antorcha puesta sobre un candelabro, que irradia en torno suyo los encantos de la santidad.»

He recordado el ejemplo de las mujeres primitivas del Cristianismo. ¿Y podría encontrarse acaso algún ejemplo más hermoso y oportuno para animar á las mujeres de nuestros tiempos al estudio de la religión? La historia de los primeros siglos de la Iglesia nos muestra bien claramente en cuanta estimación era tenida la ciencia religiosa por el sexo devoto y con cuanto anhelo la cultivaban. Aquellas venerables matronas, aquellas santas viudas, aquellas doncellas se complacían en la lectura de las Sagradas Escrituras, las aprendían de memoria, se empeñaban en conocer el verdadero sentimiento de todas sus frases, y con devota y santa impertinencia rogaban á los doctores de la Iglesia las ayudasen en su empresa. Santa Paula, según

lo atestigua San Gerónimo, «sabía de memoria las Santas Escrituras, y aunque amaba la historia y comprendía que era el fundamento de la verdad, seguía sin embargo con especial predilección el sentido espiritual, y bajo este techo defendía el edificio de su alma. Quiso la santa aprender el hebreo, y llegó á poseerlo de tal modo que cantaba en este idioma los salmos, y lo hablaba sin ayuda del latín. Lo mismo sucedía con su santa hija Eustaquia.» Santa Marcela, con tanta frecuencia trataba con el mismo Santo Doctor sobre las Escrituras, que llegó á conocerlas tan bien como él mismo; de manera que cuando se suscitaban dudas ó controversias sobre algún pasaje de los Libros Santos, se recurría á su juicio. Otro tanto podríamos decir de las Melanias, de las Olbinas, de las Olimpias, y en fin de todas aquellas grandes é ilustres mujeres, quienes, como vimos al principio de este libro, tantas maravillas realizaron en beneficio de la Iglesia y de la sociedad. Todas conocían á fondo el Cristianismo, todas penetraban sus gran-

dezas, todas defendían la verdad de sus dogmas, la pureza de su moral y de su disciplina, no solamente con su palabra ilustrada sino también con la santidad de sus costumbres y el ardor de su celo. ¿Qué extraño es, pues, que tales mujeres fuesen el martillo de los herejes el sostén de los creyentes, el auxilio de los Pontífices, la gloria y el orgullo de la Iglesia de Jesucristo?

Mujeres católicas, permitidme os diga con San Gerónimo: « Leed á menudo, aprended mucho. » Leed las Santas Escrituras, que Dios ha dado al hombre cual precioso tesoro de inagotable piedad y celestial doctrina, y no queráis ser del número de aquellos católicos que parece quieren acreditar con su ejemplo la calumnia de los herejes, de que la Iglesia prohíbe á los fieles la lectura de la Biblia; como si la Iglesia pudiese temer la palabra de Dios, habiendo ella nacido de Dios. Si habéis tenido la suerte de aprender el latín, elegid entre los libros de los Santos Padres aquellos que os sean indicados como más á propósito para conocer el

Cristianismo y para penetraros de su espíritu. Por último, no descuidéis los autores católicos modernos, y especialmente los autores franceses de nuestros tiempos; en ellos encontraréis refutados con admirable lógica y elocuencia los errores más recientes contra la religión (1).

No temáis que tales lecturas puedan producir en nuestro ánimo cansancio ó fastidio. Emprended la tarea del estudio de la religión con interés y amor, y apren-

(1) Para que la Biblia pueda ser leída por los católicos es necesario que la traducción esté aprobada por la Iglesia católica y que tenga notas explicativas. En caso contrario no puede leerse. Las mejores traducciones al castellano son las de Scio y Amat.

Entre las diversas obras de instrucción religiosa que existen, nos permitimos recomendar las siguientes; además de las recomendadas en esta obra: «El Genio del Cristianismo» por Chateaubriand - «El Protestantismo comparado con el Catolicismo» y «Cartas á un escéptico en materias de Religión» por J. Balmes - «La Religión» por V. Santiago de Castro - «La Civilización» por Pelegrin Casabó - «Respuestas á las objeciones populares» por Segur - «El Matrimonio Cristiano» por M. Dupanloup - «Religión y Ciencia» por el P. Cámara - «La Mujer Fuerte» y «La Mujer Piadosa» por Mons. Landriot - «Vida de Santa Mónica» (obra excelente) por Mr. Bougaud. «La Virgen María según el Evangelio» - La Virgen María y el Plan divino» por Augusto Nicolas. (*Estas obras pueden pedirse á la librería "La Uruguaya," — Uruguay 147. — Montevideo.*)

deréis por vuestra propia experiencia que nada hay tan hermoso y amable como el estudio de la verdad, el cual alegra el corazón á la par que ilumina y dirige la mente.

CAPITULO OCTAVO

La hija católica

MISIÓN DE LA MUJER CATÓLICA EN SU CARÁCTER DE HIJA.—MEDIOS DE QUE HA DE VALERSE LA HIJA CATÓLICA PARA LLENAR SU MISIÓN EN EL SENO DE LA FAMILIA.

I

La familia es al Estado y á la Iglesia lo que es la raíz al árbol, el manantial al río, y el cimiento al edificio: el Estado recibe de la familia los ciudadanos, la Iglesia recibe los fieles.

En un sentido más profundo y por una razón más elevada puede decirse que la familia es la sociedad más importante.

«Hacer al hombre lo que es y lo que se-

rá ¿no es, por ventura, preparar infaliblemente la gloria ó la ignominia, la felicidad ó la desdicha del mundo?» Así comprendiaba un escritor con energía y precisión la importancia, la influencia y la misión *terrible*, como él la llama, de la familia (1).

Ahora bien, ¿qué puesto ocupa la mujer en esta sociedad doméstica, cuya acción es tan vital y poderosa en el Estado y en la Iglesia? Se ha dicho que la mujer es el magisterio de la familia, como el padre es su monarca, y el hijo el súbdito: por lo que á nosotros toca, considerando siempre á la mujer bajo el punto de vista religioso, como lo hemos considerado hasta aquí, diremos que la mujer es el apóstol y el misionero de la familia, destinado por Dios para mantener en el santuario del hogar el fuego sagrado de la fe y de la virtud, ó encenderlo de nuevo, si hubiese sido apagado por el soplo maléfico del error y del vicio.

Conservar la familia en las ideas cristia-

(1) Gaume, Historia de la sociedad doméstica.

nas, hacer á la familia cristiana. Hé aquí, pues, vuestra digna y noble tarea, hijas, esposas y madres católicas.

Pero ¿cuáles serán los medios más oportunos para llevar á cabo estas dos importantísimas obras? Esto es lo que ahora vamos á examinar. Y para tratar con orden este punto consideraremos á la mujer en cada uno de los tres estados en que ordinariamente se divide su vida; viendo primero que puede y debe hacer como hija, después como esposa, y finalmente como madre y cabeza de la familia.

Nadie debe extrañar que comprendamos también á la hija católica en este Apostolado. Es verdad que su influencia parece á primera vista de ninguna importancia, si se tiene presente que generalmente hablando en nuestros días, sin haber pasado aun las jóvenes los años de la adolescencia, pasan ya á ser esposas; sin embargo, no creemos inútil ocuparnos aunque sea brevemente de ellas: primero, porque no todas dejan tan pronto la casa paterna, y muchas pasan en ella toda su vida; y segundo, porque muchas veces los

santos ejemplos y las suaves exhortaciones de piadosas é inocentes niñas son más eficaces para persuadir la virtud que los discursos bien trabajados y los más convincentes razonamientos (1).

Es más fácil conservar la familia en las ideas cristianas, esto es, animarla y fortalecerla en el bien que ya posee, que hacerla cristiana si no lo es; puesto que es más difícil destruir el reino del mal y hacer florecer de nuevo en ella la virtud y la religión, porque es claro que menos trabajo se requiere para conservar lo que ya se posee, que adquirir lo que jamás se ha tenido ó lo que se ha perdido alguna vez.

Ahora bien, hija católica, si tu has tenido la dicha de nacer de padres virtuosos y amantes de la religión, nada te queda que hacer sino secundarlos con gozo y amor. No pongas jamás obstáculos á la santidad de sus intenciones, no te muestres jamás

(1) ¿Quién no tiene conocimiento, por ejemplo, de la dulce Eugenia de Guerin, cuyos escritos, publicados no hace muchos años, conmovieron dulcemente toda la Francia, y que fué el ángel de la Providencia, para conducir de nuevo á Dios al alma de su querido hermano Mauricio?

opuesta á la sabiduría de sus mandatos, procurando por el contrario hacer ver que te complaces en reconocer el beneficio que la Providencia te ha hecho haciéndote nacer en el seno de una familia que conoce á Dios y que le ama; toma parte en sus buenas obras, propónles siempre que puedas hacer alguna obra buena, aprovechando para ello del afecto que te profesan. Con esta conducta habrás hecho cuanto Dios exige de tí, habrás cumplido tu misión en la familia.

Pero si por el contrario, como ordinariamente sucede hoy, tus padres no tienen de católicos sino el nombre, ó á lo más, una fe débil, vacilante, imperfecta, incapaz de producir obras de virtud verdaderamente cristiana; una fe que en la práctica no merecería otro nombre sino el de incredulidad ó escepticismo, entonces tu tarea, hija católica, es mucho más ardua, entonces necesitas gran valor, gran fortaleza, gran fe, sobre todo. Necesitas valor para no abatirte ante las dificultades; necesitas fortaleza para permanecer firme en la virtud no obstante los ejemplos con-

trarios que quizá tendrías que ver, necesitas gran fe para apartar tus ojos de tu debilidad natural y fijarlos solamente en Dios, creyendo que él quiere y puede servirse de tu humilde persona y apostolado para el bien y salvación de aquellos mismos que te dieron la vida material de que gozas. ¡Feliz de tí, hija católica, si habiéndote dado ellos la vida del cuerpo, tuvieses tú la dicha de darles una vida más valiosa, la vida moral, la vida del espíritu, la vida de la gracia!

La plegaria, la oración constante, es el primer medio que tú debes emplear para tener buen éxito en tan grande empresa. Ah! la oración es el arma poderosa del apostolado de la mujer católica. Sí, es á los piés de un crucifijo, ante la imagen del Hombre Dios, víctima de amor por la humanidad degradada y culpable, donde la mujer encuentra fuerzas para amar y hacer bien á aquellos mismos cuya indigna conducta es la primera causa de sus amarguras, de sus suspiros, de sus secretas angustias. Allí implora la mujer, como la hermana de Lázaro, la resurrección y la

vida para sus hermanos, y sus lágrimas, llevadas por las manos de ángeles hasta el trono de la misericordia divina, caen nuevamente del cielo convertidas en benéfica lluvia para fecundar la tierra de sus áridos corazones. Desconozcan cuanto quieran los impíos la eficacia de la oración, llamen humillación y bajeza del hombre el vuelo sublime que eleva hasta Dios el espíritu humano; las almas creyentes, en el tesoro de su gran caridad, tendrán también para ellos una plegaria, y bendecirán quizá algún día esta plegaria que hoy desprecian, porque la gracia del arrepentimiento, atraída por la plegaria del justo, se derrama sobre la tierra y produce frutos de penitencia y de virtud.

Ora, pues, hija católica, y ora constantemente por tí y por tus padres; implora para tí valor á fin de no decaer en tus santos propósitos; implora para ellos luz, á fin de que conozcan la verdad, gracia para que la amen, fortaleza y ánimo para que la abracen y la sigan. Arrójate con confianza en los brazos de tu Padre celestial, da expansión á tu corazón en la presencia del

Señor, y él enjugará tus lágrimas, y no permitirá que queden fallidas tus esperanzas.

El ejemplo es el medio más eficaz para persuadir el bien, especialmente cuando se le ve en la edad de la juventud. Oh! ¡qué lección tremenda aunque tácita, y qué poderosa amonestación para las personas de edad avanzada, la virtud de aquellos que, siendo menores en años, los superan en juicio y bondad! Hé aquí, por tanto, hija católica, un medio que no debes abandonar y que te será de magnífico resultado para despertar en tus padres el amor del bien. Procura mostrarte siempre piadosa, que te vean firme siempre en la fe, siempre humilde, afable, modesta, obediente á sus mandatos é indicaciones, enemiga de todo vicio, amante de toda virtud. Procura ser espejo de prudencia y de cordura aun á aquellos que debieran serlo para tí; concúete, en fin, de tal manera que tu conducta destruya las preocupaciones que tus padres puedan tener contra la religión y la piedad.

Mas, para que obtengas todo esto, acuér-

date de lo que antes dijimos de la verdadera devoción, pues un error en esta materia sería suficiente tal vez para echar á perder todos tus esfuerzos en el desempeño de tu misión de hija católica.

La obediencia y la sumisión, virtud muy propia de tu estado, influirán mucho para restablecer la piedad en el espíritu de tus padres. La obediencia y la sumisión no deben tener otro limite en tí sino la voluntad de Dios: queremos decir que debes obedecer siempre los mandatos de tus padres cuando no sean opuestos á la ley de Dios. Si tus padres no gustan de verte emplear mucho tiempo en la oración, debes abreviarla, contentándote con elevar á Dios tu corazón donde quiera que te encuentres. Si exigen de tí un vestir más elegante, sújete á su parecer, y, con tal que se observen las leyes de la modestia, viste según su gusto. Aplícate de buena voluntad á cualquier estudio ú ocupación que ellos te exijan; procura, en fin, hacer siempre su voluntad y ofrecer á Dios el sacrificio de tus propias inclinaciones.

Si tus padres te ordenasen algo clara-

mente contrario á la ley de Dios, no debes obedecerlos; pero es necesario que al rehusar obedecer, lo hagas con el respeto debido, de modo que comprendan ellos que tu resistencia á sus mandatos no proviene sino de la voz de la conciencia, la cual nos enseña que debemos obedecer á Dios antes que á los hombres. Quizá tu resistencia merezca reprobación y recriminaciones de parte de tus padres, pero tú no debes oponer sino la dulzura y la mansedumbre. Es indudable que es doloroso tener que pasar por tales trances, pero ellos serán provechosos; pues con la constancia conseguirás influir felizmente sobre el espíritu de tus padres.

Procura atraerte siempre su afecto, dando todo género de pruebas de filial piedad, teniendo presente que el ser muy amada de tus padres te allanará el camino para lograr tu santo intento. Cuando tus padres sufran alguna desgracia ó alguna enfermedad, entonces será la ocasión más oportuna para darles pruebas de tu veneración y de tu amor. No es necesario usar simulación ó artificio. La naturaleza y la reli-

gión han impreso en tu alma el amor hacia tus padres, tú profésales y muéstrales ese amor para su propia salvación.

II

Cuando veas que has conquistado el corazón de tus padres, comienza á obrar más directamente, esto es, no solo dando ejemplos de virtud por tu parte, sinó por medio de alguna exhortación; però procurando que esta exhortación jamás tome otro tono que el de una respetuosa y cordial plegaria. Acuérdate que eres hija y que tu apostolado no debe pasar jamás los límites del respeto y de la sumisión. Cuida de no proferir jamás palabra alguna áspera ó represiva, pues aunque la dijese con la mejor intención del mundo, en tí sería siempre reprehensible, y en vez de ser útil para tus padres, les sería perjudicial. Por grande que sea la estimación que tus padres tengan de tí y por grande amor que te profe-

sen, jamás debes creerte autorizada para tratarlos como á iguales y mucho menos para dominarlos como á súbditos.

Cada vez que tus padres se muestren complacientes á tus piadosos deseos, manifiéstales todo el gozo que anima tu corazón, y toma por el contrario un aire de modesta tristeza si alguna vez les oyes palabras contrarias á la religión. De este modo el deseo de verte contenta y el temor de entristecerte serán dos motivos poderosos para alejarlos del mal y atraerlos al bien. Ni creas que esta condescendencia, aunque inspirada por fines meramente humanos, no sea útil á tus padres; pues, como dice un autor, el evitar el mal es siempre un paso hacia el bien, sea cual fuere el motivo, con tal que sea lícito.

Si el cielo te ha dado hermanos y hermanas, procura merecer su confianza y atraerlos con tu trato cariñoso, de modo que viendo en tí su mejor amiga, te franqueen su corazón y sigan de buena voluntad tus sabios consejos. Si son menores que tú, te será fácil infundir en sus tiernos corazones el amor de la virtud, y sembrar

en ellos la semilla de los sanos principios, que si bien es muchas veces sofocada en el curso de la vida por las espinas de las pasiones, tarde ó temprano se desarrolla y produce su fruto. Quizá el cielo te tiene reservada para muy en breve la misión sublime pero terrible de madre, y te proporciona la ocasión de adiestrarte en esta misión bajo el techo paterno. Este noviciado, fecundo en sí mismo, te hará comprender de antemano la gravedad de tus futuros deberes, iniciando tu espíritu en los misterios del sacrificio, que es toda la vocación de la maternidad.

Necesitas aun mayor magnanimidad si tu virtud, lejos de ser comprendida y apreciada por tu familia, es mirada con desprecio, como frecuentemente sucede. ¡ Verdaderamente es dura la posición de una joven virtuosa que ve rechazada y vilipendiada su piedad, como si fuese un delito, contrastadas las más laudables inclinaciones, que diariamente se siente herida en lo que su corazón más fervorosamente ama y estima! Sin embargo, ni aun en tales circunstancias debes abandonar tu em-

presa, hija católica. Si tu voz, no puede hacerse oír porque es despreciada, aun te quedan las armas de la plegaria y del ejemplo, de que debes valerte con perseverancia y fe. Las pasiones y preocupaciones hacen hoy ineficaz tu obra, pero ¿quién sabe si llegará un día en que podrás recoger todo junto copiosamente el fruto deseado? ¿Cuántos cambios no se ven en el curso de la vida? ¿Cuántas circunstancias no producen cambios radicales en las opiniones, en los sentimientos, en los afectos? La desdicha, esta maestra severa, pero con frecuencia útil al hombre, ¿en qué sabios consejos no es ella fecunda? Ah! cuando la prosperidad desaparece y ocupa su puesto el dolor, el corazón busca instintivamente consuelo, no se le presentan entonces las imágenes lisonjeras de los placeres terrenales, ni los compañeros de las diversiones y de los desórdenes, sino que se le pone delante la virtud en toda su encantadora suavidad. Entonces ya no es ésta despreciada ni rechazada; la sonrisa burlona muere en los labios del incrédulo, y extendiendo sus brazos busca quien

pueda conducirlo al punto donde él entrevé toda felicidad. Entonces tú, hija católica, tus virtudes y tus ejemplos seréis recordados: ausente ó presente, serás invocada cual ángel salvador; tu influencia, largamente paralizada, desplegará toda su energía, y tu misión, ardua y gloriosa á la vez, quedará entonces cumplida y triunfante.

No te desanimes, por tanto, vuelvo á repetir, ni ante las dificultades que encuentres ni ante lo lejano del éxito, ni ante los sacrificios que se te exigen. La historia de la Iglesia es rica y pródiga en ejemplos grandiosos de fe, de abnegación y de constancia en personas de tu sexo, de tu edad, de tu condición, siendo esto precisamente uno de los signos celestiales que ponen de manifiesto el origen divino del cristianismo. Las vírgenes de la Iglesia primitiva morían por la gloria y la propagación de la fe. A tí, hija católica, incumbe imitar á aquellas verdaderas héroínas, si no perdiendo como ellas la vida, consagrándola como ellas al fin nobilísimo y santo de sus fatigas y sufrimientos.

CAPÍTULO NOVENO

La esposa católica

MEDIOS DE QUE DEBE VALERSE PARA LLENAR SU MISIÓN. — CUAL DEBE SER SU CONDUCTA PARA CON SU ESPOSO, YA SEA ÉSTE VERDADERO CATÓLICO, TEÓRICO Y PRÁCTICO; YA SEA CATÓLICO EN TEORÍA SIMPLEMENTE; YA SEA INDIFERENTE EN MATERIA DE RELIGIÓN; YA SEA, EN FIN, IMPÍO CONSUMADO

I

El apostolado de la esposa católica se asemeja al de la hija católica bajo varios puntos de vista. La oración, el ejemplo, la sumisión, la dulzura, la longanimidad, forman, en efecto, la base de uno y otro apostolado. La única diferencia que existe es que la influencia de la esposa es ordinariamente mucho más vigorosa y potente

que la de la hija, en razón de aquella especie de igualdad que la doctrina del Evangelio ha establecido en el matrimonio cristiano. Toda la dificultad para la esposa consiste en conquistar el corazón de su consorte. Una vez llegada á este punto, el éxito es seguro, y su imperio queda establecido; el hombre pasa entonces á estar bajo el poder de la mujer, y una sola lágrima ó una simple sonrisa de ésta basta para dominarlo, para dirigirlo. La experiencia diaria demuestra que no hay en lo que decimos ninguna exageración, pues todos los días vemos familias en prosperidad ó en decadencia por la prudencia ó capricho de una mujer.

La esposa católica debe estar bien lejos de la pretensión altanera de dominar á su marido con el exclusivo objeto de eximirse de las leyes de la obediencia que Dios y la naturaleza le han impuesto; pero puede, y aun debe procurar ganarse su afecto y estimación con el objeto de afianzarlo en el bien ó reducirlo á él si estuviese desviado. Así, desdeñando los artificios con que las mujeres vanas y ligeras se atraen la bene-

volencia de sus maridos, ella debe elegir tan solo aquellos medios que sean dignos de la santidad del fin que se propone.

El primero de estos medios es la docilidad y la sumisión á la voluntad, á los deseos y á las inclinaciones de su esposo. La obediencia humilde es deber esencial de una esposa cristiana, es además para ella el camino más seguro para conseguir influencia é imperio. Para que el débil llegue á dominar al más fuerte es necesario que él principie por reconocer su propia inferioridad y se cuide mucho de no demostrar que intenta sacudir su yugo: de otra manera el orgullo no permitiría jamás al más fuerte que se sometiera. Por eso una mujer que pretende sustraerse al dominio del marido, lo encuentra celoso y tenaz en la conservación de sus propios derechos; mientras que la que sumisamente obedece, le ve doblegarse y acceder fácilmente á sus deseos. Livia, mujer de Augusto, preguntaba en cierta ocasión como había conseguido dominar tan completamente á su esposo, el cual sin saber negarle cosa alguna, consul-

taba con ella todos sus proyectos y se servía de sus consejos en los asuntos más importantes del Imperio, respondió: «No uso otra magia ni artificio para ganarme esta voluntad de mi esposo que profesarle sumo respeto en mis palabras y en mis obras, obedeciendo exactamente sus mandatos.»

Aquella mujer, aunque pagana, había comprendido ya la sabiduría de la máxima que una señora de gran mérito inculcaba más tarde á su hija: *Es necesario obedecer para llegar á reinar* (1).

Obedece, pues, esposa católica, puesto que el éxito de tu misión y la misma divina Providencia te imponen esta obligación. Ni quieras limitar tu obediencia á las órdenes formales de tu esposo: debes estudiar sus inclinaciones é interpretarlas, y sujetarte á ellas cual si fuesen expresos mandatos. No te quejes de lo pesado del yugo ni tengas por vergonzoso y molesto el cargarle, pues tú misma te lo impusiste el día que consentiste en

(1) Madame Beaumont.

dar á otro tu fe. Tentar sacudir este yugo, lejos de hacerte libre y feliz, te haría culpable, mientras que el llevarlo con amor te lo hará más suave y ligero. Créelo, la felicidad que es posible sobre la tierra consiste en el cumplimiento del deber; porque así como el vicio lleva consigo mismo la pena, así la virtud lleva consigo el premio.

Procura con toda solitud que reine en tu casa un perfecto orden, la paz y la prosperidad. Salomon alaba á la mujer fuerte, porque en ella descansaba el corazón de su esposo; haz que igual cosa pueda decirse de tí. Sé activa y solícita, y por muy elevada que sea tu posición en la sociedad, no desdeñes cuidar de las cosas de tu casa. No te preocupe tener muchas veces que proceder contra las costumbres muelles del siglo; debe bastarte la aprobación de las personas prudentes, la satisfacción del mérito, y sobre todo el testimonio de tu conciencia y de Dios.

Procura cuidadosamente hacer grata tu compañía á tu esposo, de modo que le sea agradable y no fastidioso estar en casa.

Esto lo obtendrás mostrando un semblante siempre sereno y maneras afectuosas y amables, conformándote con suave condescendencia á su genio, no contristándolo con recriminaciones ó quejas. No imites á aquellas mujeres que crucifican á sus maridos por la más insignificante desatención que creen recibir de ellos. Acostúmbrate á sufrir y á disimular en silencio tan pequeños contratiempos, ó mejor dicho, haz esfuerzos por superarlos con ánimo varonil. Es necesario que aprendas á sacrificarte á tí misma, para que con tu silencio y sacrificio llegues á mantener la paz en el hogar. Tal es la condición de la mujer católica en el matrimonio.

Si tu esposo es víctima de alguna enfermedad ó desgracia, procura aliviar sus penas con tu cariño y afecto; pues entonces precisamente es el momento oportuno para mostrarle que le amas no tan solo de palabras sino de obras. No confíes á otra persona su cuidado; tú misma, en cuanto te sea posible, debes asistirlo y consolarlo. Soporta pacientemente los trabajos que por esto tengas que sufrir, lo mismo que

las exigencias injustas de que en tales casos pueda hacerse culpable para contigo, ni te preocupes demasiado de ellas. La razón recobrará pronto su imperio, y lo verás más arrepentido y afectuoso que antes. La virtud, que todo lo hace y todo lo sufre, es demasiado amable para que pueda dejar de ser amada.

Con estos medios, que apenas he indicado ligeramente, te será fácil insinuarte en el ánimo de tu esposo y ganar á la vez su afecto y su confianza. Guárdate empero de abusar del poder una vez que le hayas conseguido, pretendiendo escasear á tu esposo la sumisión y el respeto, olvidada de la dependencia que le debes. Procura, por el contrario, aumentar tu respeto y sumisión ya por sentimiento, ya para mantenerte en la influencia adquirida. Ten siempre presente que fácilmente se pierde lo que no se posee por derecho sino tan solo por la condescendencia de otro. El afecto y la cortesía de tu esposo es la única base de tu poder, y en tanto durarás en este, en cuanto sepas conservar aquellas. Para conseguirlo emplearás los mismos medios

que pusiste en práctica para conquistar el ánimo de tu esposo: SUMISIÓN—ADHESIÓN—AFECTO.

Establecida así tu influencia, es necesario que para usar de ella sabia y prudentemente, estudies y tengas presente los sentimientos y disposiciones de tu consorte, y según ellos deberás elegir los medios oportunos para encaminarla al fin que te hubieses propuesto.

La sociedad, bajo el punto de vista católico, puede dividirse en cuatro clases de hombres.

A la primera pertenecen todos los que son verdaderos católicos de entendimiento y de corazón, esto es, aquellos que creen y obran como manda la religión.

La segunda se compone de aquellos que, contentándose con creer, absolutamente no se preocupan de hacer que sus obras sean conformes á la fe que profesan.

Pertenecen á la tercera clase, que desgraciadamente es la más numerosa, los indiferentistas, todos aquellos que no consideran buena otra religión sino la que no modera sus opiniones ni pone obstá-

culos á sus inclinaciones extraviadas. Estos mal llamados católicos admiten un dogma porque lo encuentran conforme á la razón, y rechazan diez por que no los comprenden y son difíciles de creer. Espíritus fuertes y libres pensadores á la vez, tienen una compasión acompañada de desprecio por aquellos que ven encerrados en la augusta esfera de los dogmas católicos, y sienten orgullo y se creen felices de poder recorrer á su gusto los campos infinitos de las especulaciones que les presenta la moderna filosofía; y no reparan en sujetar su *libre entendimiento* á los sistemas más extravagantes que ha producido el cerebro humano, con tal que puedan decir que han sacudido el yugo del *Credo Católico* y de la Teología. Sin embargo, como el indiferentismo en las cosas de la religión, bajo este punto de vista, hace sus corazones incapaces de amor y de odio, los libra de una aversión marcada al catolicismo, de modo que más bien lo desprecian que lo odian.

La cuarta clase finalmente abraza á aquellos que unen á la más desenfrenada

impiedad un odio feroz contra todas las religiones en general y en particular contra la católica, que es la que con más autoridad y energía condena sus extravíos intelectuales y morales. Estos hombres no se contentan con despreciar á los que creen, sino que los aborrecen y los persiguen con todas sus fuerzas, sin perdonar los medios más inmorales y ruines, con tal que se trate de revolcar en el fango á la Iglesia, sus ministros é instituciones. Discípulos fieles de Voltaire, no tienen otro sueño, ni otra divisa, que destronar al Dios de los cristianos y entronizar á la humana razón. Hé ahí todo su ideal.

Tu esposo, mujer católica, pertenece necesariamente á alguna de estas cuatro clases de hombres, y no te será difícil conocer en cuál figura.

Si tienes la gran dicha de que pertenezca al número de los verdaderos católicos, recuerda que tú eres el auxilio que Dios le ha concedido, principalmente para que le conduzcas por el sendero del bien.

Por lo cual debes procurar dirigir á este fin todas tus miras, sosteniéndolo, animándolo en sus santas empresas, y compartiéndolas con él en cuanto te sea posible. La manifestación de tu gozo al verlo obrar como católico, el aplaudir sus miras cristianas, el darle prudentes consejos, todo le servirá de estímulo, suave y vigoroso al mismo tiempo, para perseverar y adelantar en el bien. No suceda jamás que una ternura demasiado tímida y egoísta te lleve alguna vez á apartarlo de sus santas obras. Puedes, y aun debes moderar su celo si realmente conoces que se extralimita; pero, disuadirlo de obrar el bien, un bien reclamado por la Iglesia, por su conciencia, por su honor de católico, tan sólo por que tú creas ver en su conducta alguna dificultad ó peligro para el porvenir, sería una cosa indigna de tí, indigna de tu misión de fortaleza y de sacrificio. Recuerda los magníficos ejemplos que tus ojos contemplaron atónitos hace pocos años. Las Pimodan, las Lamoricière, las heróicas madres de los

mártires de Castelfidardo te enseñan como se debe imponer silencio á los reclamos del corazón y triunfar de los afectos, aun más legítimos y santos, cuando Dios y la religión hacen oír su voz omnipotente.

¡Poder sublime é inmortal de la religión! ¿Qué hay más amante, más débil y más tierno que el corazón de una esposa ó de una madre? Y sin embargo nos basta recorrer, no diré las actas de los mártires, ni los anales de los siglos, llamados con razón siglos cristianos, sino pocas páginas, pocas dolorosas páginas de la historia contemporánea, para ver esposas y madres católicas, que animadas de todo el heroísmo de una fe viva y entusiasta, supieron excitar á sus queridos esposos é idolatrados hijos á la más noble pero á la vez á la más peligrosa de las empresas, mantenerse firmes en el momento de la partida, y en presencia de los peligros, saber con resignación sus prisiones, sus heridas, su muerte misma, dando gracias que á costa del prolongado y

oscuro martirio de sus corazones eran madres y esposas de mártires (1).

Esposa católica, ¿te atreverás tú á mostrarte tímida y débil ante tales recuerdos?

Mas, quizá Dios no quiere que tu misión sea tan suave y fácil, pues tal puede llamarse la misión de la mujer á quien la Providencia concede un esposo digno de ella, no obstante los sacrificios que aun entonces requiere. Quizá el Señor te ha destinado á una tarea más laboriosa y ardua, dándote por compañero á un hombre con quien no armonizas ni en índole ni en sentimientos, ni en creencias; á un hombre que no ama lo que tu amas, que no estima lo que tú estimas, ni obra como tú obras. ¡No importa! Resígnate á tu suerte, ora,

(1) La ilustre escritora hace alusión aquí al valor denotado de las madres y esposas que veían marchar con júbilo á sus hijos y esposos á combatir en defensa del poder temporal de la Santa Sede.

Hubieron esposas heroicas en aquellas circunstancias que respondían en presencia de sus hijos: Vé; si Dios te inspira este sacrificio, parte, y si es necesario muere: Dios cuidará de nosotros!... Monseñor Dupanloup, en la "Oración fúnebre de los voluntarios católicos de la Armada pontificia."

confía, y trabaja por ganarlo para la virtud y para Dios.

Si tu esposo pertenece á la tercer clase de hombres de que acabamos de hablar, esto es, si conservando la fe, no practica los preceptos de la religión ni arregla su vida según la fe, aun puedes llamarte feliz. Un corazón en que no arde aun la llama de la fe, es un corazón que fácilmente sana, porque encierra en sí el principio saludable que continuamente lo impulsa á una feliz reacción. Tu cuidado en este caso debe ser favorecer el desarrollo de este principio, impulsándolo, animándolo, dándole vida; de modo que haciéndose irresistible, se sujeten de nuevo á su imperio la índole, las pasiones y los sentimientos de tu compañero.

Para arribar á este resultado es necesario ante todo que procures atraerlo con destreza á la práctica de la religión, que probablemente ahora no observa. Esto podrás hacerlo de muchos modos, ya rogándole cumpla con sus deberes de católico, ya haciendo que tome parte en tus prácticas de piedad, como sería, por ejemplo,

acompañarte á la iglesia cuando tiene lugar alguna función ó sermón, leer contigo algún buen libro, orar juntos por un breve tiempo; cuidando siempre de principiar por poco, á fin de conducirlo insensiblemente hasta el punto que deseas. Si él se resiste á tus pedidos, no por eso te dejes arrebatarse de un celo amargo é indiscreto, sino que con palabras afectuosas debes mostrarle tu dolor y la inquietud de tu corazón en verle tan lejos de Dios. Hé aquí como escribía á su hermano Mauricio la virtuosa Eugenia de Guérin: «Amigo mio, yo quisiera verte orar como buen hijo del Dios bueno. ¿Qué te costaría? Tu alma es naturalmente amante, y ¿qué es la oración sino amor? Un amor que nace del alma, como el agua de la fuente. . . . Mi corazón está afligido por tí. . . . no me creo bastante santa para convertirte, ni bastante fuerte para arrastrarte. Dios tan solo podría hacerlo. Yo se lo pido con fervor, pues de esto pende mi felicidad.» Este lenguaje es sin duda un modelo de consejo y de amonestación; con una palabra que va directamente al corazón, sin herir la suscepti-

bilidad, se obtiene lo que se quiere. Tales deben ser, esposa católica, tus amonestaciones y consejos.

En los coloquios familiares con tu esposo procura introducir de cuando en cuando alguna conversación sobre el deber que tiene el católico de ser consecuente en su conducta á las máximas de la fe que profesa, sobre la belleza, la suavidad, el gozo de la virtud, el placer inefable de que se goza en el amor de Dios y del prójimo, compendio maravilloso de toda la ley. Llama igualmente su atención sobre la vida infeliz y agitada que pasa el culpable, sobre la deshonra que con su conducta atrae á la religión y á sí mismo, y finalmente sobre la terribilidad del destino que la divina justicia le depara en la otra vida, después de breves años de desórdenes y de remordimientos.

Mas, es necesario que aun en esto procedas con suma delicadeza, evitando las alusiones demasiado marcadas, y en una palabra, evitando todo aquello que pudiese despertar y ofender el amor propio de tu esposo. Conviene también que estas con-

versaciones jamás sean largas ó demasiado frecuentes, y mucho menos que sean imprudentes y fuera de tiempo; sino que es necesario buscar el momento oportuno, y especialmente aquellos momentos de buena disposición en que, mostrándose él más afectuoso, te sea más fácil insinuar en su corazón el bien que deseas.

Cuida también de no tomar en esta predicación que podríamos llamar doméstica, un aire de mando, como quien hace de maestro, pues esto para nada serviría, sino para ofenderlo ó irritarlo. Una conversación familiar y expansiva, en la cual abriéndose tu ánimo confidencialmente al compañero de tu vida, le hagas participante de tus pensamientos y reflexiones, de tus esperanzas y de tus temores, hé aquí lo que te conviene y de lo que podrás esperar los mejores resultados.

Procura, en fin, que algunas veces te acompañe en tus prácticas de caridad, de modo que gustando las dulzuras de esta virtud, abra su corazón á sentimientos más puros y santos. Y aquí debes hacer que sus pensamientos se eleven, de manera

que vea en el pobre á quien socorréis, no tan solo á un sér infeliz, á un semejante oprimido, sino algo de más sagrado y venerado, la imagen misma del Salvador de la humanidad. ¡Ah! la caridad, esta virtud sobrehumana, que pudo cambiar un día la faz de la tierra; que asaltando al coloso del egoísmo, identificado en el paganismo, lo revolcó en el lodo con todos sus vicios, con todas sus abominaciones; esta virtud sobrehumana, repito, nada ha perdido, á través de los siglos, de su eficacia divina. Póngase el alma bajo sus celestiales influencias, acostúmbrese á amar á sus semejantes con aquel amor que Jesucristo trajo á la tierra, y esta alma, aunque fuese la más indigna y culpable, pronto se purificaría y renovaría como el fénix al contacto de aquel fuego divino. La caridad, reflejo de la pureza eterna, no se mancha en el corazón impuro en que penetra, sino que su contacto la sana, su presencia la santifica. Tú, esposa católica, verás pronto transformado á tu esposo, si consigues encender en su pecho el fuego sagrado de la caridad.

II

La tercera clase de hombres de que hemos hablado, son sin duda los más difíciles de reformar, porque la falta de fe hace ineficaces para ellos muchos argumentos que en el alma extraviada pero creyente, tienen una fuerza poderosa para apartarla del mal. Si, pues, tu esposo, mujer católica, pertenece á esta clase de hombres, sería un error seguir la línea de conducta que acabamos de trazar. ¿Para qué invitarlo á cumplir con los deberes religiosos, si él los desprecia como producto de la ignorancia ó de la impostura? ¿Para qué entrar en discusión con él sobre las verdades de la fe, si él las considera como fantasmas, inventados para mantener al hombre en el orden y evitar la anarquía de la sociedad? ¿Qué efecto producirían en él los más santos discursos, sino provocar por su parte risas y burlas contra los más augustos misterios?

Una vez que la inteligencia del hombre

se ha apartado de la verdad, aunque sea á consecuencia de la corrupción del corazón, me parece una ilusión creer que basta hablar para hacerse entender. El extravío del entendimiento y la corrupción del corazón, son dos enfermedades que mutuamente se ayudan y mutuamente reaccionan contra los remedios que les proporciona la fe. Si se convence el entendimiento, se sublevan y reclaman las pasiones: si el corazón se conmueve, el entendimiento opone su orgullo y sus dudas. En consecuencia es necesario combatir á uno y otro simultáneamente, romper la alianza fatal entre el error y el vicio, escudar, en una palabra, el corazón del incrédulo de la influencia del orgullo.

El ejemplo de tu vida, esposa católica, bastará por sí solo para llenar una gran parte de este programa, la que se refiere á insinuar el amor á lo justo. Y en efecto: ¿quién no se conmueve ante una virtud sublime, siempre la misma, siempre amable, siempre serena? ¿Quién no se sentirá arrastrado á amar esta virtud, cuando, no solamente en abstracto, sino en la prác-

tica se presenta tan útil y hermosa, tan fecunda en felicidad? En esto consiste precisamente la fuerza del ejemplo, á saber: en hacer primeramente amable la persona, y en seguida hacer amar insensiblemente la virtud misma. El amor á la virtud será un fuerte estímulo para llegar á la práctica de la virtud, puesto que el hombre desea siempre lo que ama, y trata igualmente de conseguir siempre lo que desea.

La elocuencia silenciosa del ejemplo debe ser, pues, tu primera arma para lograr tu intento, esperando que algún indicio de un cambio favorable te abra la puerta á la exhortación y al consejo. Si tú quisieses principiar por hablar, tus palabras caerían en el vacío, ó por lo menos no producirían impresión durable. Mas si el ejemplo va adelante, si tú demuestras que, en efecto, la religión y la piedad no son esas cosas despreciables, inútiles y aun dañosas de que la incredulidad habla constantemente, tú podrás con razón esperar ser escuchada cuando llegue el momento de hablar. La preocupación suele estar de ordinario tan radicada, mostrarse

tan tenaz, que en vano se intentaría superarla con palabras: los argumentos pocas veces la mueven, solamente los hechos la anonadan.

En cuanto á la reforma del entendimiento, si tú estás enriquecida con aquella instrucción sólida y profunda de que hablamos en otro lugar (1), podrás emplearte ventajosamente en iluminar el entendimiento de tu esposo, introduciendo algún discurso familiar, claro y sencillo, sobre la verdad y elevación de las creencias católicas, y su incontestable superioridad á todos aquellos sistemas que se esfuerzan, aunque vanamente, en destruirlas.

Procura de una manera particular defender á la religión de los absurdos y errores de que sus enemigos se empeñan en hacerla aparecer culpable. Preséntala bajo su verdadero aspecto, y haz ver con la autoridad de la historia cuantos bienes ha reportado ella en todos los tiempos á la sociedad; como ella ha realizado verda-

(1) Véase el capítulo VII de este libro.

deramente la dignidad del hombre, conduciéndolo como por la mano en el sendero de la civilización y progreso; como toda tentativa por separarse de la religión ha sido siempre señalada por un decaimiento fatal y una tendencia hacia aquella barbarie que, vencida tan solo por la virtud de la cruz, vuelve á reaparecer aunque bajo formas diversas, toda vez que son atacados aquellos principios que le dieron muerte hace diez y nueve siglos. Todo esto se ignora demasiado, ó no se conoce lo suficiente, por aquellos que son incrédulos bajo la palabra de otros, como los que hemos colocado en la tercera clase de católicos, y que podemos llamar *incrédulos de buena fe*. La ignorancia religiosa entra por lo menos en la proporción de tres á uno en su incredulidad, de modo que disipando la ignorancia desaparecería necesariamente la incredulidad. Y aquí es precisamente donde se deja ver la utilidad de la instrucción religiosa en la mujer católica, pues esta instrucción la pone en condiciones de poder iluminar el hogar con la luz de la verdad por medio de una especie

de predicación doméstica, evitando así uno de los principales obstáculos que podrían oponérsele en la regeneración espiritual de su familia.

Hay otro medio, siempre utilísimo, pero que se hace indispensable cuando la esposa carece de la instrucción necesaria: es el procurar frecuenten la casa personas ilustradas y católicas, las cuales, en el simple carácter de visitas, auxiliien con sus luces y su cooperación á la realización y buen éxito de tu empresa. «Una de las santas industrias de estas misioneras de la familia, escribía el célebre P. Ventura, hablando de las mujeres de Francia, es la de atraer á sus casas con las más vivas instancias á las personas más notables por su ciencia y su fe, sin distinción de seculares ni eclesiásticos, y bajo el pretexto de ser ellas mismas instruidas, inducirlos á desenvolver y probar los dogmas más importantes del Catolicismo, haciendo así que las personas que no concurren al templo se instruyan en la religión.

El P. Jamin, en su célebre tratado *Del modo de manejarse en el mundo por lo que*

respecta á la religión, amaestrando en la persona de Escolástica á todas las mujeres cristianas á quienes hayan tocado esposos incrédulos, las exhorta á alejar de su casa insensiblemente con su indiferencia á todos aquellos falsos amigos que envenenaron el ánimo de su esposo ó que pueden arrastrarlo á sus errores, y á procurar rodearlo de personas doctas y virtuosas que, á la vez que se diviertan con él, lo edifiquen é instruyan con sus palabras y ejemplos; de este modo, añade el mismo autor, acostumbrándose á escuchar el lenguaje de la verdad, comenzará poco á poco á gustarlo sin siquiera apercebirse de ello; tanto más que no es cosa rara ver que cambiando de sociedad se cambia pronto de modo de pensar.

Si consiguieses apartar á tu esposo de las malas lecturas, habrías andado con esto solo la mitad del camino; mas es muy difícil que puedas llegar pronto á este resultado, que importa para muchos un verdadero sacrificio, si no empleas medios extraordinarios. Uno de los principales de estos medios sería, á mi en-

tender, inducirlo á oponer al veneno el antídoto, mediante la lectura de los admirables libros con que tantos valerosos campeones de la verdad defendieron y defienden hoy mismo á la Iglesia en las guerras que contra ella suscita sin cesar el espíritu de la mentira. Este antídoto, siendo empleado con sinceridad y buena fe, servirá no tan solo para destruir en él los efectos de las malas lecturas, sino que hará le sean verdaderamente nauseabundas en adelante. En efecto: si el error se presenta solo y bajo formas seductoras, sorprende fácilmente á los espíritus inexpertos é incautos haciéndose aceptar por verdad; mas si esta formidable y siempre victoriosa adversaria se le pone delante, y hace brillar sobre el error uno solo de sus divinos rayos, entonces se disipa inmediatamente toda su belleza, y la mentira aparece en toda su horrorosa deformidad. ¡Ojalá los que con tanta ansia buscan y leen los libros contrarios á la religión, se dignasen hojear siquiera ligeramente las obras inmortales que la defienden! Mas generalmente no

es así. Tratándose de religión, para nada se cuida de la imparcialidad y la justicia; no se cree necesario escuchar á ambas partes; se sentencia absolutamente en favor de la incredulidad contra la fe, y se cree que con proceder tan contrario á la razón y al buen sentido se da una prueba de despreocupación é inteligencia!

Á la saludable influencia que las lecturas de buenos libros ejercerá sobre el ánimo de tu esposo, debes procurar añadir, mujer católica, la influencia aun más vigorosa de la predicación católica. La Francia de nuestro siglo debe en gran parte á esto el haber recobrado la fe, y no se puede negar que en ello tuvieron una parte importantísima las mujeres católicas de aquella nación, cuyo celo, verdaderamente digno de ser presentado como modelo, nada omitió para hacer resaltar el mérito de los grandes oradores que la Providencia suscitó para tan noble empresa. Tú debes hacer cuanto puedas por atraer á tu esposo al templo toda vez que prediquen oradores capaces de iluminarlo, de conmoverlo, de convencerlo. Ni desesperes si al principio

los escucha tan sólo como lo hacen los incrédulos con el desprecio en el corazón y la sonrisa en los labios. Muchos que así se burlaban de la palabra de Dios, fueron al fin vencidos por el poder divino de esta palabra y sometidos al imperio de la cruz.

¿Qué diremos á la mujer católica, si su esposo pertenece á la cuarta clase de hombres de que hemos hablado, enemigos de toda religión y de Dios? Pocas palabras le diremos, y estas podían compendiarse en una sola — ORAR — ¡Ah! sí, la conversión de esas almas pertenece de tal modo á la Providencia que casi no admite, especialmente al principio, ninguna humana cooperación. Es necesario hablar á Dios mucho de esas almas antes que hablarles á ellas de Dios. No quiero decir que no deba la esposa poner en acción toda su influencia para apartar á su consorte del mal sendero y atraerlo al camino de la virtud y de la verdad; sino que es prudente abstenerse de toda palabra, de toda exhortación demasiado directa con el objeto de convencerlo de la verdad de la religión antes que la divina gracia haya comenza-

do á obrar en su corazón. Valor, sin embargo, ¡oh esposa católica! El Creador es bastante poderoso por sí solo, y sería un grandísimo error desesperar de aquellas empresas que él por sí mismo quiere llevar á cabo. Quizá llegue el día en que el cielo solicite tu concurso, á saber, cuando tu esposo, despojado en parte por lo menos, del odio que inflama ahora su corazón contra todo lo que es religión, se encuentre en disposición de prestar oído á la voz de tu amor y de tu fe. Entonces, en los medios que te hemos indicado tendrás una norma para obtener éxito en tu noble empresa. Esperar en silencio la hora de la misericordia divina, apresurarla con tus votos y fervientes plegarias, hé aquí cuál debe ser entre tanto tu tarea, oh esposa católica.

CAPÍTULO DÉCIMO

La madre católica

I

Hacerse cargo del hombre apenas nace al mundo y es regenerado á la gracia; encaminarlo en el sendero de sus altos destinos, y defenderlo de los enemigos que ponen asechanzas á su candor é inocencia; hacerle sentir la influencia de lo justo y de lo verdadero, elevando sus miras, pensamientos y afectos á la fuente de la eterna verdad y eterna justicia, que es Dios; esculpir indeleblemente en su corazón el amor al bien, el horror al mal, la estimación á la virtud, la abominación del crimen; fortificarlo y ponerlo á salvo para toda la

vida contra todas las seducciones y todos los peligros; hacerlo, en una palabra, digno de Dios, de quien es hijo; de la Iglesia, de que es miembro; del cielo, de que algún día será ciudadano: hé aquí á qué trascendentales y altos deberes llama la Providencia á la mujer cristiana desde el momento que le concede poderse llamar madre.

Sería sin duda inútil demostrar la grandeza, la importancia y la fecundidad incomparable de la misión de madre. Ninguno ha dudado jamás que infundir la virtud en las almas, es la más alta de las misiones; ni tampoco que la madre, que enseña á su tierno infante sobre sus rodillas, ejerce sobre aquel tierno corazón la influencia más poderosa y durable que sea posible concebir.

No es ciertamente mi intención desenvolver aquí todos los deberes de una madre cristiana, ni siquiera todos aquellos que se desprenden de la misión, esencialmente moralizadora, que ella está llamada á desempeñar para con sus hijos, pues para esto sería necesario todo el vastísimo

campo de la educación, tarea que ni mis fuerzas, ni los límites de este librito me permiten emprender. Me satisfaré, pues, con tocar los puntos que juzgo de mayor importancia, y en cuanto á los demás remito á mis lectoras á tantas excelentes obras que sobre tan grave materia se han publicado en todos tiempos.

El primer deber de una madre es aceptar en toda su plenitud la misión que el cielo le ha confiado, inspirándose valerosamente en el sacrificio, que abraza todas sus leyes. ¡Ah! sí, desde el momento en que la mujer cristiana estrecha contra su pecho á ese pequeño sér á quien ha dado la vida, contrae una serie de graves deberes, que la naturaleza y Dios juntamente le imponen. Placeres, reposo, tranquilidad, muchas veces las diversiones más inocentes, todo, absolutamente todo debe sacrificarlo si quiere elevarse hasta la cumbre de la dignidad de sus propios deberes. Sin abnegación de sí misma, es imposible que la madre sea fiel á su alta misión.

«La educación, ha dicho un orador, es

el complemento necesario de la maternidad (1).» La madre cristiana, penetrada de esta gran verdad, no debe confiar á nadie el sagrado privilegio de educar el corazón de sus hijos y formarlos en la virtud; ni se alucine la madre cristiana creyendo que álguien podría sustituirla dignamente en tan importante y difícil tarea, á pesar de que esa persona reúna las mejores condiciones y tenga las intenciones más santas; porque la naturaleza, al destinar á la madre para ser la primera institutriz del hombre, la ha dotado de un poder tan misterioso sobre el corazón de los hijos, que en vano se buscaría en otra persona cualquiera.

Cuide sobre todo la madre católica de la inocencia de sus hijos, y mire esta virtud como el más precioso tesoro, sin ahorrarse diligencias á fin de impedir que empañe la malicia su angelical candor. Procure prolongar en ellos cuanto sea posible aquella feliz ignorancia del mal

) El progreso por el Cristianismo, por el R. Padre Félix.

que ya en el Edén hizo la felicidad de nuestros primeros padres. No escuche la voz de aquellos que dicen se debe hablar de todo á los niños, aun del mal, con el objeto de que conociéndole se preserven de él y le huyan, ¡como si fuese posible que tuviesen los niños la fuerza que para esto fuera necesaria, siendo así que frecuentemente carecen de ella los mismos adultos! Es necesario, por el contrario, apartar á los niños de toda mala compañía, de todo lugar donde puedan aprender lo que no deben ni seguir ni amar; y hacer que vean buenos ejemplos, obras santas, personas de piedad y virtud. En una palabra, es necesario cuidar que aprendan pronto el bien, pero el mal lo más tarde posible. No tardará en llegar el tiempo que tendrán que conocer el mal; mas ya que esto es inevitable, que sea cuando desarrollada la razón y arraigados en sus almas los principios de la fe, se encuentren dispuestos á luchar contra las seducciones del vicio y del error.

No debe esperarse á vigilar sobre los hijos cuando avanzados un tanto en edad,

parecen estar más aptos á recibir y conservar las buenas ó malas impresiones. Quintiliano, aunque gentil, enseñaba que no se debe descuidar al niño aun cuando está en los brazos de su nodriza. «Es cosa digna de observación, dice á este respecto una distinguida escritora moderna, la solicitud extraordinaria y verdaderamente admirable que mostraron siempre por sus hijos aun en la más tierna infancia las madres cristianas de que nos habla la historia. ¿Nosotros estaremos por ventura en error sobre este punto? ¿Si mucho de lo que leemos y que al parecer hemos ya olvidado, deja sin embargo en nuestro espíritu huellas tales que luego se manifiestan cuando se presentan ideas análogas, no podría suceder que ciertos sonidos, ciertas palabras, ó la vista de ciertos objetos por más que no sean comprendidas por el niño, produzcan sin embargo cierta sensación y graben en su espíritu ciertas imágenes que á pesar de ser oscuras y confusas se consoliden y desarrollen con él más tarde? Hay muchos ejemplos psicológicos de nombres, de lenguajes, de memorias ador-

mecidas y por consiguiente sujetas á determinadas condiciones del sistema nervioso, que no pueden atribuirse sino á impresiones recibidas en los primeros dias de nuestra existencia.»

Á fin de ser constante en su vigilancia, procure la madre cristiana tener siempre presente la terrible amenaza del divino Salvador. «El que encandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le fuera atarse al cuello una piedra de molino y arrojarse en lo más profundo del mar.» Recuerde que estas palabras, si bien fueron dirigidas á todos, lo fueron de una manera especial á las madres cristianas, á quienes Jesucristo confió plenamente las almas de los pequeñuelos que creen en él, de modo que un día las entreguen de nuevo, puras y sin manchas, á su divino Creador. ¿Qué delito no sería, pues, para una madre que olvidada de la preciosidad del tesoro que se le ha confiado permitiese su deterioro? ¿Quién más que ella se haría acreedora en tal caso á los terribles efectos de las amenazas del Divino Maestro?

Procura, madre cristiana, hacer conocer á tus hijos la existencia del Sér Supremo que los ha criado y hacer que sus corazones le amen, apenas sean ellos capaces de estos actos. Durante el día se te presentarán mil ocasiones para arrojar en sus inocentes corazones este gérmen precioso, que fecundará toda su vida. Las bellezas de la naturaleza, á que son naturalmente sensibles; la bondad de los alimentos, la utilidad de los animales, las ventajas del vestido, las comodidades de la vida, serán otros tantos motivos de que podrás aprovecharte para enseñarles á conocer y amar á Dios, con tal que cuides recordarles con frecuencia que es su mano benéfica la que ha criado para ellos todo lo que los sustenta, los protege y los alegra. Estos objetos sensibles, como que producen gran impresión en el espíritu de los niños, son para ellos como una escala misteriosa que los conduce hasta Dios, haciéndoles concebir de él una idea, la más grande á la vez que la más afectuosa, en cuanto sus débiles inteligencias lo permiten.

II

Al mismo tiempo que sus inteligencias se desarrollan, enséñales diligentemente las demás verdades de la religión, procurando que las aprendan no tan solo de memoria y sin entender su sentido, como generalmente sucede, sino que, en cuanto sea posible, las entiendan y graben profundamente en su espíritu. No te contentes por tanto en hacerles aprender de memoria el catecismo, mas añade siempre aquellas explicaciones claras y sencillas que les hagan comprender las verdades en él contenidas.

Más tarde, cuando crezcan tus hijos en edad é inteligencia, debes cuidar de ampliar tú misma esta instrucción; evitando caer en el grave error de aquellos que mientras ponen gran empeño en que sus hijos aprendan idiomas extranjeros, la literatura, la música y otras artes y ramos del saber humano, descuidan completamente el sagrado deber de instruirlos en

la religión. No pretendo reprobar que los varones adquieran una profunda y vasta instrucción, ni me opongo á que las niñas adquieran todos los conocimientos que exige la cultura y el desempeño de la misión, que más tarde pueden tener que llenar en la sociedad. Lo que repruebo y condeno es, que baste esta instrucción, que podríamos llamar puramente civil, para formar buenos ciudadanos, fieles esposas y celosas madres, si á esta instrucción no va unido el conocimiento de la religión y de las máximas de la moral cristiana. Es indudable que el hombre para resistir al impulso de las pasiones, y la mujer para sobreponerse á la debilidad de su propia naturaleza necesitan de algo más que los conocimientos literarios y científicos. La educación, la civilización, la filosofía misma, son frenos muy débiles para los malvados instintos del corazón humano, cuando no van asociados con pensamientos de un orden más elevado, con consideraciones más firmes y poderosas. Ni viene al caso citar ejemplos de hombres que fueron honrados, aunque irreligiosos; de mu-

jeros prudentes, aunque incrédulas: una violenta tentación, una circunstancia difícil, hubiesen sido quizá suficientes para liacer caer el edificio de sus virtudes, basado sobre movediza arena. Pero aun prescindiendo de esto, es indudable que semejantes casos no forman sino raras excepciones, que en nada desvirtúan la regla general. En efecto: si se examina en su conjunto una sociedad donde reina el ateísmo ó el indiferentismo, por ejemplo, la sociedad francesa del siglo pasado, y en gran parte, la sociedad moderna del presente; ¿quién podrá alabar su honradez, su moralidad, su cultura y suavidad de costumbres? ¿No es cierto que el ardiente patriotismo de nuestros hermanos de allende los Alpes, querrían borrar, aun con sangre, si fuese posible, la página infame con que los secuaces de Voltaire mancharon la historia gloriosa de su nación? ¿No es verdad que no hay cristiano sincero, digno verdaderamente de tal nombre, que no llore amargamente la vergüenza y el oprobio con que la inmoralidad, siempre creciente, cubre el rostro de la patria?

Estas observaciones no tienen ciertamente el mérito de la novedad; mil veces han sido ya repetidas no tan solo por todos aquellos que aman la religión, sino por los que se preocupan simplemente del bien del hombre. Pero, en frente de las amenazas incesantes de la impiedad, la cual bajo el pretexto de reivindicar la libertad y la dignidad humana, quisiera ver destruido el baluarte que defiende solo á una y otra eficazmente; cuando hace pocos años vimos á un obispo combatir en una asamblea de católicos, las doctrinas que tienden á establecer el ateísmo en el seno de la familia bajo el pretexto de concordia conyugal, juzgamos no será superfluo recordar como, quitado el fundamento religioso, la sociedad se degrada, se embrutece, y se suicida.

Que la instrucción religiosa ocupe, pues, el principal lugar en la educación de tus hijos, esposa católica. Ni me digas que aunque sea necesario hacer á los hijos sólidamente virtuosos y piadosos, puede esto obtenerse sin instruirlos profundamente en la religión. Hablando en gene-

ral, esto podrá ser cierto, y lo prueban tantos héroes de la Iglesia que, habiendo nacido en la oscuridad de la condición humilde, supieron elevarse á un alto grado de santidad y perfección con el solo conocimiento del catecismo. Mas, teniendo en cuenta el estado actual de nuestra sociedad, creo no basta contentarse con un conocimiento tan limitado y superficial de la religión. Los jóvenes y niñas no siempre permanecerán al lado de sus padres, á la sombra de santos ejemplos y piadosas enseñanzas. Tiempo llegará en que lanzados en medio del mar tempestuoso del mundo, verán convertidos en objetos de burlas y blanco de los ataques de una impiedad desenfrenada, los principios que mamaron con la leche. El sofisma y el respeto humano, de común acuerdo, desarrollarán toda su fuerza é infernal energía para destruir los fundamentos de sus creencias, ó por lo menos, para obligarlos á no manifestarlas exteriormente. ¿Cómo podrían ellos en tal caso defenderse de tantos enemigos si un conocimiento profundo de la religión

y una alta estimación de sus dogmas y preceptos no los ponen en salvo contra los falsos argumentos de los adversarios, haciéndoles concebir al mismo tiempo un noble desprecio de las burlas insensatas de los libertinos? ¿Cuántas veces no vemos naufragar la fe de muchos porque no estando suficientemente iluminados por la instrucción, no tuvieron qué oponer á las aparentes razones de la incredulidad, ó no supieron estimarse lo bastante para sobreponerse con desdén santo á las risas con que se pretendía inducirlos á burlarse de sí mismos? No permitas, madre cristiana, que tus hijos corran tan gran riesgo: cuando se trata de conservar el más precioso tesoro, ninguna cautela puede llamarse exagerada.

Haz que no solamente tus hijos, sino también tus hijas unan á la instrucción religiosa una sólida instrucción civil. Sobre este punto tendrás ocasión de oír diversos y opuestos pareceres, pues la educación de la mujer es aun una materia controvertible. Unos, en efecto, quisieran á la mujer tan instruida como

al hombre; otros, por el contrario, no quisieran verla ultrapasarse los límites del hogar, encerrándola en la estrecha esfera de los quehaceres domésticos, hasta el punto de creer que es envilecerla sacarla de este terreno. Yo creo que estas dos opiniones tan extremas, son igualmente viciosas, y la primera más perjudicial que la segunda. Es indudable que nuestro sexo no fué destinado por el Criador para las altas especulaciones de las ciencias, pero sí para el gobierno de la familia. Y así vemos que la mujer fuerte de que nos habla Salomón, no es alabada porque tuviese profundos conocimientos filosóficos ó literarios, sino porque activa y solícita, «se levantaba muy de madrugada, y distribuía los alimentos á la familia y á los criados;» porque «en ella reposaba tranquilo el corazón de su esposo;» y finalmente porque «extendiendo sus manos á obras fuertes, no cesaban sus dedos de manejar el huso y la lana.» En mi concepto, pues, es un gravísimo error engolfar la mente de las niñas en estudios demasiado elevados y ajenos á

su condición, desde que esto, ordinariamente, les quita el tiempo y el deseo de adquirir aquellos conocimientos que, no tan solo son útiles sino necesarios á su estado, las hace vanas y altaneras, y les hace parecer cosa despreciable ocuparse en trabajos propios de su sexo y cuidar con diligencia de su familia, como si estas ocupaciones, que constituyen verdaderamente la honra de una mujer prudente y virtuosa, fuesen indignas de la cultura de sus inteligencias y de la elevación de sus pensamientos. Sin embargo es también un error gravísimo caer en el extremo opuesto, y por temor de formar mujeres vanas y pagadas de sí mismas, dejar crecer las niñas en el idiotismo y la ignorancia. La instrucción, cuando es sólida y bien ordenada, es un adorno valioso en la mujer, añade importancia y esplendor á sus virtudes, y le da facilidad para insinuar el bien, porque la instrucción le atrae gran estimación de la sociedad, que poco suele apreciar las dotes del corazón cuando no van unidas á las de la inteligencia.

III

Entre estos dos extremos elige, madre cristiana, el justo medio. No ambiciones para tus hijas la fama de eruditas, ni dejes tampoco por eso de enriquecer sus inteligencias con una laudable y bien ordenada instrucción (1). Un diligente estudio del idioma propio, de la historia, de la geografía y de algún idioma extranjero que les sea más útil, podrá bastar para el fin indicado (2). Si es de tu agrado que aprendan alguna de las bellas artes, como la pintura ó la música, cuida que tales estudios no la distraigan de las otras cosas de mayor importancia, sino que empleando en aquel estudio tan sólo el tiempo que le dejan libre los demás, se acostumbren á considerarlo como inocente diversión, de la cual sólo

(1) Además de las nociones de lectura, escritura, aritmética, catecismo, economía doméstica, labores y costura.

(2) En cuanto al estudio de la religión nunca estará demás.

deben usar con sobriedad y discreción. No permitas que aprendan el baile; muéstrate fuerte en este propósito, ni te muevan á lo contrario los ejemplos ó consejos de otros. Ya sé que este consejo parecerá demasiado severo y escrupuloso á aquellos cuya fácil moral, completamente penetrada del espíritu licencioso del mundo, dicen y enseñan que el baile es una diversión lícita y del todo inocente; pero la moral católica, y aun simplemente la moral de la gente prudente, tienen acerca de esto una opinión bien diferente. El distinguido moralista Blanchard pone el baile entre las principales causas de la corrupción de las costumbres, y para apoyar su opinión cita el testimonio de tres personas cuya autoridad, como él dice, no puede ser rechazada. La primera es el cortesano Bussi Rabatin, quien afirma que «creyó siempre muy peligrosos los bailes, no tan solo por el dictado de su propia razón, sino por la experiencia que de ello había adquirido en la corte. Si los viejos fuesen á los bailes, añade, serían ridículos, y los jóvenes no pueden ir sin exponerse á graves peli-

gros.» La segunda es el Sr. Craville. Éste, aunque muy inclinado á permitir muchas diversiones á los jóvenes, se expresaba así: «la madre que conduce á sus hijas al baile, sin tener en cuenta los peligros innumerables que las rodean, muestra que más busca la satisfacción de los sentimientos de su corazón que la virtud de su familia.» Finalmente, la señora Beaumont, austriaca, que tanto ha escrito acerca de la educación de la juventud, condena absolutamente el baile, y aconseja á las jóvenes á que se abstengan de él por amor á la pureza é inocencia de sus corazones (1).

Si todo esto es cierto, como la experiencia diaria lo manifiesta demasiado, ¿por qué no se quita á la juventud la ocasión de tomar parte en tan peligrosos placeres, desterrando completamente el baile?

En la elección de maestros, sé, madre cristiana, sumamente vigilante, y ten por cierto, que nunca lo serás bastante, siendo tantos, especialmente en estos tiempos, los peligros que amenazan por este lado

(1) Blanchard, Escuela de costumbres.

á la juventud católica. Si tu posición te lo permite, procura, aunque sea con algún sacrificio, que tus hijos sean instruidos en tu casa y bajo tus propios ojos. De esto sacarás dos utilidades: su inocencia, en primer lugar, estará libre de los inminentes peligros en que la pone la compañía de los otros niños, no siempre bastante virtuosos y bien criados; en segundo lugar, aunque los maestros no sean completamente buenos, no se atreverán á proferir en tu presencia ninguna palabra anti-religiosa ó impropia. Pero si esto no te es posible, no olvides la grave sentencia dictada por una pluma augusta: «Más vale no enviar los niños á la escuela que enviarlos adonde su religión encuentre un peligro (1).» Y nada más justo, puesto que el error es peor y más pernicioso que la misma ignorancia. Debes pues procurar que tus hijos tengan maestros como los exigía un gran padre de la Iglesia: «de regular edad, de vida ejemplar, de recono-

(1) Carta de Su Santidad Pío IX al señor Arzobispo de Friburgo.

cida ciencia (1).» Y si sucediese que tu buena fe fuese engañada, y te apercibieses haber confiado la educación de tus hijos á personas indignas de tan noble misión, no dilates un solo instante remediar el mal: aleja inmediatamente de tus hijos á los criminales que pretendan corromper sus corazones y extraviar sus entendimientos. ¡Ay de tí si fueses negligente en el cumplimiento de este deber sacrosanto! Una vida de amargura y de llanto podría ser para tí, como lo ha sido para tantos otros, la pena de tan vituperable descuido.

La educación del corazón no es menos importante que la de la inteligencia, antes al contrario, aquella es el fin principal y primario de ésta; pues la utilidad de la ciencia no consiste sino en enseñarnos á practicar el bien, no siendo la ciencia sin virtud sino una fuente de orgullo y de pecados. Este es pues el punto á que debes dirigir, madre católica, todos tus cuidados, todos tus esfuerzos, toda tu solicitud. Criar á tus hijos en la virtud, haciendo que eche

(1) San Gerónimo, en su carta á Leta.

ella en sus corazones tan profundas raíces, que todas las vicisitudes de la vida no puedan jamás separarlos del camino de la religión que siguieron en la juventud.

El ideal de la virtud se encierra completamente para el cristiano en la esfera religiosa. La Iglesia y el Evangelio no constituyen para él tan sólo la regla de la fe, sino también la norma absoluta de la moral; ni puede un cristiano considerarse virtuoso sino cuando todos sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, se encuentran en todo conformes con los mandamientos de estos moderadores supremos. El alma cristiana no desprecia las virtudes puramente humanas y filosóficas, antes las estima, como que en sí mismas son buenas. Mas no fija sus miras en estas virtudes, sino que elevándose hasta Dios, norma perfectísima é infalible de la verdad y del bien, busca en él la perfección á que aspira. Buscar la virtud por la virtud misma, es propio de un filósofo pagano: buscar la virtud en Dios y por Dios, es la tarea incesante del alma cristiana.

Que el Evangelio y la Iglesia sean tu guía, oh madre cristiana, en esta parte tan esencial como delicada de tu misión. No te contentes con que tus hijos sean honrados: haz que sean cristianos. La estimación de la sociedad, el amor á la reputación y á la gloria mundanas, no son los verdaderos motivos con que debes estimular á sus hijos á la práctica de la virtud. La esperanza de una felicidad eterna, el temor de una condenación sin remedio, y sobre todo el amor de Dios, Criador, Redentor y Conservador de los hombres, serán medios mucho más eficaces para excitar odio al vicio y amor á la virtud; y solamente estos motivos pueden hacer las virtudes verdaderamente cristianas, pues éstas no pueden llamarse tales sino cuando son inspiradas por un motivo sobrenatural y tienden á un fin igualmente sobrenatural.

IV

Es necesario que en este tu apostolado cuides de evitar los extremos. No seas

negligente ni te contentes con poco, pero cuida también de no hacer ni exigir demasiado. Sé firme en la consecución de lo que es necesario, mas no exijas de tus hijos una perfección que supere su edad y su razón. No te fatigues con exhortaciones muy largas y frecuentes, ni con hacerles permanecer en la iglesia muchas horas. Esto solo serviría para hacerles fastidiosas y nauseabundas las prácticas religiosas. Tu estudio debe dirigirse á desarrollar aquel instinto de piedad que Dios ha puesto en el fondo de todos los corazones; acostumbrarlos á considerar la oración no como un deber pesado y enojoso, pero sí como una dulce necesidad del alma, la cual viéndose á sí misma pobre y afligida, busca en el seno del Criador auxilio y confort. Anímalos á la oración con tu ejemplo, haciendo que con frecuencia te vean orar, y diles que no encuentras jamás consuelo sino en Dios. En todas las circunstancias, así en los goces como en las aflicciones, enséñales á recurrir al Señor, ó para darle gracias por los favores recibidos, ó

para implorar su protección y amparo. El espíritu de oración, infiltrado de este modo, por decirlo así, en sus corazones juveniles, los preservará, cual bálsamo precioso, de la corrupción del pecado. El alma que ora, y ora en cumplimiento de un deber, jamás podrá ser una alma perversa.

Habla á tus hijos con frecuencia de los misterios augustos de la religión, y principalmente de aquellos en que resalta de una manera especial la bondad y amor de Dios hacia el hombre. Preséntales constantemente la imagen del Salvador, niño en Belén, adulto en Galilea y Judea, agonizante en el Calvario; y en la pobreza del establo, en los sudores de la predicación, en los tormentos de la pasión, de los espasmos de la agonía y la muerte del hijo de Dios, enséñales cuanta es la gravedad del pecado, la preciosidad del alma, la importancia incomparable del negocio de la salvación eterna, y sobre todo, la caridad infinita de la víctima divina, que se ofreció á tan atroz holocausto por nuestra salvación. ¡Oh! con

cuanta más elocuencia habla al corazón del niño la imagen del hombre Dios y la simple narración de sus hechos y de sus sufrimientos, cuyo origen no fué otro sino su amor por la humanidad, que las largas y eruditas disertaciones morales! ¡Qué cuadro tan conmovedor y tierno ofrece la madre cristiana que encerrada en su pieza y rodeada de sus hijos les da estas lecciones, que ya regeneraron la faz del Universo! La madre cristiana, apóstol á la vez de la civilización y de la religión, infunde en la sociedad aquel principio regenerador único capaz de levantarla á la altura de los destinos que el Criador le asignó, y de malignas influencias la hicieron descender para sumergirla en un abismo de degradación y de males. « Todo hombre que lleva á Cristo, dice un célebre orador francés, es á su vez llevado por Cristo, y se eleva con él á la medida que en él crece Cristo (1). »

Pon toda atención en corregir en tus hijos todo defecto, en arrancarles toda mala

(1) R. P. Félix. El progreso por el Cristianismo.

inclinación apenas se presente. No te dejes engañar de la ilusión, tan común en tantas madres, quienes creen que con la edad y el desarrollo de la razón los hijos conocerán por sí mismos sus defectos y enmendarán de ellos. ¡Como si fuese más fácil arrancar una encina secular que un tierno arbusto! Esculpe en tu mente la máxima de una de las más ilustres matronas cristianas — santa Francisca Romana — quien respondía así á los que criticaban el que reprendiese á sus hijos y tratase de corregirlos de sus defectos desde muy pequeños. «El dominio de sí mismo y el hábito de refrenar las pasiones debe adquirirse desde la niñez, y solamente así podrá producir maravillosos frutos en el curso de la vida.» Apártate de la indulgencia cruel de aquellas madres que se conducen con sus hijos como Dionisio, tirano de Siracusa. Éste para satisfacer el odio cruel que abrigaba en su pecho, no usó de duros tratamientos para con su hijo, sino que lo dejó abandonado á sus propios caprichos é inclinaciones. Mandó que nada se le negase de cuanto pidiese, fuese bueno ó ma-

lo; que nadie le reprendiese ó contradijese, sino que, por el contrario, todos le alabasen y aprobasen su conducta por extraviada que fuese. Con semejante proceder obtuvo el tirano sus bárbaros desig-
nios, pues el niño educado de esta manera, se precipitó en los más escandalosos desórdenes; y más tarde, cuando habiendo sido restituido á su padre, éste quiso reformar la índole perversa y pésimas costumbres de su hijo, prefirió la muerte á la virtud, y se suicidó. Ten siempre ante tu vista, madre cristiana, tan terrible ejemplo. Teme ser tú misma el tirano de tus hijos, toda vez que movida de una piedad que no sabríamos si calificar de necia ó de cruel, dejes de corregirlos y castigarlos oportunamente desde su infancia. Ama la dulzura y las maneras suaves más que el rigor y los castigos; pero cuando no basten aquellos medios, recuerda la sentencia del Espíritu Santo. «La vara y la corrección producen la sabiduría, por lo que un niño abandonado á su voluntad, cubre á su madre de rubor.»

V

Mientras te ocupas así en combatir el vicio en el corazón de tus hijos, y en inspirarles aquel odio sublime del mal moral que el cristianismo, según la expresión de un célebre orador francés, enseña á sus secuaces (1) empéñate también en sembrar en ellos los gérmenes del bien. Estudia sus inclinaciones, y procura radicar profundamente en sus corazones las que encuentres buenas, valiéndote de aquellos medios con que la religión ayuda tan poderosamente lo que encuentre de recto en nuestra naturaleza. No te contentes con inspirarles tan solo aquellas virtudes que hasta los mismos mundanos estiman, como el valor, la magnanimidad, la prudencia, sino también y principalmente aquellas que el mundo no conoce pero que la religión estima sobremanera, tales son la

(1) A. Cochin. Discours á la Société d'Education de Bruxelles.

humildad, la paciencia, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos. La virtud de tus hijos debe ser toda cristiana, toda católica; por lo que es necesario aprendan desde niños á despreciar las máximas del mundo, siendo virtuosos no según la filosofía, sino según el Evangelio.

La caridad, compendio de todo el cristianismo, debe ser la virtud que con preferencia y especial empeño inculques á tus hijos; enseñándoles á aborrecer el egoísmo, á sacrificarse á sí mismos al bien de sus hermanos, si fuese necesario. Que los pobres sean para ellos no objetos de aversión y desprecio, sino de tierno afecto, de compasión sincera, y aun me atrevo á decir, de sagrada veneración. Hazles entender que socorrer las necesidades del pobre, consolarlo, protegerlo, no es solamente un deber imprescindible, sino que es á la vez una de las más dulces satisfacciones del corazón. Que tu ejemplo los anime á tan sublime virtud, mostrándote siempre solícita en atender á los desgraciados, y haciéndote acompañar por ellos en tus obras de caridad, de modo que, gus-

tando los secretos encantos de esta virtud; nazca en sus pechos un santo é insaciable deseo de practicarla. Recuerdo haber leído que el fuego de la caridad tiene el divino poder de renovar hasta las almas más contaminadas con el soplo impuro del vicio. Siendo esto así, ¿qué poder no tendrá para santificar aquellos corazones inocentes que tan solo se abrieron á las celestiales impresiones de la virtud y de la piedad?

El respeto humano en los jóvenes, y el amor á la moda en las niñas, son dos pasiones perniciosas que, si no se las combate á tiempo, destruyen por su base la virtud. El joven, que al abandonar por vez primera el techo paterno se ve de repente asediado no solamente de ejemplos contrarios á los que sus ojos estaban acostumbrados á ver, sino también de halagos y atractivos, que aceptados le traen aplausos, y despreciados le acarrean desprecios, si en tales circunstancias no se encuentra bien fortificado contra este género de persecuciones, que por cierto no son menos formidables para su fe que las que iban acompañadas de torturas y el patíbulo; si no está prepa-

rado para este martirio moral, fácilmente olvidará las lecciones de su infancia, y ahogando en su pecho los remordimientos de su conciencia, se alistará bajo las banderas de los enemigos de la fe.

No puede esperarse otra cosa cuando las acciones más inmorales y deshonorosas son con frecuencia el precio infame con que la inexperta juventud compra una paz y una alabanza de las cuales la una importa vergüenza y la otra insulto, pero que tienen sobre los espíritus débiles una influencia terrible que nadie puede poner en duda.

El amor desenfrenado de la moda produce en las señoritas efectos no menos perniciosos. No bien una joven se deja dominar por esta pasión, se disipa, se hace caprichosa, descuida por completo sus deberes. Frívolos pensamientos ocupan sin cesar su mente, y sus conversaciones, expresión de sus ideas, no revelan sino ligereza y vanidad; para semejantes jóvenes el retiro es una pena insufrible, las santas costumbres de la familia les parecen pesadas é insoportables, tan solo el deseo de

aparecer, de agradar, de frecuentar la compañía de las de su edad, llena y arrastra sus corazones. Y ¿quién podrá enumerar ni ponderar las terribles consecuencias de estos principios tan poco temidos como formidables? Desde luego, la piedad, la modestia, el pundonor; después los más sagrados deberes, las afecciones de familia, y hasta el reposo de toda la vida, todo se sacrifica é inmola á los piés de este ídolo. Aun más: los reveses de fortuna, las catástrofes más dolorosas, los más graves excesos, no tienen generalmente otro origen sino que la vanidad de una mujer.

Sobre tí, oh madre cristiana, pesa el sagrado deber de apartar á tus hijos de tantos peligros con tu vigilancia, con tus cuidados, con tus amonestaciones. Para prevenir en tus hijos el respeto humano podrás poner en práctica los medios siguientes: 1.º Repíteles con frecuencia estas grandes máximas: «Es vergonzoso en un cristiano temer manifestar la fe que tantos millones de mártires confesaron intrépidamente entre crueles tormentos.» El Salvador no

reconocerá por discípulos suyos á aquellos que no le reconozcan á él delante de los hombres; y se avergonzará delante de su Eterno Padre de aquellos que se avergonzaron de él delante de los hombres. « Es vileza dejarse dominar por una sonrisa burlona y ocultar sus propias convicciones: es por el contrario conducta digna de alabanza la de aquellos que claramente las manifiestan, las sostienen y defienden, generalmente en presencia de sus amigos.» No es indicio de debilidad creer y profesar lo que creyeron y profesaron los más grandes genios de todos los tiempos. 2.º procura infundir en sus corazones una alta estima y un afecto entrañable por la religión, lo que podrás obtener principalmente mediante una profunda instrucción religiosa, que revele á sus inteligencias todo cuanto el catolicismo encierra de grande, de benéfico y de sublime. 3.º Jamás toleres que se dejen dominar por el respeto humano ni aun en las cosas insignificantes y acostúmbrales por el contrario, desde sus primeros años á despreciar las bur-

las de los enemigos de la religión y á practicar públicamente los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

En cuanto á tus hijas, el primer deber es combatir en ellas la peligrosa pasión que poco antes indicaba, y esto con tu mismo ejemplo, porque vanamente te lisonjearías de poder vencer en ellas la vanidad si ellas viesan en tí esta misma vanidad. Debo advertir aquí que no entiendo por vanidad el vestir según la posición que uno ocupa en la sociedad, pues según el Angélico doctor santo Tomás, esto pertenece más bien á la virtud de la verdad, en cuanto que se manifiesta por los adornos exteriores la condición de la persona. Debe tenerse presente también el consejo del dulce san Francisco de Sales, quien dice «que se debe permitir más adornos á las niñas, por cuanto lícitamente pueden desear agradar más á uno con tal que no sea con otro fin que el de un santo matrimonio.» La vanidad, según aquí la considero, es aquella pasión que induce á usar trajes y adornos más ricos de los

que convienen á la condición de la persona, ó demasiado frívolos, de excesivo aparato, ó no conformes á las santas leyes de la modestia y recato. También es vanidad pensar y hablar demasiado del modo de vestirse y adornarse, como si fuese ésto cosa de gran importancia y casi dándole la trascendencia de una de las más graves ocupaciones de la vida.

VI

Sentado esto, hé aquí otros medios, á mi parecer muy eficaces, oh madre cristiana, para conseguir tu objeto: 1.º No alabar jamás en tus hijas la hermosura ó la gracia, ni permitir que otros lo hagan en su presencia. 2.º Procura que conciban un profundo y prudente desprecio de la vanidad femenil, imprimiendo en su corazón desde la infancia mis-

ma la máxima de la Escritura: «Falaz es la gracia y vana la belleza; la mujer que teme al Señor será quien merezca alabanza. 3.º Háblales con frecuencia de los males espirituales y materiales que produce siempre la pasión de la vanidad. 4.º Sepáralas de la compañía de las niñas frívolas y vanas. 5.º Haz que estén siempre ocupadas en cosas útiles, porque así como la ociosidad engendra ideas ligeras y frívolas, así el trabajo, sobre todo el mental, es fecundo en graves y santos pensamientos. 6.º No permitas usen trajes ó adornos vanos, ó poco modestos, y cuando veas en ellas alguna inclinación á esto, refrénala cuanto antes, obligándolas á usar un traje más positivo y humilde. 7.º Procura, en fin, que desde sus más tiernos años pongan en práctica el precepto del Apóstol: «Asimismo oren las mujeres en traje honesto, ataviándose con modestia y sobriedad, y no con cabellos encrespados, ó con oro, ó perlas, ó vestidos costosos, sino como corresponde á mujeres que demuestran piedad por sus buenas obras.»

La elección de estado es cosa de altísima importancia, como que de él pende en gran parte, puede decirse, de que la conducta de toda la vida sea buena ó mala, recta ó extraviada. Hay muchísimos ejemplos de personas que se extraviaron en un estado, mientras en otro hubiesen sido indudablemente virtuosas y santas: ni debemos maravillarnos de esto, porque el Señor al dar á cada uno el sér, le dió también las tendencias, la capacidad y la virtud conformes al estado á que le destinaba, las cuales dotes no pueden ciertamente ser á propósito para otro estado elegido caprichosamente ó impuesto por la fuerza. Tu principal deber pues, oh madre cristiana, es no omitir medio á fin de que tus hijos procedan sabiamente en asunto de tanta importancia.

Yo me dirijo aquí á mujeres católicas, hablo á madres cristianas, y sería por consiguiente superfluo que me detuviese á demostrar que no tan sólo el matrimonio, sino también el estado eclesiástico y religioso son buenos, santos y ordenados igualmente por Dios al bien de la socie-

dad. Un alma verdaderamente católica no puede de ningún modo participar de las preocupaciones, de los errores, y mucho menos de los odios y rencores de que estos dos últimos estados suelen hoy ser objeto. Bien sabe la persona católica que si el matrimonio es necesario para la conservación del género humano, también es necesario haya quien, separado completamente del mundo y consagrado al culto divino, se haga mediador entre Dios y el hombre, encamine á la humanidad por las vías de la verdad y de la justicia, y haciéndose en cierto modo participante de los atributos de la Divinidad, derrame sobre la tierra el perdón y la paz, ó que, ejemplo de pobreza, de castidad y de obediencia, presente al mundo corrompido un espectáculo sublime de virtud, un reproche severo de sus vicios, cure con caridad sus llagas, y llorando los pecados del pueblo entre el vestibulo y el altar, aplaque la justicia airada del Señor. Mas, no será superfluo exhortar á las madres, aun cristianas, á respetar la libertad que Dios dió á sus hijos acerca de la elección de estado,

pues es demasiado sabido que muchas, por intereses mundanos, por extralimitada afición, que yo llamaría egoísmo, y no con poca frecuencia también por una piedad mal entendida, se hacen árbitros de este sagrado é inalienable derecho de sus hijos, induciéndolos á abrazar un estado contra su voluntad y para el cual no se sienten llamados.

Es, pues, de todo punto necesario, madre cristiana, que te persuadas que en manera alguna te es lícito valerte de tu autoridad ó influencia para imponer á tus hijos un estado ó inducirlos á él. No puedes bajo ningún pretexto empujarlos, por decirlo así, al claustro ó al altar, cuando su voluntad lo rechace; ni puedes igualmente forzarlos al matrimonio, cuando Dios los llama á otro estado. Tampoco te es lícito obligarlos á permanecer en el siglo, cuando una voz misteriosa, hablando á los corazones, les impone como á Abrahán, que abandonen su casa y su parentela para consagrarse por completo al Señor. ¡Es una odiosa tiranía, abominable ante Dios, atraer ha-

cia la tierra los corazones que él llama y atrae hacia el cielo!

Tu misión, pues, madre cristiana, no es otra en cuanto al estado de tus hijos, sino ayudarles á conocer los designios divinos á este respecto, y conformarte á ellos una vez conocidos. Enséñales desde temprano á considerar la elección de estado como cosa de alta importancia y á implorar del cielo luz para no errar el sendero que la Providencia les ha marcado. Haz que para conseguir esto empleen los medios que prescriben los santos Padres de la Iglesia, á saber, el tiempo, la oración y el consejo de personas sabias y prudentes. Tú, mientras tanto, muéstrate indiferente á cualquier estado que se inclinen; pues la manifestación de tus deseos sobre el particular, por lo menos podría inducirlos á tener en vista en su elección más tu voluntad que la divina.

Una vez que hayan conocido ellos cuál es su vocación y tu prudencia la haya probado lo bastante, empéñate en apartar todos los obstáculos que pudiesen im-

pedir su realización. Y si fuese necesario para esto sacrificar tus deseos, tus miras, tus inclinaciones, ea! sobreponete á tí misma, y sacrificalo todo en aras del sagrado deber que te impone la naturaleza y la religión. Si tu piedad te hacía desear verlos consagrados al Señor, consuélate viéndolos llamados á otro estado. Sara y Abrahán en la antigua ley; santa Mónica, santa Paula y san Luis rey de Francia en la nueva, no fueron menos justos ni menos aceptos á Dios por haber vivido en santo matrimonio. Si por el contrario el Señor los eligiese á todos para sí, exigiendo de ellos el sacrificio de sí mismos, y de tí el sacrificio de tus afectos, ea! retempla entonces con la fe tu valor cristiano para no mostrarte indigna de tan gran beneficio. ¿Qué otra cosa mejor podía haberles deseado tu amor que verlos consagrados al Señor y hechos, por decirlo así, su exclusiva propiedad? Entonces, en efecto, los ves libres de todo aquello en que tu maternal amor veía para ellos un escollo: peligros, caídas, perversión, remordimientos. Las madres

de los primeros siglos de la Iglesia miraban el martirio de sus hijos como la más espléndida corona de su misión, y lejos de apartarlos de tan magnánimo propósito, con una mano los impulsaban al patíbulo mientras con la otra les mostraban el cielo (1). Tus hijos, madre cristiana, no perderán la vida, antes la harán más perfecta y feliz consagrándola á Dios. ¡Ah! que no suceda jamás que tú seas quien los detenga en los umbrales del santuario para que no entren á consumir el sacrificio incruento que el cielo les pide. ¿Cómo podrías de otro modo llamarte hija é imitadora de aquellas heróicas madres quienes, según la expresión de un gran escritor « ofrecieron y consagraron á Dios no uno, sino todos sus hijos para verlos, no sacerdotes para subir al altar, sino lo que es más, víctimas inocentes para ascender á la hoguera? »

(1) Wiseman. *Fabiola*, capítulo 3.º No conocemos nada mas á propósito para excitar á las madres cristianas á generosos sacrificios como los capítulos 2 y 3 de esta magnífica obra, cuya lectura recomendamos.

Concluyo este capítulo con una advertencia de suma importancia, de cuya observancia pende en gran parte, madre cristiana, el éxito de tus fatigas. No pongas tu autoridad en manos de tus hijos, no permitas que te consideren como igual á ellos, y menos que olviden la dulce superioridad y los sagrados derechos que Dios te concedió. No te dejes arrastrar en este punto por las máximas y costumbres que han invadido hoy el santuario de la familia: más vale que seas madre que amiga de tus hijos.

Al dejar la pluma se presenta espontáneamente á mi espíritu una reflexión. Cuántas de mis lectoras al cerrar este libro se verán obligadas á exclamar: « Sí, la misión de la mujer católica es bella, sublime, fecunda; mas, ¡cuán austeros deberes la acompañan! ¡Cuán penosos y casi imposibles sacrificios impone! ¡Cuántas privaciones y violencias! » Tal es, en efecto, el espíritu humano. La belleza de la piedad y de toda virtud, por poco iluminado que se encuentre para conocerla el hombre, lo atrae, lo fascina, lo encanta; mas luego las

pasiones se sublevan, el peso del viejo Adán lo oprime, el encanto se desvanece y él retrocede aterrado ante la aparente austeridad que le muestra la visión celestial. ¡Que jamás caigáis, mis queridas hermanas, en tan deplorable error! «Gustad y ved, os diré con el profeta, cuan suave y dulce es el Señor.» La virtud cristiana, severa en su aspecto para quien la contempla de lejos, estrecha amorosamente contra su seno á los que dejándose vencer por ella se arrojan en sus brazos. Arrojando mi mirada á un libro de triste celebridad, leo estas palabras, que son una sentencia: «Él (Jesucristo) es desde la eternidad el verdadero criador de la paz del alma, el gran consolador de la vida (1).» Esta confesión, preciosa en los labios del ateo, encierra una verdad suprema. Sí, Jesucristo es el Criador de la paz del alma y su verdadero y único consolador. Su yugo es suave, su peso llevadero. Los atractivos de su amor, la unción de su gracia, que hicieron regocijar á los mártires en

(1) Véase la vida de santa Felicitas y sus siete hijos.

medio de sus tormentos, é hicieron dulces las lágrimas de los penitentes y las austeridades de los confesores y de las vírgenes, sabrán aligerar el peso de aquellos deberes que os intimidan, de aquellos sacrificios que os aterran, y entraréis en los goces de una felicidad escondida, sí, ó mejor dicho, de una felicidad inconcebible para el profano, para el mundano, para el incrédulo, pero no por eso menos suave y arrobadora para el alma que una fe humilde y una verdadera piedad iniciaron en sus augustos misterios.

¿Qué es, pues, mujeres católicas, lo que os impide acceder de una vez á la invitación que la Iglesia, vuestra cariñosa madre y señora, os hace cada día con más empeño? Ojalá mi débil voz, que tan solo consejos de mucho peso pudieron darle atrevimiento para dirigirse á vosotras, encuentre eco en vuestros corazones y contribuya á inclinarlos á aquel gran llamamiento que os señala el camino de la verdadera felicidad, de la verdad y de la justicia.

L. B.

FIN.

INDICE

	Págs.
ADVERTENCIA DEL EDITOR	5
CAPÍTULO I. EL APOSTOLADO DE LA MUJER.	9
CAPÍTULO II. MARÍA, MADRE DE DIOS	35
CAPÍTULO III. LA MUJER Y LA RELIGION. Diversos juicios de los sabios sobre la mujer — La mujer según la Sagrada Escritura — La mujer buena y la mujer mala — La mujer católica en tiempo de los Apóstoles, de los mártires, de los santos Padres, en la edad media, en los tiempos modernos — La mujer y las herejías — Misión importantísima de la mujer católica en el punto de vista religioso	49
CAPÍTULO IV. VENTAJAS QUE EL CATOLICISMO HA TRAÍDO A LA MUJER. La mujer en el paraíso terrestre — La mujer en el pueblo hebreo — La mujer entre los gentiles, considerada bajo su triple aspecto de hija, esposa y madre — La mujer rehabilitada por Jesucristo y su Iglesia — Gratitud que debe la mujer a la religión cristiana	73
CAPÍTULO V. VIRTUDES QUE DEBEN ADORNAR A LA MUJER CATÓLICA. <i>La Fe.</i> Importancia de la virtud de la fe — Peligros de perder la fe — Medios para conservar la fe	91
<i>La Piedad.</i> Importancia de esta virtud — Cualidades de la verdadera piedad — Benéfica influencia de la mujer piadosa — ¿Qué es la humildad? — Cuánto realza la humildad la piedad	114
CAPÍTULO VI. CONTINUACIÓN DE LA MATERIA DEL ANTERIOR. <i>La Caridad.</i> Elogio de la Caridad — Influencia poderosa de esta virtud — Manifestaciones de la caridad — Diversos modos de practicar la caridad para con los pobres — La caridad debe extenderse aún a los viciosos — Procederes contrarios a la caridad	137
<i>El Celo.</i> Qué es celo — Como se adquiere esta virtud — Caracteres del verdadero celo — Obras del celo en estos últimos tiempos — El mundo aborrece el celo del Salvador y los que le imitan	159

CAPÍTULO VII. NECESIDAD DE UNA PROFUNDA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA EN LA MUJER CATÓLICA DE NUESTROS TIEMPOS. Opiniones á este respecto — Opinión del R. P. Ventura Ráulica — Respuestas á las objeciones de los que se oponen á la instrucción científica de la mujer — Razones que exigen en la mujer una vasta instrucción religiosa. . . .	183
CAPÍTULO VIII. LA HIJA CATÓLICA. Misión de la mujer católica en su carácter de hija — Medios de que ha de valerse la hija católica para llenar su misión en el seno de la familia — Modelos de hijas cristianas	205
CAPÍTULO IX. LA ESPOSA CATÓLICA. Sus deberes y medios de que debe valerse para llenar su misión — Cuál debe ser su conducta para con su esposo, ya sea éste verdadero católico, teórico y práctico; ya sea católico puramente teórico; ya sea indiferente en materia de religión; ya sea impío consumado.	221
CAPÍTULO X. LA MADRE CATÓLICA. Trascendencia de la misión de la madre católica — Deberes de la madre católica para con sus hijos en las diversas condiciones de la vida — Móviles que han de animar á la madre cristiana en la realización de su misión — Extremos que deben evitarse — Ejemplos de la sagrada Escritura y la Historia eclesiástica.	251
APÉNDICE. MARÍA DEL HUERTO EN TIERRA SANTA	

APÉNDICE

María del Huerto en Tierra Santa

«Huerto cerrado, eres María, Huerto cerrado, Fuente Sellada; y tus perfumes, aromas de Paraíso.» — *Del Cantar de los Cantares.*

**ETHAM — EL LUGAR MAS DELICIOSO DE LA JUDEA —
LOS ESTANQUES DE SALOMON — LA FUENTE SELLA-
DA — EL HUERTO CERRADO — EL SANTUARIO A MA-
RIA DEL HUERTO — COOPERACION DE LOS CATOLI-
COS.**

Palestina es la tierra clásica del cristianismo, porque está cubierta de recuerdos bíblicos y sagrados, tanto respecto de Jesucristo como de su Santísima Madre; recuerdos que la piedad cristiana ha consagrado elevando un sinnúmero de monumentos. Y sin embargo, existe allí un vacío respecto de María; en su Huerto no existe ningún santuario que recuerde su fecundidad virginal como Virgen-Madre. Por qué será?

Esperaba ese honor en la plenitud de los tiempos cristianos de parte de las Vírgenes que habían de llevar su nombre. Por eso las Hijas de María del Huerto tratan de erigir un Santuario en ese lugar sagrado á la Virgen que les inspira el heroísmo y abnegación á que está consagrada su vida religiosa.

Por gratitud á los servicios que nos prestan, me propongo hacer una breve descripción del lugar en que proyectan elevar ese Santuario á María del Huerto, que es el más adaptado á la gloria de su propio título.

Muchos creen que el Huerto Cerrado y la Fuente Sellada, figuras de María, ya no existen en el lugar originario, conservándose solamente en la memoria de las tradiciones.

Pero no es así: ese Huerto y esa Fuente existen en Tierra Santa para perpetuo honor de la fecundidad virginal de María.

Etham

A diez kilómetros de Jerusalén, y á corta distancia de Belén, existe un pequeño oasis rodeado por un árido desierto, en el lugar denominado por los árabes Urthas, que es el antiguo Etham de la Biblia; y es el sitio más ameno y fértil

de toda la Judea, que, como todos lo saben, semeja un desolado páramo.

En mis viajes á Tierra Santa tuve la satisfacción de visitar ese lugar, que además de ameno, es clásico en las Sagradas Escrituras; y la impresión que experimenté no se me borrará jamás. ¡Un jardín en medio del desierto, un vergel florido cercado por áridas montañas!

Es la imagen de María, bella, hermosa é inmaculada, en el desierto árido de este mundo.

Encuéntranse en este lugar tres grandes recuerdos clásicos del reinado de Salomón: los estanques, la fuente sellada y el huerto cerrado con la particularidad de que el Huerto cerrado y la Fuente Sellada, que existen en las inmediaciones de Etham, son figuras bíblicas de María; pues afirman los Santos Padres, al glosar estos parajes de la biblia, que María es Huerto y Fuente por su fecundidad, por habernos dado el Salvador del mundo; pero Huerto *cerrado* y Fuente *sellada* por su virginidad.

Adricomio, en su descripción de Tierra Santa dice :

«El Huerto real, que se llama *cerrado* existía en las inmediaciones de Jerusalén, rodeado completamente de muros y á manera de paraíso de flores, árboles y arbustos fructíferos y aromáticos, ameno por su hermosura y la exhuberancia de su fertilidad. En él se encontraba aquella in-

elita fuente de Rogel, sellada, y la piedra de Zoelth, de las cuales se hace frecuente mención en las Escrituras, allí el rey Adonias inmoló víctimas al Señor y celebró un banquete con sus parciales. »

La Fuente Sellada era, pues, la fuente de Rogel que regaba el Huerto, y de la cual solo bebía el rey, como era costumbre en Oriente. Así entre los persas existía una fuente de la cual solo el rey y su primogénito podían beber, con pena de muerte para cualquier otro que se atreviese á hacerlo.

Los estanques de Salomón

Estas gigantescas obras que conservan el nombre del gran Rey, son tres inmensos estanques, parte abiertos en la peña y parte formados por gruesos muros; ocupan el fondo de un angosto valle, y están de tal modo dispuestos, siguiendo el declive del terreno, que las aguas pasan, como por otros tantos filtros, del superior al segundo y de este al tercero. A semejanza de las más famosas obras de la antigüedad, atestiguan estos estanques el genio y poderío del ilustre monarca. Su alimento principal eran las aguas pluviales. y para ello se abrieron profundos ca-

nalizos en las inmediatas vertientes : el primer estanque mide doscientos seis metros de largo; el segundo, ciento ochenta y ocho; y el tercero, ciento treinta y cuatro por una anchura media de ochenta y cuatro y una profundidad de diez á quince, conteniendo en total *cuarenta y dos millones doscientos treinta mil* litros de agua.

Del tercer estanque salen las aguas por un acueducto, en gran parte arruinado, que con prolongados rodeos y salvando montes y valles, llegaba y llega todavía al monte Moriah, á Jerusalén. A estos depósitos tenía que ir en busca de agua el ejército de los Cruzados, cuando tenía cercada á Jerusalén.

La obra, si bien se sabe por la historia, que ha tenido diversas reparaciones, acusa en su estructura general un trabajo evidentemente judaico y muy anterior á la época romana. Por esto la tradición que la atribuye al poderoso y sabio rey, cuyo nombre lleva, es muy fundada y generalmente admitida; tanto más en cuanto el mismo Salomón ha escrito: «Dado á todas las magnificencias, levanté para mí palacios, planté jardines y vergeles, en que brotaban toda clase de árboles y flores, y para su riego fabriqué albercas de agua.

Fuente Sellada

Como á doscientos pasos al norte del estanque superior, encuéntrase la celebrada é ínclita Fuente Sellada, *fons signatus*: forman su angosta entrada enormes peñas, y después de bajar unos doce escalones, llégase á dos estancias abovedadas, que cubren el origen de las aguas, de donde le viene el nombre de *Fuente Sellada*, pues cuando se vé correr el agua, ya está fuera de su nacimiento. Las arcadas ostentan todos los caracteres de su antigüedad. De tres ojos distintos, sellados por la misma bóveda, brota el agua límpida y cristalina; y parte de este caudal enriquecía el segundo estanque, mientras otra era llevada á Jerusalén por una cañería, de la cual aun existen vestigios. A esta fuente abundante y pura llaman los árabes «Ras-el-Ain», *f fuente principal*, y «Ain-Saleh», *f fuente benéfica*.

A ella es tradición que aludía Salomón en el *Cantar de los Cantares*, al decir: «*Huerto cerrado, Fuente Sellada, eres esposa mia*»; en cuyas palabras como hemos dicho, la Iglesia y los Santos Padres, reconocen una figura de la Santísima Virgen. Y al considerar que esa fuente pregona figuradamente la virginidad fecunda de

María; al recordar que regaba el jardín más hermoso de Judá, y que existía muchos siglos antes de Salomón, como creen muchos arqueólogos, no puede negarse que en su género, es uno de los monumentos más clásicos del mundo, cuya importancia se acrecienta ante la consideración de que existe en Tierra Santa, y que supera por su antigüedad sagrada á todos los conocidos. ! Es la fecundidad perpetua de María al través de los siglos !

Huerto Cerrado

Siguiendo la dirección de los acueductos de Salomón, ofrécese al viajero durante media hora, áspero y árido camino por entre peñas calcinadas, imagen de la aridez y de la desolación; pero hé aquí que de pronto, llegado á lo alto de la montaña, experimentase la más agradable de las sorpresas que la naturaleza presenta en sus más hermosos panoramas, al descubrir desde la altura allá en el fondo de la sierra fragosa y árida, un risueño valle esmaltado de flores, que reciben sombra de numerosos y copudos árabes. Es el *Huerto Cerrado*, el « Ued-Urthas » de los árabes, cerrado materialmente por las montañas altísimas que lo circundan, y en él, merced á las

aguas de la « Ain-Urthas », *Fuente sellada*, que por el valle serpentean y que no se secan jamás, ni en las épocas de mayor sequía, crece espléndida y exuberante vegetación. Solo el que ha viajado por el desierto de San Juan, que está inmediato, puede formarse idea de aquel lugar, el más delicioso de Judá. Un oasis encantador en medio del desierto, un Huerto delicioso en el cual se ven al lado de gayas flores, naranjos y limoneros de Oriente, granados y almendros frondosos, junto con higueras y perales soberbios con la vegetación tropical, y en donde se recogen cuatro cosechas al año. Cosa rarísima en Judea! en verde césped y en verjel florido pueden reposar por fin los ojos fatigados y deslumbrados por el constante reflejo de peñas áridas y desnudas que pregonan la desolación anunciada por el profeta al pueblo deícida.

Como ya hemos advertido, este lugar delicioso es el *Hortus conclusus*, el jardín cerrado, del *Cantar de los Cantares* de Salomón: es la figura de María. Pero si su amedidad y belleza son tan notables aun hoy, júzguese lo que debió de ser cuando era objeto de los predilectos cuidados del gran rey, que no pudo hallar la dicha en deleite alguno terreno, por más que la buscó con regio anhelo en todo lo creado. Los árabes llaman todavía este lugar *Bestan Suleiman*, jardines de Salomón. Y sábese por Josefo que en el rey,

que, después de ver cuanto se hace debajo del sol conoció ser todo vanidad y aflicción de espíritu, era costumbre dejar Jerusalén al rayar del alba, y montado en carro, cubierto con su manto blanco, símbolo de la realeza, y seguido de su guardia de arqueros, dirigirse á Etham. «En aquel sitio de recreo, dice el historiador, gozando de la fragante sombra de sus maravillosos jardines y de la frescura de las corrientes aguas, gustaba Salomón de pasar las primeras horas de la mañana.» La aldea de Urthas, que apenas cuenta unos setecientos moradores, álzase en una de las laderas occidentales.

Conservando aún visibles restos del castigo que por haber ayudado la causa de la rebelión le impuso el bravo y valiente Ibrahim-Bajá en 1834, la mayor parte de sus casas se ven arruinadas, y muchas de ellas parecen haber sido construidas con materiales de remotas épocas. Supónese que ocupa el lugar de la antigua Etham aunque á cierta distancia junto á la fuente Atham, cuyo nombre guarda cierta reminiscencia del de Etham; pues el altillo donde brota, está sembrado de ruinas y parece haber sido la acrópolis de la ciudad, que fué fortificada por el rey Roboam. En las cuevas de Etham se ocultaba Sansón después de haber vencido y humillado á los Filisteos.

Pero dejemos todos los demás recuerdos que

no dicen relación á nuestro intento principal, que es la oportunidad de un Santuario á María del Huerto en estos lugares clásicos y sagrados.

El Santuario de María del Huerto en Tierra Santa

Y pregunto desde luego ¿no será una especie de predestinación en favor de las Hijas de Nuestra Señora del Huerto el tener el honor de erigir á María un Santuario en el lugar bíblico que representa la figura más antigua y hermosa de la Virgen-Madre, que es Huerto cerrado y fuente sellada?

La Tierra Santa está cubierta de Santuarios en honor de Jesucristo y de la Santísima Virgen ¿cómo es que en ese lugar tan clásico y significativo de la Maternidad-virginal de María, al través de diez y ocho siglos no ha sido glorificado por el cristianismo con un Santuario monumental á la Santísima Virgen, cuando es tan antigua la creencia de que esa maternidad virginal de María está significada en este Huerto Cerrado y en esta Fuente Sellada? Designios de la Providencia! Hasta ahora, al través de los siglos, una sola Institución religiosa se ha consagrado á María con el título hermoso de *María del Huerto*. Se com-

prende, pues, la oportunidad y conveniencia de que esas religiosas, únicas que por su advocación viven, florecen y pacen en ese *Huerto* divino fuesen las predestinadas para erigir á María un Santuario, un monumento sagrado, de veneración y amor en el Huerto cerrado, que riega la Fuente Sellada, figuras simbólicas de la Virgen Madre.

¿Por qué ese lugar, el más fecundo y hermoso de Judá, ¿por qué ese delicioso jardin de Salomón, que por su sola amenidad y exhuberancia, encanta á todos los peregrinos; que es clásico por sus recuerdos y tradiciones, ha permanecido abandonado por la devoción y religiosidad de los cristianos, que tanto aman y honran á María? Ya lo he dicho. Quería Dios que las Hijas de María del Huerto fuesen las primeras en honrar con un Santuario ese Huerto ameno, imagen y figura de la madre del Salvador. María del Huerto poseerá, pues, un santuario en Tierra Santa, allí donde existe el Huerto Cerrado y la Fuente Sellada, que son imagen y figura de su fecundidad virginal. Allí resonarán en su honor y pronunciadas por sus Hijas predilectas las entonaciones sublimes y dulcísimas, eco eterno de las alabanzas de Salomón á María. «*Hortus conclusus, oh María, Hortus conclusus, fons signatus; emissiones tuæ, Paradisus.*» *Huerto cerrado, eres María, Huerto cerrado y fuente sellada; tus perfumes, aromas del Paraiso.*

Y cómo podía ser de otro modo? Apenas contemplé aquel huerto delicioso, se me presentó la imagen y el recuerdo de *María del Huerto*; quizás fui el primero que allí la veñeró; y le prometí que había de hacer de mi parte todo lo posible para que en aquel lugar tuviera un culto perpetuo, rendido por sus Hijas. Y se lo prometí en prenda de gratitud por los inmensos beneficios que Ella nos hace por medio de las beneméritas Religiosas que llevan en su heroísmo y abnegación la gloria de su nombre. Y lo conseguirán las hijas de María del Huerto. Ellas son pobres por amor á María; pero nosotros las ayudaremos para realizar obra tan simpática. Nosotros las ayudaremos ¿pues acaso somos mezquinos? ¿No hemos contribuido á la erección de tantos templos y santuarios para el extranjero y en favor de instituciones que ningún beneficio han reportado á nuestra patria? Pero negarnos á contribuir para la creación de un santuario á María del Huerto, nosotros, que tantos servicios debemos á sus Hijas? Eso no puede ni siquiera suponerse, no es tan ruin é ingrato nuestro corazón. Ahí están nuestro hermoso Hospital de Caridad, el Manicomio, el gran Asilo de Huérfanos, los Asilos Maternales y otras múltiples instituciones de enseñanza y caridad en toda la República que pregonan los servicios y beneficios que nuestra sociedad recibe de esas abnegadas y beneméritas

Religiosas. Y ¿no las habíamos de auxiliar generosa y liberalmente para erigir un Santuario á aquella que les inspira tanto amor, caridad y abnegación?

Pero sea como fuere; en aquel huerto sagrado debe María tener un Santuario, porque Ella es un *Huerto* fabricado por el divino amor, que lo hizo fecundo engendrando en su purísimo seno al Verbo de Dios hecho hombre. Es el *Huerto* en que se pactó la alianza entre Dios y los hombres, cuando Satán entró en el Huerto del Paraíso terrestre con sus engaños.

María es un *Huerto* santificado por Dios para promover la santificación de los hombres después de la caída original, nacida en el huerto terrenal en que pecaron Adán y Eva.

María es un *Huerto* de singular pureza nacida en esta tierra de corrupción, para proteger la pureza de sus devotos y amantes; pues solo Ella se ostenta como la aurora, es bella como la luna y radiante como el sol.

María es *Huerto* inagotable en aguas de gracias, y no cesa de derramarlas sobre sus hijos, pues que María es un huerto que es fuente, y fuente que es pozo inagotable de gracias, *gratia plena*.

María es un *Huerto* que contiene en sí la virtud y eficacia sanativas de todo mal, puesto que de este huerto salen los bálsamos más eficaces para remedio de toda enfermedad espiritual.

María es *Huerto* que produce flores y frutos de virtud y honestidad, y los hace germinar en sus devotos.

María es *Huerto* guardado y custodiado por el Verbo, y Ella protege á su vez á todos los que piden su amparo.

María, en fin, es un *Huerto* en el cual ha brotado un árbol de hermosísimos frutos; ese árbol es el Instituto de las Hermanas de Caridad, Hijas de María del Huerto. La Iglesia proclama sus heroicos beneficios y nosotros recibimos sus abnegados servicios.

¿Quién no venera, respeta y distingue á esas Hijas de María?

En prenda, pues, de esa veneración, respeto y gratitud, no solo debemos aplaudir que honren á María del Huerto con un Santuario, digno de la Madre de Dios, sino que debemos también apresurarnos á contribuir con nuestro óbolo á su piadoso empeño.

Y respondo con orgullo por la generosidad de los católicos, que no me dejarán desmentido, á pesar de las múltiples obras piadosas y benéficas que pesan sobre su liberalidad.

Pero ellos saben que dar para las buenas obras, es colocar su dinero en la banca de la inmortalidad.

MARIANO SOLER.

La Uruguaya

LIBRERIA Y PAPELERIA

147 - URUGUAY - 147

MONTEVIDEO

SURTIDO COMPLETO Y PERMANENTE DE LIBROS, ÚTILS DE
ESCRITORIO, ARTÍCULOS DE CULTO,
LIBROS EN BLANCO, CUADERNOS, ETC. ETC.

SUSCRICIÓN Á PERIÓDICOS EUROPEOS Y AMERICANOS

ESPECIALIDAD
EN PAPEL PARA PERIÓDICOS, Á PRECIOS Y CONDICIONES VENTAJOSAS

Se envían Catálogos, Muestras, etc. á quienes lo soliciten

Establecimiento Tipográfico

Á VAPOR

CONSTITUYENTE, 105 — MONTEVIDEO

Impresiones rápidas y económicas de Libros, Periódicos, Carteles,
Manifiestos, Invitaciones, Circulares, Pólizas, Programás, Tarjetas, &

TALLER DE ENGUADERNACION

RAYADO DE LIBROS EN BLANCO

ESTERIOPIA

ESPECIALIDAD EN IMPRESIONES DE LUJO

ÚLTIMOS LIBROS PUBLICADOS

	<i>Ejemp.</i>
LA MUJER CATÓLICA; un tomo en 8, de 310 páginas	15.000
EL AMOR EXTREMADO DE JESUCRISTO en el sacramento de la Penitencia; un tomo en 16, de 88 páginas.	3.000
LA HECHICERA DEL MONTE MELTON; en 8, por entregas de 16 páginas	2.000
PEQUEÑA GUÍA, publicación mensual; en 16, de 112 páginas	2.000

EN PRENSA

HIPERDULIA. Motivos eficaces para honrar y amar á María Ma
dre de Dios; un tomo en 8

FLORES ANTONIANAS; un tomo en 8, con grabados

EN PREPARACIÓN

ALMANAQUE DE LA FAMILIA CRISTIANA, ILUSTRADO; un tomo en 4
con grabados é impreso á dos tintas

ADRIANO MIGONE, EDITOR — MONTEVIDEO